





AÑO VI

NÚM. LXVI

LA ESPAÑA MODERNA



REVISTA DE ESPAÑA

Director propietario: J. LÁZARO

JUNIO 1894

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL

*San Bernardo, 92.—Teléf. 3.074*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# EL HECHICERO



**E**l castillo estaba en la cumbre del cerro; y, aunque en lo exterior parecía semiarruinado, se decía que en lo interior tenía aún muy elegante y cómoda vivienda, si bien poco espaciosa.

Nadie se atrevía á vivir allí, sin duda por el terror que causaba lo que del castillo se refería.

Hacia siglos que había vivido en él un tirano cruel, el poderoso Hechicero. Con sus malas artes había logrado prolongar su vida mucho más allá del término que suele conceder naturaleza á los seres humanos.

Se aseguraba algo más singular todavía. Se aseguraba que el Hechicero no había muerto, sino que sólo había cambiado la condición de su vida, de paladina y clara que era antes, en tenebrosa, oculta y apenas ó rara vez perceptible. Pero ¡ay de quien acertaba á verle vagando por la selva, ó repentinamente descubría su rostro, iluminado por un rayo de luna, ó, sin verle, oía su canto, allá á lo lejos, en el silencio de la noche! A quien tal cosa ocurría, ora se le desconcertaba el juicio, ora solían sobrevenirle otras mil trágicas desventuras. Así es que, en veinte ó treinta leguas á la redonda, era frase hecha el afirmar que habían visto ú oído al Hechicero todo el que andaba melancólico y desmedrado, toda muchacha oje-

rosa, distraída y triste, todo el que moría temprano, y todo el que se daba ó buscaba la muerte.

Con tan perversa fama, que persistía y se dilataba, en época en que eran los hombres más crédulos que hoy, nadie osaba habitar en el castillo. En torno de él reinaban soledad y desierto.

A su espalda estaba la serranía, con hondos valles, retorcidas cañadas y angostos desfiladeros, y con varios altos montes, cubiertos de densa arboleda, delante de los cuales el cerro del castillo parecía estar como en avanzada.

Por ningún lado, en un radio de dos leguas, se descubría habitación humana, exceptuando una modesta alquería, en el término casi del pinar, dando vista á la fachada principal del castillo, al pie del mismo cerro.

Era dueño de la alquería, y habitaba en ella desde hacía doce años, un matrimonio, en buena edad aún, procedente de la más cercana aldea.

El marido había pasado años peregrinando, comerciando ó militando, según se aseguraba, allá en las Indias. Lo cierto es que había vuelto con algunos bienes de fortuna.

Muy por cima del prestigio que suele dar la riqueza (y como riqueza eran considerados su desahogo y holgura en el humilde lugar donde había nacido) resplandecían varias buenas prendas en este hombre, á quien, por suponer que había estado en las Indias, llamaban el Indiano. Tenía muy arrogante figura, era joven aún, fuerte y diestro en todos los ejercicios corporales, y parecía valiente y discreto.

Casi todas las mozas solteras del lugar le desearon para marido. Así es que él pudo elegir y eligió á la que pasaba y era sin duda más linda, tomándola por mujer con no pequeña envidia y hasta con acerbo dolor de algunos otros pretendientes.

El Indiano, no bien se casó, se fué á vivir con su mujer á la alquería que poco antes de casarse había comprado.

Allí poseía, criaba ó se procuraba con leve fatiga cuanto

hay que apetecer para campesino regalo y sano deleite. Un claro arroyo, cuyas aguas, más frescas y abundantes en verano por la derretida nieve, en varias acequias se repartían, regaba la huerta, donde se daban flores y hortaliza. En la ladera, almendros, cerezos y otros árboles frutales. Y en las orillas del arroyo y de las acequias, mastranzos, violetas y mil hierbas olorosas. Había colmenas, donde las industriosas abejas fabricaban cera y miel perfumada por el romero y el tomillo que en los circunstantes cerros nacían. El corral, lejos de la casa, estaba lleno de gallinas y de pavos; en el tinado se guarecían tres lucias vacas que daban muy sabrosa leche; en la caballeriza, dos hermosos caballos; y en apartada pocilga, una pequeña piara de cerdos, que ya se cebaban con habas, ya con las ricas bellotas de un encinar contiguo. Había además algunas hazas sembradas de trigo, garbanzos y judías; y, por último, allá en la hondonada, un frondoso sotillo, poblado de álamos negros y de mimbreras, hacia cuyo centro iba precipitándose el arroyo y formando ya espumantes cascadas, ya serenos remansos.

Como el Indiano era excelente cazador, liebres, perdices, patos silvestres y hasta reses mayores no faltaban en su mesa.

Así vivían, como he dicho, hacía más de doce años, marido y mujer, en santa paz y bienandanza, alegrándoles aquella soledad una preciosa y única hija que habían tenido y que rayaba en los once años.

No consta de las historias, que hemos consultado, cuál fuese el nombre de esta niña; pero, á fin de facilitar nuestra narración, la llamaremos Silveria.

Bien puede asegurarse, sin exageración alguna, que Silveria era una joya; un primor de muchacha. Se había criado al aire libre, pero, ni los ardores del sol, ni las otras inclemencias del cielo, habían podido ofender nunca la delicadeza de su lozana y aun infantil hermosura. Como por encanto, se mantenía limpia y espléndida la sonrosada blancura de su

tez. Sus ojos eran azules como el cielo, y sus cabellos dorados como las espigas en Agosto.

Acaso, cuando éramos niños, nos consintieron y mimaron mucho nuestros padres. De todos modos, ¿quién no ha conocido niños consentidos y mimados? Y, sin embargo, á nadie le será fácil concebir y encarecer lo bastante el consentimiento y el mimo de que Silveria era objeto. La madre, por dulce apatía y debilidad de carácter, la dejaba hacer cuanto se le antojaba; y el padre, que era imperioso, como idolatraba á su hija y se enorgullecía de que se le pareciese en lo resuelta y determinada y en la valerosa decisión con que ella procuraba siempre lograr su gusto y cumplir su real voluntad, lejos de refrenarla, solía, sin premeditar ni reflexionar, darle alas y aliento para todo. Así es que, cuando el padre se iba, y se iba á menudo, ya de caza, ya á otras excursiones, se diría que por estilo tácito transmitía á la chica todo su imperio. Parecía, pues, Silveria una pequeña reina absoluta, una emperatriz disfrazada de zagala. Por fortuna, era tan generoso y noble el temple natural de su ánimo, que ni su absolutismo menoscababa el cariño y el respeto que á su madre tenía, ni la amplia libertad de que gozaba le valía nunca para propósito que no fuese bueno.

No había en la alquería más servidumbre que la anciana nodriza de la señora, cocinera y ama de llaves á la vez; su hija, ya más que granada, la cual, aunque muy simple, trabajaba mucho, y lavaba y planchaba bien; y el viejo marido de la nodriza, que hacía de gañán, porquerizo y vaquero.

Silveria, como se había criado en aquel rústico apartamiento, sin hablar apenas sino con su gente y con sus padres, era dechado singular de candorosa inocencia. Se había formado de la naturaleza muy alegre y poético concepto; y en vez de recelar ó desconfiar de algo, á todo se atrevía y de nada desconfiaba. Cuanto era natural imaginaba ella que existía para su regalo y que se deshacía para obsequiarla.



¿Cómo, pues, había de ser lo sobrenatural menos complaciente y benigno? Por eso, sin darse exacta cuenta de tal discurso, y más bien por instinto, Silveria no se asustaba ni de la oscuridad nocturna, ni de las sombras y del silencio del bosque, ni de los vagos y misteriosos ruidos que forman el agua al correr y el viento al agitar el follaje. El mismo Hechicero, de quien había oído referir mil horrores, en lugar de causarle pavor, le infundía deseo de encontrarse con él y de conocerle y tratarle. A ella se le figuraba que era calumniado y que no podía ser perverso como decían.

Contaba su madre que el Hechicero no la atormentaba ya; pero que durante los primeros años de su matrimonio y de su estancia en la alquería, la había atormentado no poco. Tal vez, de noche, ella había oído su voz entonando melancólicos cantares; tal vez había llegado hasta su oído el son triste y mágico de su melodioso violín; tal vez ella le había entrevisto, al incierto resplandor de las estrellas, cuando atravesaba la selva y llegaba á un claro, donde no había encinas, pinos ni abetos. Entonces decía la madre que la sangre se le helaba con el susto; que sentía pena, como la que deben causar los remordimientos, considerando delito el ver ó el oír; y que cerraba ventanas y puertas para que el Hechicero no viniese á buscarla.

Silveria no comprendía lo que contaba su madre ó lo comprendía al revés; ni en el canto ni en el sonido del violín acertaba á distinguir nada de espantable ni de pecaminoso; y lo único que la apenaba era que aquella música, á su ver tan infundadamente medrosa, no sonase ya nunca, ó, al menos, no llegase á su oído.

Sin el menor recelo, y ligera como una corza, solía, pues, Silveria salir de su casa, donde su madre andaba distraída y empleada en faenas domésticas, y recorría, saltando y brincando, todas aquellas cercanías. De lo que más gustaba era de ir al pie del castillo, que no estaba lejos, y cuyas almenas y torres y aun la fachada principal, con sus grandes ventanas

ojivales, descollando sobre la masa de verdura, se divisaban bien desde el mismo cuarto en que ella dormía.

Delante del castillo había un ancho estanque de agua limpia y pura, porque el abundante arroyo que regaba la huerta, entrando y saliendo, renovaba el agua de continuo. En aquel estanque el castillo se miraba con gusto como en un espejo.

Iluminando fantásticamente su fondo y prestándole apariencias de profundidad infinita, se retrataba también en él la divina amplitud de los cielos.

Por todo alrededor había, además de las encinas y robles de la selva, sauces, higueras, granados y acacias y muy vistosa lozania de otras plantas y hierbas.

En una fresca mañana de Abril, Silveria vagaba por aquel lugar solitario y oculto, cogiendo lirios, violetas y rosas, que florecían en abundancia y llenaban el ambiente con su perfume.

A deshoras oyó inesperado estrépito y fué á ocultarse entre unas matas. Entonces vió llegar á caballo á un hombre, que bajó de él y le ató á una rama por la rienda. El hombre estaba en lo mejor de su edad: vestía de negro, y bajo su sombrero con plumas y de ala ancha se descubría muy bello rostro. Era gentil su apostura. A su andar airoso resonaban las doradas espuelas.

El aspecto del forastero no era ciertamente para atemorizar á nadie, de suerte que Silveria, que ya de por sí no pecaba de tímida, salió de su escondite, y marchando hacia el recién llegado, le dijo:

—Buenos días tenga su merced.

Sorprendido el forastero de la repentina aparición, exclamó:

—¿Quién eres tú, chiquilla?

—Soy Silveria—contestó—soy la hija del Indiano. Vivo á pocos pasos de aquí. Si no lo estorbare la arboleda, se vería desde aquí mi casa. Y el señor caballero, ¿es, por ventura, el encantador de quien tanto se habla?

—No, hija, yo no soy el encantador, pero ando en su busca. Y tú, dime, ¿qué hacías por aquí?

—Pues, ¿qué había yo de hacer?... Nada... coger flores. Aquí las hay á manta... ¡y tan bonitas! ¡Mire, mire cuántas he cogido! Y extendiendo los brazos y desplegando el delantal, le enseñaba las flores que en él tenía.

—Tome su merced las que quiera.

—Gracias —dijo el caballero;—y tomando del delantal dos lirios de los que tenían más largo el cabo, se quitó el sombrero, puso en él los lirios al lado de las plumas y volvió á cubrirse.

Tal vez notó la chica, mientras él estaba descubierto, que su cabellera era negra y rizada en bucles, blanca y serena la frente, y los ojos dulces y tristes.

Ello es que, cobrando mayor confianza, habló así Silveria:

—Aunque me moteje de sobrado curiosa, ¿quiere su merced decirme qué diantre ha venido á hacer por estos andurriales?

Cayeron en gracia al caballero el imperioso desenfado y el infantil despejo de Silveria, y le respondió sonriendo:

—Hija mía, yo he comprado este castillo, y vengo á vivir en él. Mis criados van á llegar con el equipaje. Por la impaciencia de ver el castillo me he adelantado á trote largo.

—¡Ay! Y yo que nunca le he visto porque está cerrado con llave. Déjeme su merced que le vea.

—Pues qué, ¿no tienes miedo?

—¿Y de qué?

—Entonces, puedes venir conmigo. Aquí están las llaves: abriremos y entraremos y lo veremos todo.

Dicho y hecho. Aquel joven señor abrió la puerta, y acompañado de Silveria, recorrió lo interior del castillo.

Luego que subieron la elegante escalera, vieron en el piso principal salas muy bien amuebladas, aunque todo cubierto de telarañas y de polvo.

Desde la ventana del centro, que estaba sobre la puerta y en la mejor sala, ambos se extasiaron al contemplar la magnífica vista. Allí se oteaban ríos y arroyos, risueñas llanuras, cortijos y aldeas distantes, y como límite más remoto, montañas azules, cuyos picos se dibujaban ó se esfumaban en el más nítido azul del aire, diáfano, sin nubes y dorado entonces por el sol. En torno se veían, como mar de verdura, las apiñadas copas de los árboles que circundaban el castillo, y, no muy lejos, á la salida del bosque, la pequeña alquería de Silveria.

—Allí vivo yo—dijo al forastero, mostrándole la alquería con el pequeñuelo y afilado dedo índice.

Miró el forastero la alquería, y antes de que dijese palabra, exclamó Silveria:

—Vaya si soy disparatada, de fijo que van á dar las nueve... hora de almorzar. Mi padre va á chillar y á rabiarse si me echa de menos. Adiós, adiós.

Y salió escapada, y bajó la escalera dando brincos.

No quiso él perseguirla ni detenerla, pero le gritó desde lo alto:

—Muchacha, ten cuidado, no te vayas á caer. Vuelve por aquí cuando quieras.

—Ya volveré, si no incomodo—contestó;—y luego, mirando él de nuevo por la ventana, vió á la chica salir corriendo del castillo, cruzar por la orilla del estanque, y perderse de vista bajo la enramada, donde estaba la senda más corta que á su casa conducía.

Más de una semana pasó Silveria sin volver al castillo, aunque sentía muchas ganas de volver, estimulada por el afán de saber lo que allí pasaba.

Ella había esperado que el forastero hubiese venido á visitar á sus padres, como á sus únicos vecinos, ó haberle encontrado á caballo ó á pie, en los paseos de ella por el campo. Pero estas esperanzas le salieron vanas. Sin duda el joven señor había buscado la más completa soledad, en la cual de

tal modo se complacía, que se pasaba el tiempo encerrado en su nueva mansión, invisible para todos.

Silveria, al cabo, no supo resistir á su deseo de volver á verle. Recordó que le agradaban las flores, y cogiendo muchas de las más lindas y fragantes que había entonces en su huerta, hizo un ramillete, y se fué con él al castillo.

A la puerta había un viejo criado.

—Traigo estas flores para el señor—le dijo Silveria.

El viejo criado echó mano á las flores para llevárselas.

—Tate, tate, atrevido—dijo la muchacha riendo;—yo misma he de llevar las flores. Anuncie á su amo que Silveria está aquí.

Riendo á su vez el viejo de la despótica desenvoltura de la muchacha, se fué á cumplir su mandato.

Ella le siguió hasta el pie de la escalera, y como desde allí sintiesen pasos en lo alto, el viejo gritó:

—Señor, aquí está Silveria.

—Que suba, que suba—respondió el señor al punto.

No fué menester más. Silveria dió un ligero empujón al viejo, que estaba delante de ella atajándole el paso; subió los escalones de dos en dos, hizo una graciosa reverencia al forastero, que ya la aguardaba arriba, y le presentó el ramillete.

El le tomó, diciendo mil gracias, y besó en la frente á Silveria. Luego añadió dirigiéndose al criado, que acababa de subir:

—Juan, toma estas flores... con cuidado, no se deshojen. Ponlas en un vaso con agua. Trae bizcochos, confites y vino dulce moscatel para agasajar á mi huésped.

Después entraron en el salón, donde Silveria lo halló todo más bonito. Ya no había telarañas ni polvo. Los muebles parecían mejores; las telas tenían más vivo color, y las maderas, lustre, bruñidas con la limpieza.

Junto á la ventana principal había un bufete, con recado de escribir y muchos libros y papeles.

Silveria, arrellanada en un sillón, se comió un bizcocho de los que Juan le presentaba en una bandeja de plata.

—Está muy rico—dijo—y se comió dos más. Probó luego el vino, paladeándole con gran reposo, y se bebió casi todo un vaso de agua.

Cuando se fué el criado y Silveria se quedó sola con el amo, contestó con sencilla naturalidad á varias preguntas que éste le hizo. Juzgándose así autorizada á preguntar también, sometió al forastero á un chistoso interrogatorio:

—¿Cómo se llama su merced?—le preguntó.

—Me llamo Ricardo, para servirte.

—Para servir á Dios—repuso ella.—Y dígame su merced, ¿en qué emplea su tiempo, encerrado aquí todito el día, y sin ver á nadie?

—En escribir.

—¿Y qué escribe?

—Comedias, novelas... soy poeta.

—Vamos, ya entiendo... tramoyas y líos de enredo divertido para entretener á la gente ociosa.

—Así es, hija mía.

—Oiga, señor, ¿y cómo se arregla su merced á fin de inventar tanta maraña, sacándola de la cabeza? Difícil ha de ser el oficio. ¿Quién se le enseñó?

—El Hechicero, de quien tantas cosas has oído.

—¿Y dónde y cómo le vió su merced?

—Le vi hace años. Le perdí luego, y me temo que no he de volver á hallarle nunca.

Silveria no comprendió nada de esto y se lo confesó al forastero con inocente franqueza.

—Con el tiempo lo comprenderás—le dijo él;—eres muy niña todavía.

Y como no le dió más explicaciones, ella se sintió lastimada y picada en el fondo de su alma, de que él, no sólo la creyese ignorante, sino por lo pronto, y Dios sabía hasta cuando, incapaz de aprender: indigna de que se le revelase misterio alguno.

Y en su sentir había allí misterio. A la verdad, la idea in-

mediata y distinta que ella se formaba del oficio de Ricardo, era la de que inventaba embustes ingeniosos é inofensivos que pudiesen servir de diversión apacible. Pero Silveria cavilaba mucho, y su pensamiento iba deprisa y volaba al cavilar, imaginando cosas hermosamente confusas, ya que ella no atinaba entonces á expresarlas con palabras, ni podía siquiera ordenarlas en su cabeza para percibir las mejor. Sólo vagamente, discurriendo ella en cierta penumbra intelectual, notaba que las ficciones del poeta no eran mero remedo de lo que todos vemos y oímos, sino que penetraban en su honda significación, revelando no poco de lo invisible y de lo inaudito, y haciendo patentes mil tesoros que esconde naturaleza en su seno. Pero ¿quién prestaba al poeta la llave para abrir el arca en que esos tesoros se custodian? ¿Quién le daba la cifra para interpretar el sentido encubierto de lo que dicen los seres? ¿De qué habla el viento cuando susurra entre las hojas? ¿Qué murmura el arroyo? ¿De qué cantan los pajarillos? ¿Qué cuentan, qué declaran los astros cuando nos iluminan con su luz? De seguro, había de haber un ángel, un duende, un genio, un espíritu familiar, que nos acudiese en todo esto. Ricardo había de estar en relación con él, había de saber evocaciones á que él obedeciese, conjuros que le sujetasen á su mandado.

Tales ensueños, y otros mil, enteramente inefables, surgían en la imaginación de Silveria, y aguijoneaban su curiosidad.

Ricardo, no obstante, había dicho que era muy niña para entender en otros asuntos al parecer de menor importancia. ¿Cómo, pues, había ella de considerarse apta para iniciarse é instruirse en algo, á su ver, más recóndito y oscuro?

Silveria era modesta y prudente, á pesar de su desenfado y de su audacia, y no insistió en preguntar.

Para su consolación y sosiego, puso en lo inexplicado extraño deleite, y buscó y halló en lo desconocido inagotable venero de suposiciones fantásticas, que la divertían y embelesaban.

Sus visitas á Ricardo no fueron en lo sucesivo muy fre-

cuentas. Silveria era orgullosa, y no quería estar de más ni ser importuna ó cansada; pero Ricardo la trataba bien, como á una chiquilla despejada, mimada y graciosa, y ella siguió visitándole de vez en cuando, trayéndole flores y comiéndole sus bizcochos.

Alentada por él, que le dijo que le mirase como á su hermano mayor, Silveria acabó por tutearle.

Cuando, á sus solas, pensaba en Ricardo, á veces le tenía grande envidia por el trato íntimo en que se figuraba que había de estar con los genios del aire ó con otros seres é inteligencias sobrehumanas; á veces le tenía muchísima lástima al contemplar el aislamiento y abandono en que él vivía, sin padre ni madre que le cuidasen y mimasen como á ella la cuidaban y mimaban.

De esta suerte, fueron pasando días y días hasta que llegó el invierno con sus escarchas y hielos.

La Nochebuena, quiso el Indiano obsequiar á su hija, y le compró y le trajo de la menos distante ciudad un precioso Nacimiento. Jerusalén, con el templo de Salomón y el palacio de Herodes, todo de cartón pintado, estaba en lo más alto, sobre muchos peñascos, de cartón también: pedacitos de vidrio imitaban ríos y arroyos; la estrella que guiaba á los Reyes Magos aparecía atada á un alambre, y el portal de Belén figuraba en primer término.

Más de cuarenta muñequitos de barro animaban el paisaje. Herodes conversaba con la Reina, asomados ambos á un balcón; Melchor, Gaspar y Baltasar iban á caballo, trotando por una vereda y guiados por la estrella maravillosa; el Niño Jesús se veía en el portal con la Virgen, San José, el buey y la mulita; pastores y zagalas se prosternaban adorando al Niño; otros cuidaban de las ovejas ó de una manada de pavos; y seis ó siete ángeles, vistosisimos y con alas desplegadas, al parecer de oro, anunciaban la Buena Nueva al mundo tocando sendas trompetas.

Iluminado todo esto por dos docenas lo menos de cerillas,



tomaba un aspecto deslumbrador; semejaba un ascua de oro.

En extremo se holgó Silveria al ver encendido su Nacimiento. Hubo en la alquería fiesta familiar. La nodriza tocó la zambomba, y amos y criados cantaron villancicos, y patriarcal y primitivamente cenaron juntos sopa de almendras, besugo, potaje de lentejas, y para postres castañas cocidas, olorosos peros y otras frutas bien conservadas desde el otoño.

Terminada la fiesta, todos se recogieron á dormir, mucho antes de media noche; pero Silveria se sentía harto desvelada, y mil ensueños y fantasías tenían alerta y alborotaban su espíritu.

Sola en su cuarto, abrió las maderas de la ventana y se puso á mirar el cielo y los campos solitarios y silenciosos. Ni la más ligera ráfaga de viento movía las ramas. El aire, sin nubes, consentía que la luna bañase con su pálido fulgor los montes y las copas de los árboles. Misteriosa oscuridad prevalecía donde éstos proyectaban su sombra. Alguna nieve, en el ramaje y extendida por el suelo, relucía cual bruñida plata, y al quebrarse en ella los rayos de la luna, ya lanzaban destellos diamantinos, ya formaban iris fugaces.

Silveria contempló todo lo dicho, pero miró también el castillo, que sobresalía entre los árboles, y vió luz al través de los vidrios de la ventana principal. La lámpara ardía aún sobre el bufete, y su amigo sin duda estaba escribiendo ó leyendo.

Ella tuvo entonces muy grande compasión de la soledad de su amigo; y, al pensar en que ella se había divertido tanto, mientras él había estado tan solo, se le saltaron las lágrimas. Allá en sus adentros, ponderó y encareció además la magnificencia y primor de su Nacimiento, y se afligió sobremanera de que Ricardo no le hubiese visto. Se sintió dominada por un irresistible deseo de lucir ante su amigo aquella maravilla artística de que era poseedora, gracias á la generosidad de su padre, y sin premeditarlo nada, tomó la resolución más atrevida.

Se abrigó lo mejor que pudo, bajó la escalera de puntillas, se apoderó de la llave de la puerta, abrió y volvió á cerrar, y se encontró al raso, con bastante frío, y llevando en las manos el Nacimiento, apagado, que, por dicha, si bien tenía alguna balumba, pesaba muy poco.

Como era robusta y agil, en menos de diez minutos se plantó en la puerta del castillo, cargada con magos, ángeles, Niño Dios, ovejas, pavos, Jerusalén y pastores.

Depositando su carga en el suelo, dió dos aldabonazos, y pronto oyó la voz del viejo Juan, diciendo:

—¿Quién llama?

—Gente de paz; ¡ábreme, hombre!

Juan conoció la voz, y abrió, todo espantado, y santiguándose y persignándose.

—¡Ave María purísima! ¿Qué ha sucedido? Muchacha, ¿te has vuelto loca?

—No seas tonto—replicó ella.—Yo estoy en mi juicio. Vengo á que vea tu amo esta preciosidad. Vamos á encender á escape.

Y valiéndose de la luz que Juan traía, encendió sin detenerse las candelas todas.

—Cállate: no digas que estoy aquí. Voy á sorprender á tu amo. Y cargando de nuevo con el Nacimiento, ya todo refulgente, subió Silveria la escalera.

El poeta, con los codos sobre la mesa, y absorto en sus meditaciones, no había sentido nada.

Silveria entró, se acercó á él sin hacer ruido, y, cuando estuvo á cortísima distancia, recordó lo que el ángel principal llevaba escrito en un cartoncillo, pendiente de la trompeta, y con voz argentina y melodiosa, lo dijo como saludo:

—¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Maravillado el poeta, se puso de pie de un salto, y la muchacha, adelantándose rápidamente, colocó sobre la mesa la luminosa y sencilla representación del sagrado misterio.

—Vamos—exclamó—confiesa que es muy bonito.

Ricardo lo miró todo, por un breve instante, sin decir palabra. Luego miró á Silveria y dijo:

—¡Ya lo creo... es un prodigio!...

Y asiendo á la chica por la cintura con ambas manos, la levantó á pulso en el aire, la chilló, la brincó y le dió en las frescas mejillas media docena de besos sonoros.

En seguida, la reprendió suave y paternalmente por el audaz desatino de haberse escapado de su casa, viniéndose sola á media noche por entre los pinos. Ella le oyó compungida, pero no arrepentida.

No por eso dejó él de mirar de nuevo el Nacimiento, celebrándole mucho. Después apagó á soplos todas las candelas, se puso la capa y el sombrero, hizo que Juan le acompañase, cargado con el Nacimiento, y, tomando á Silveria de la diestra y en su izquierda una linterna encendida, llevó á la chica á casa de sus padres, donde la hizo entrar, donde Juan dejó el Nacimiento, y de donde no se retiró hasta que Silveria quedó dentro y echó la llave.

Pasó tiempo, y las visitas de Silveria y sus coloquios con el poeta no se hicieron más frecuentes. Harto notaba ella, apesadumbrada aunque sin enojo, que él le hablaba siempre de niñerías, que no se dignaba leerle nada de sus obras, y que no llegaba nunca á explicarle los arcanos procedimientos de su arte.

Pero Silveria, que tenía mucho orgullo, culpaba de todo á sus cortos años, y se afligía poco, porque era confiada, jovial y alegre, y no se afligía sino con sobrado motivo.

Jamás hablaba al poeta de sus escritos, contentándose con saber, por Juan, que en la capital del reino eran cada vez más celebrados, proporcionando á su autor envidiable fama.

Ricardo se ausentaba con frecuencia: iba á la capital, pasaba allí algunos meses y volvía á su retiro.

Apenas volvía, acudía Silveria á verle, y él la encontraba tan niña, tan graciosa y tan inocente como la había dejado.

Aconteció, no obstante, que en una de estas excursiones Ricardo tardaba mucho en volver. Silveria preguntaba á Juan, que había quedado guardando el castillo, cuándo volvería su amo, y, por las respuestas que de Juan recibía, calculaba que iba el poeta á tardar mucho; que acaso ya no volvería jamás.

Así transcurrieron, no dos ó tres meses, como en otras ausencias, sino más de cinco años: pero Silveria distaba infinito de olvidar al poeta. Siempre le tenía presente en la memoria y aun le veía en sueños. Y si bien le causaba amarga tristeza la desesperanza de volver á verle en realidad, la energía sana y la noble serenidad de su espíritu se sobreponian á todas las penas. Por Juan sabía además, y esto la consolaba, que Ricardo estaba bien de salud y que alcanzaba brillantes triunfos, allá en remotos países.

Ella también triunfaba, á su modo, en aquel apartado retiro en que vivía. Gloriosa transformación y vernal desenvolvimiento hubo en todo su ser. Estaba otra, aunque más bella. Creció hasta ser casi tan alta como su padre; su cabeza parecía, en proporción del resto del cuerpo, más pequeña y mejor plantada sobre el gracioso cuello, cuyo elegante contorno quedaba descubierto por la cabellera rubia, no caída ya en trenzas sobre la espalda, sino recogida en rodete; los ricillos ensortijados, que flotaban sueltos por detrás, hacían el cuello más lindo aún, como si vertiesen, sobre apretada leche teñida con fresas, lluvia de oro en hilos y de canela en polvo; la majestad gallarda de su ademán y de sus pasos indicaba la salud y el brío de sus miembros todos; la armonía divina de sus formas se revelaba al través de la ceñida vestidura; y, agitándose su firme pecho, se levantaba en curva suave.

En resolución, Silveria era ya una hermosísima mujer; pero tan inocente y pura como cuando niña.

La madre, al ver á Silveria en edad tan sazónada y florida, excitó al Indiano á salir de aquella soledad y á irse á

vivir en la aldea ó en población mayor y más rica, á fin de hallar un buen novio con quien la chica se casase; pero el Indiano se oponía siempre á tal proyecto y le condenaba como profanación abominable. Aunque valiéndose de términos más rudos, él razonaba de esta suerte. Algo dormía aún en Silveria y era cruel romper bruscamente su sueño de ángel; era impío, sin aguardar á que ella misma bajase del cielo á cumplir su misión, lanzarla de repente en la tierra, por grandes que fuesen las venturas con que la tierra le brindara.

Convenía, por otra parte, que aquella rosa temprana desplecase sus pétalos con todo reposo y no diese precipitadamente el aroma y la miel de su cáliz. El Indiano alegaba, por último, que no era de temer que su hija perdiese la ocasión. Por su simpar belleza podía aspirar á enlazarse con un príncipe; y como, además, el Indiano había administrado bien su caudal, había ahorrado bastante y podía dotar á Silveria con generosa esplendidez, siempre que se lo propusiese acudirían los novios á bandadas como los gorriones al trigo.

No se sabe si los razonamientos del Indiano convencieron ó no á su mujer; pero ella hubo de someterse, según tenía de costumbre.

Silveria continuó, pues, selvática y casi retraída de toda convivencia y trato de gentes, como paloma torcaz, como escondida flor del desierto.

En una tarde apacible del mes de Mayo subió Silveria al castillo á ver al anciano Juan que allí vivía solo.

Extraordinarios fueron su júbilo y su sorpresa cuando supo que la noche anterior, sin previo aviso, había llegado Ricardo después de cinco años de ausente.

Como cuando ella tenía once, con igual sencillez, si bien con mayor ímpetu, apartó Silveria al criado, corrió por la escalera arriba, y, conmovida, jadeante y bañadas las mejillas en encendido carmín, se lanzó en la sala, donde, por dicha, se encontraba el poeta.

Recordando entonces, de súbito, el saludo angélico de la noche de Navidad, le repitió, diciendo:

—¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Pasmado, mudo, extático se quedó él, como si una portentosa deidad hubiera llegado á visitarle.

—¿Qué... no me reconoces?—añadió ella; y se arrojó cariñosamente en sus brazos.

El la apartó de sí blandamente, con honrado temor, y con una admiración y un asombro que Silveria no comprendía.

—¿No eres ya mi hermano?—le dijo melancólicamente.

Entonces le contempló por breve espacio y creyó advertir que una nube de tristeza velaba su faz; pero halló su faz aún más hermosa que en los antiguos días.

Ricardo tomó con afecto en sus manos las manos de ella y le habló de cosas que ella escuchó con entreabierta boca y con ojos que, por el interés y el espanto con que le miraba y le oía, parecían más dulces y más luminosos y grandes.

Silveria no entendió bien todo el sentido de lo que él decía; pero percibió que se lamentaba de que era muy desventurado, de que ya no podía hacer dichosa á mujer alguna, de que su corazón estaba marchito, y de que, si bien el Hechicero podía volverle aún toda su juvenil lozanía, le había buscado en vano en sus largas peregrinaciones y no había podido hallarle.

En extremo afligieron á Silveria tan dolorosas confesiones. Dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y se deslizaron por sus frescas mejillas.

Ansiando luego consolar al poeta, y con el mismo candor, con el mismo abandono purísimo con que ella acariciaba á su madre, se acercó á él y empezó á hacerle caricias.

En aquel punto, y con disgusto idéntico al que siente quien recela que alguien trata de impulsarle á cometer un crimen, Ricardo rechazó violentamente á Silveria, exclamando:

—¡No me toques! ¡No me beses! ¡Vete pronto de aquí!

La gentil moza, sin penetrar el motivo de aquellos aparentes y generosos desdenes, se consideró profundamente agraviada.

No se quejó; no rogó; no lloró. Su soberbia cegó la fuente del llanto y ahogó los ruegos y las quejas; pero huyó, volando como lastimada paloma, escapando como cierva herida por emponzoñada flecha clavada en las entrañas.

En hondo estupor había caído el poeta al notar el efecto desastroso del desvío que acababa de mostrar por un irreflexivo primer movimiento.

Apenas volvió en sí, fuerza es confesar que desechó todos los escrúpulos y se arrepintió y hasta se avergonzó de su conducta.

Se rió de sí mismo con risa nerviosa y se calificó de imbécil.

A fin de enmendar la que ya juzgaba falta, salió corriendo en pos de Silveria, pero era tarde.

¿Cómo descubrir sus huellas? ¿Cómo reconocer el sendero por donde había huido? El bosque era espesísimo y dilatado. Ricardo vagaba por aquel laberinto; llamaba á voces á Silveria, y el eco sólo le respondía.

Pronto llegó la noche, sin luna y con nubes que ocultaban la luz de las estrellas. Completa oscuridad reinaba en el bosque. Tal vez rompía su solemne silencio el silbar de las lechuzas ó el tenue gemido del viento manso que agitaba por momentos las hojas.

En los giros y rodeos, que iba dando como loco, vino á parar el poeta cerca de la alquería.

Alegres presentimientos y gratos planes le volvieron de súbito la serenidad.

—Silveria, pensaba él, no se habrá ido á otra parte. Debe de hallarse en su casa. Entraré allí; informaré de todo á los padres; y, delante de ellos, pediré perdón á Silveria, asegurándole que, lejos de desdeñarla, soy suyo para siempre.

En la alquería ignoraban aún la vuelta del poeta.

Con singular asombro recibieron el Indiano y su mujer á un hombre á quien solo de oídas conocían, y de quien apenas habían oído hablar en más de cinco años.

Pero todo era allí consternación y alboroto. El Indiano acababa de llegar de una larga excursión, y su mujer le había dicho, llorando y sollozando, que Silveria no había vuelto: que Silveria no parecía.

Sin más explicaciones, porque no lo consintió la zozobra con que estaban, todos salieron de nuevo al campo á buscar á Silveria.

Inútilmente anduvieron buscándola hasta el amanecer. El día los sorprendió rendidos y desesperados.

La madre imaginaba que el Hechicero le había robado á su hija; el Indiano que se la habían comido los lobos; los criados que se la había tragado la tierra.

Sospechando que se hubiera podido caer en los estanques, revolvieron las aguas y sondearon el fondo sin dar con ella ni muerta ni viva.

Durante todo aquel día, sin reposar apenas, los dos amos y los dos criados hicieron pesquisas y como un ojeo por varios puntos del bosque, que se extendía leguas.

A las poblaciones más cercanas enviaron avisos de la fuga, con las señas de la fugitiva; ¡pero nada valió! Y aunque entonces no había telégrafos, ni teléfonos, y ó no había policía ó andaba menos lista que ahora, se empleó tanta diligencia en buscar á Silveria, que al persistir su desaparición, adquiría visos y vislumbres de milagrosa ó dígase de fuera del orden natural y ordinario.

Retrocedamos ya al tiempo, en que nos hemos adelantado, y volvamos á cuando huyó Silveria, juzgándose agraviada.

Delirante de rabia y despecho, corrió primero, sin parar y sin saber por dónde, internándose en un agreste é intrincado laberinto, por el cual no había ido jamás, y donde no había senda, ni rastro de pies humanos, sino abundancia de



brezos, helechos, jaras y otras plantas, que entre los árboles crecían, formando enmarañados matorrales.

Se detuvo un rato, reflexionó y reconoció que se había perdido.

La asaltó grandísimo temor, figurándose el horrible pensar que iba á dar á sus padres si no volvía pronto á su casa.

Pugnó por volver, buscó el camino, se dirigió ya por un lado, ya por otro, pero á cada paso se desorientaba más y se veía en más desconocido terreno.

La esquividad de aquellos sitios se hizo pronto más temerosa y solemne. Oscurísima noche sorprendió en ellos á Silveria.

Por fortuna, Silveria no sabía lo que era miedo. A pesar de su dolor y de su enojo, gustaba cierto sublime deleite al sentirse circundada de tinieblas y de misterio, en medio de lo inexplorado. Quizá el Hechicero iba á aparecérsele allí de repente.

Ideas y sentimientos muy distintos surgieron en su alma. La ira contra el poeta se trocó en piedad. Le creyó enfermo del corazón; le perdonó; disculpó su desvío.

El Hechicero había causado aquel mal, y era menester que el Hechicero le trajese remedio.

Entonces improvisó Silveria una atrevida evocación, un imperioso conjuro, y dijo en alta voz y con valentía:

—¡Acude, acude Hechicero, para consolar y sanar á mi poeta y hacerle dichoso!

La voz se desvaneció en las tinieblas, sin respuesta ni eco, restaurándose el silencio. La creación entera dormía ó estaba muda y sorda.

Nuestra heroína siguió marchando á la ventura, si bien con lentitud. Sus pupilas se habían dilatado y casi veía en la oscuridad. Iba, pues, salvando dificultades y tropiezos, cruzando por entre malezas y riscos, y subiendo y bajando cuestas, porque el suelo era cada vez más agrio y quebrado.

Al fin empezó á alborear.

La fatiga de Silveria era inmensa. No podía tenerse de pie. Logró, no obstante, encaramarse en un peñón, donde se consideró defendida de la humedad, y, confiando en la protección de los cielos, buscó reposo y pronto se quedó dormida.

Sus ensueños no fueron lúgubres. Acaso eran de feliz agüero y se prestaban á interpretación favorable.

Soñó que, mientras su madre le enseñaba á leer en libros devotos, vinieron los genios del aire y se la llevaron volando para enseñarle más sabrosa lectura en el cifrado y sellado libro de naturaleza, cuyos sellos rompieron, abriéndole á fin de que ella le descifrara y leyese.

Cuando despertó, el sol resplandecía, culminando en el éter. Sus ardientes rayos lo bañaban, lo regocijaban y lo doraban todo.

Ella se restregó los ojos y miró alrededor. Se encontró en honda cañada. Por todas partes, peñascos y breñas. Los picos de los cerros limitaban el horizonte. Aquel lugar debía de ser el riñón de la serranía. Silveria creyó casi imposible haber llegado hasta allí, sin rodar por un precipicio, sin destrozarse el cuerpo entre los espinos y las jaras, ó sin el auxilio de aquellos genios del aire con que había soñado.

¿Para qué detenerse en aquel desierto? Con nuevos bríos, aunque sin saber á dónde, prosiguió Silveria su camino.

Después de andar más de dos horas, encontró una estrecha senda, que le pareció algo trillada. Formaba toldo á la senda la tupida frondosidad de gigantescos árboles. Apenas algunos sutiles rayos de sol se filtraban á través de las ramas.

Subiendo iba Silveria una cuestecilla cuando oyó muy cerca los lamentables aullidos de un perro. Precipitó su marcha, llegó al viso, donde había un altozano, y vió por bajo un grupo de chozas.

Junto á las chozas, armadas de sendas estacas, cinco mujeres, desgredadas y mugrientas, ó más bien cinco furias, rodeaban á un perro y le mataban á palos. Catorce ó quince chiquillos, cubiertos de harapos y de tizne, celebraban con

descompuestos gritos de cruel alegría aquella ejecución desapiadada.

A cierta distancia venía un pobre viejo de blanca y luenga barba, con un puñal desnudo en la mano, corriendo hacia las mujeres para defender ó vengar al perro.

Llevaba un violín colgado á la espalda y estaba ciego. Era un músico ambulante.

Las mujeres se retiraron hacia las chozas, viéndole venir. Los chiquillos, puestos en hilera, la emprendieron con él á pedradas. Uno de ellos se revolcaba por el suelo y chillaba como un energúmeno. El perro, acosado por todos, le había dado un pequeño mordisco, motivando así la ira de las mujeres y la canina tragedia.

El ciego llegó tarde. El perro había quedado muerto.

Derribándose sobre él el anciano, hizo tales lamentaciones y vertió llanto tan desconsolado que algo mitigó la ferocidad de aquella gente. Los chiquillos dejaron de tirarle piedras, pero ellos y sus madres continuaron insultándole de palabra.

Le llamaban brujo, mendigo sin vergüenza y hechicero maldito.

En esto llegó Silveria, imprevisto y raro personaje en medio de tal escena.

Por salvadora ventura pudo tenerse que los maridos y padres de aquella desharrapada y turbulenta grey, los cuales, bajo la traza de carboneros y leñadores, tal vez eran contrabandistas ó bandidos, hubiesen ido lejos, aquel día, á ejercer sus industrias ó á entregarse á sus merodeos. Si hubieran estado allí, el ciego y Silveria, que se puso á defenderle, muy animosa, hubieran corrido grave peligro, porque aquellos hombres habían de ser maleantes y desalmados.

Como quiera que fuese, Silveria, convirtiéndose en denodada amazona, se apoderó del arma, que el viejo no sabía esgrimir á causa de su debilidad y de su ceguera, y creyó y aseguró que tendría á raya á toda la chusma.

Lo prudente, sin embargo, era emprender una pronta retirada. El ciego lo pedía así, diciendo, con voz temblorosa, á Silveria:

—Vámonos, hija mía: me estoy muriendo; apenas puedo andar. Tú eres un ángel. Sírveme de guía y de apoyo. Yo te marcaré el camino que importa seguir; y tú le verás, le distinguirás con tus ojos, que han de ser muy hermosos, y me llevarás por él hasta llegar á un sitio, donde aguarde yo con reposo mi muerte ya cercana.

El viejo, en efecto, tenía el semblante de un moribundo. Violentas pasiones y continuos padecimientos, físicos y morales, habían gastado su vida.

—Sin el perro—dijo—no podía yo irme, si tú, hija mía, no hubieses venido en mi socorro. Ayúdame á llegar á la casa, donde tengo albergue y refugio. No dista mucho de aquí, y, con todo, no sé si llegaré con vida: las fuerzas me faltan.

Silveria, llena de caridad, sostuvo al viejo, y éste, apoyado en su báculo y en el brazo de Silveria, á quien indicaba la vía, fué andando en compañía de la gallarda joven.

Durante el viaje, le hizo el viejo pasmosas confidencias. —Apenas me hablaste—le dijo—te reconocí por la voz. Pensé que oía á tu madre, cuando, hace treinta años, ella misma engañándose me persuadía con dulces palabras de que me quería bien, y me halagaba con la esperanza de ser mi esposa. Pero, en mal hora para mí, vino al lugar el Indiano. Tu madre se prendó de él perdidamente. Yo la perdono. Comprendo que no tuvo ella la culpa de mi infortunio, sino la influencia invencible de nuestro sino. Entonces, mi alma era más fervorosa y enérgica. Mi alma era injusta, y no la perdonaba. No pocas veces, proyecté robarla ó matarla, y me disuadía y me arredraba luego mi honradez... ó mi cobardía. Como demente, vagaba yo en torno de vuestra alquería. Me ocultaba en el castillo. Atormentaba á tu madre como un vivo remordimiento: la asustaba haciéndole creer que el Hechicero era yo. Dios, sin duda, quiso castigarme, y me dejó ciego. En

adelante, no rondé más en torno de vuestra alquería. Mi vida fué cada vez más desastrada. Viví errando por montes y valles, tocando mi violín y pordioseando.

Las revelaciones del viejo, su sórdida miseria y las mismas enfermedades, que se estaba notando que le abrumaban bajo su peso, infundían á Silveria repulsión poderosa; pero, en su noble espíritu, podía más la compasión, y la excitaba á no abandonar al desvalido hasta que le dejase en salvo.

Silveria, además, no acertó á resistir á las insistentes preguntas del mendigo y le contó su vida, su fuga y su empeño de hallar al Hechicero para sanar y consolar al poeta.

Entre tanto, la peregrinación continuaba, con trabajosa lentitud, por sitios cada vez más escabrosos. Se habían internado en un estrecho y hondo desfiladero. Por ambos lados se erguían montañas inaccesibles, tajados peñascos, por donde no lograrían trepar ni las cabras monteses. La fértil vegetación espontánea revestía todo aquello de bravía hermosura, que causaba á la vez susto y deleitoso pasmo.

A menudo el viejo se paraba fatigadísimo: se echaba por tierra y reposaba.

En uno de estos momentos de reposo sacó de su zurrón algunos mendrugos de pan bazo y varias rajadas de queso, y, al borde de una fuentecilla, compartió con la joven su poco apetitosa y rústica merienda. En otros momentos, Silveria se rindió al sueño y se recobró de su cansancio.

La noche llegó al cabo, con aterradora lobreguez.

—Todavía nos queda bastante que andar—dijo el viejo—y, sacando del zurrón una linternilla, y de la faltriquera eslabón, pedernal, yesca y pajuela, encendió un cabo de vela que dentro de la linternilla estaba colocado. Después entregó á Silveria la linternilla y otros cabos de vela, de que venía provisto, para cuando el que estaba ardiendo se consumiera.

De esta suerte, siguieron caminando.

Sería ya cerca de media noche, cuando oyó Silveria ruido

de aguas abundantes, que corrían con rapidez, despeñándose entre las rocas.

—Ya estamos á pocos pasos de mi casa—dijo el ciego.— Yo vivo con mi hermana, que es más vieja que yo. Su carácter es violento y avinagrado. Odiaba á tu madre. No quiero que te vea. Podría reconocerte y hacerte daño. Sus hijos, además, son dos foragidos, y de ellos debo recelar lo peor. No bien lleguemos á la orilla del río es necesario que me dejes. Yo, siguiendo la corriente, me iré sin dificultad á la casa, que dista de allí poquísimo. Tú, ya sola, seguirás andando con valor contra el curso del agua, y procurando no encontrar á ningún ser humano. La linternilla te alumbrará. Al fin llegarás al nacimiento del río, que brota entre las peñas. A poca distancia del gran manantial, si buscas bien, verás la entrada de la caverna. Entra denodadamente; llega hasta el fondo; y yo te aseguro y anuncio que encontrarás al Hechicero, según lo desees.

Pronto llegaron, en efecto, á la misma margen de aquel riachuelo apresurado. Allí se escabulló el viejo: se desvaneció en la oscuridad como soñada visión aérea. Silveria se quedó completamente sola.

Su peregrinación fué más penosa y más arriesgada que antes, por espacio de algunas horas. El casi borrado sendero por donde Silveria iba, se levantaba, en no pocos puntos, sobre el nivel del agua, de la que le separaba un negro precipicio. La garganta de las sierras, en que el río había abierto su cauce, se estrechaba cada vez más, y la cima de los montes parecía elevarse, dejando ver menos cielo y menos estrellas.

Amaneció, por último, y penetró en aquella hondonada la incierta luz de la aurora.

Todo se alegró y animó al ir disipándose la oscuridad. Despertaron las aves y saludaron con sus trinos el naciente día.

Silveria llegó entonces al manantial. Brotaba con impetu

y en gran cantidad la cristalina masa de agua entre enormes y pelados peñascos. Por todas partes se alzaban como colosales paredes los escarpados cerros. La joven se creía sumida en un grande hoyo, porque las revueltas del camino le encumbrian el lugar de su ingreso.

Buscó ella con ansia la gruta; y, apartando ramas y zarzas, que la celaban algo, vino al fin á dar con la entrada.

Sin vacilar un instante, y con heroica valentía, penetró en el subterráneo, espantando á los buhos y murciélagos, que allí anidaban y que oseados huyeron.

Transcurridos ya más de veinte minutos de marchar en las sombras, un tanto iluminadas por la liternilla, y de seguir un camino tortuoso, viendo Silveria que no llegaba al término, se impacientó, recordó su evocación y gritó con coraje:

—¡Acude, acude Hechicero, para sanar y consolar á mi poeta!

Nadie respondió á la evocación, que retumbó repercutiendo en aquellos huecos y recodos.

El último cabo de vela que en la literna ardía, chisporroteó y acabó de consumirse. La audaz peregrina quedó envuelta en las tinieblas más profundas.

Se adelantó á tientas: iba cuesta arriba; la cuesta era más empinada, mientras más se elevaba. El techo de la gruta se hacía más bajo. Silveria tenía que andar agachadísima y tocando en el techo con las manos para no tocarle con la cabeza.

De pronto notó en el techo, en vez de piedra, madera. Palpó con cuidado, y advirtió que eran tablas trabadas con dos barras de hierro. Palpó con mayor detención, y descubrió que las tablas estaban asidas al techo de la gruta por cuatro fuertes goznes.

Subió entonces tres escalones en que terminaba la cuesta; aplicó la espalda al tablón y empujó con brío.

El tablón no tenía candado ni cerradura. No había llave que pudiese estar echada: pero el tablón se resistía al empuje de Silveria, que casi desesperó de levantarlo.

Hizo, no obstante, un supremo esfuerzo, y el tablón se levantó, girando sobre los goznes, volcándose de un lado y dejando entrar por la ancha abertura alguna tierra con ortigas, jaramagos y otras pequeñas plantas de que estaba cubierta. La hermosa luz del claro día bañó al mismo tiempo aquella extremidad de la gruta.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó Silveria, y, saltando alborozada, se encontró en un abandonado é inculto jardincillo, cercado de muy altas murallas, sin ventana alguna.

Sólo divisó, junto á un ángulo de aquel cuadrado recinto, un pequeño arco ojival, y bajo el arco las primeras gradas de una angostísima escalera de caracol.

A escape pasó ella bajo el arco y subió por la escalera hasta una puertecilla, cerrada con llave, en que la escalera terminaba.

A pesar de las penalidades y emociones de la aventurada peregrinación, Silveria estaba preciosa de beldad, en su mismo desorden. La rubia cabellera, medio destrenzada y caída; las mejillas, rojas con la agitación; el pecho, levantándose con fuertes latidos; y los ojos, con más brillantez que de ordinario, por el leve cerco morado con que la fatiga le había teñido los párpados, al borde de las largas y sedosas pestañas.

Impaciente y contrariada Silveria por el obstáculo que se le ofrecía, golpeó la puertecilla con furor, sacudiendo sobre ella, con la pequeña y linda mano que parecía inverosímil que tamaña fuerza tuviera, los más desaforados y resonantes puñetazos.

Tardaron en abrir, y creció su impaciencia. Volvió á golpear. Luego recordó la evocación, y empezó á recitarla, gritando:

—Acude, acude, Hechicero...

No tuvo tiempo para concluir la. La puertecilla se abrió de súbito, de par en par, y Silveria vió delante á su poeta, lleno del mismo júbilo que ella sentía.



Lanzó Silveria alrededor una rápida mirada, y reconoció la sala del castillo donde escribía Ricardo, y donde ella le había visitado tantas veces.

Quiso entonces, por gracia, repetir la evocación, y empezó á decir nuevamente:

—Acude, acude, Hechicero...

Pero tampoco pudo terminar.



Ricardo le selló la boca con un beso prolongadísimo y la ciñó apretadamente entre los brazos para que ya no se le escapase.

Ella le miró un instante con lánguida ternura, y cerró después los ojos como en un desmayo.

Los pájaros, las mariposas, las flores, las estrellas, las fuentes, el sol, la primavera con sus galas, todas las pompas, músicas, glorias y riquezas del mundo, imaginó ella que se veían, que se oían y que se gozaban, doscientas mil veces mejor que en la realidad externa, en lo más íntimo y secreto de su alma, sublimada y miríficamente ilustrada en aquella ocasión por la magia soberana del Hechicero.

Silveria le había encontrado, al fin, propicio y no contrario. Y él, como merecido premio de la alta empresa, tenaz y valerosamente lograda, hacía, en favor de Silveria y de Ricardo, sus milagros más beatíficos y deseables.

No nos maravillemos, pues (y hasta válganos lo expuesto para disculpar á Silveria y al poeta), de que no fuesen, sino tres horas más tarde, á ver al Indiano y á su mujer, y á sacarlos de la angustia en que vivían.

Indescriptibles fueron la satisfacción y el contento de ambos cuando volvieron á ver sana y salva á su hija, y asimismo se enteraron de que, sin necesidad de ir á la cercana aldea ni á ninguna otra población, como la madre pretendía, sino en el centro de aquellas esquivas soledades, Silveria había hallado novio muy guapo, según su corazón, conforme con su gusto, y con aptitud y capacidad, harto probadas, para toda poesía y aun para toda prosa.

Ojalá que cuantos busquen con inocencia y con buena fe al Hechicero, le hallen tan benigno como le hallaron Silveria y Ricardo, y le conserven la vida entera en su compañía, como le conservaron ellos (1).

J. VALERA.

Madrid 18 de Mayo de 1894.

---

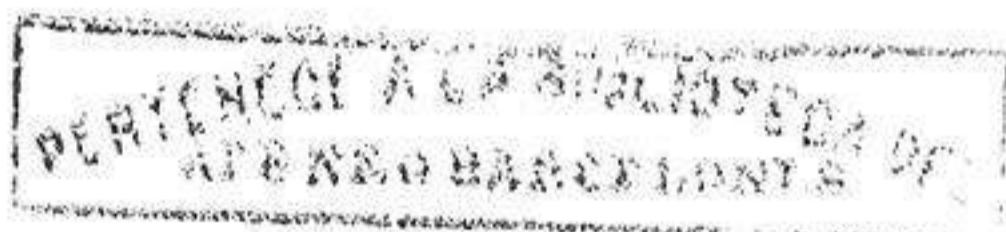
(1) En Austria florecen hoy muchas escritoras y poetisas. Descuella entre todas una elegante, joven y bella dama de la aristocracia, llamada la Condesa Cristiana de Thun. Ha compuesto novelas y dramas, con razón aplaudidos. En un tomo de cuentos suyos, titulado *Lo que contó la abuela*, hay una narración que me agradó mucho. Tomé en la memoria el argumento, y, con ligeras variantes, le di nueva forma y le escribí con mi estilo. Tal es el cuento de *El Hechicero*.

Si mis lectores no gustan de él, será de seguro porque yo no he acertado á darle el candor que le dió la Condesa y le he hecho perder su seductora ingenuidad.

---

# LA PSICOLOGÍA DE LA JUVENTUD

EN LA NOVELA MODERNA



**L**a juventud y el amor son los dos temas constantes y esenciales de la literatura; pero, así como algún crítico ha dicho que les quedaba mucho por explorar á los literatos en materia de amor, cabe decir, y con mayor razón sin duda, que con haber tanto *joven*—los héroes lo son casi siempre—en la novela y el drama modernos, las obras literarias dedicadas propiamente á la juventud, á sus luchas, á sus problemas característicos en cada época, son muy escasas, y las que hay pecan de deficientes.

Posible es, sin embargo, recogiendo notas dispersas, y mejor aún, el sentido general dominante en las obras literarias, reconstruir la psicología de la juventud europea en este siglo, tal, á lo menos, como la han sentido los artistas; porque allí está, y preciso es que se haya reflejado en ellas, ya que el literato no puede prescindir de ser hijo de su tiempo; y en este sentido, claro es que la literatura moderna encierra los elementos esenciales para el estudio indicado. Débese, no obstante, insistir en que son raros los autores que han escogido el tema de la juventud como asunto especial y único de sus libros, tal vez porque no sintieron bastante amor hacia él, ó porque no se hicieron cargo de los problemas que supone, ó quizá—y esto es lo cierto en la mayoría de los casos—porque les faltó la *experiencia consciente* propia y no les al-

canzó la inquietud personal que producen tales problemas en grado tal, que les moviera á escribir acerca de ellos «para curarse á sí mismos», como dice Musset.

Por esta razón, las pocas obras en que se abraza de lleno este asunto merecen atención particular y detenida. Su examen comparado, no sólo es una lección preciosa de historia, cuyos resultados parecerán increíbles á muchos—¡tanto y de tal manera hemos cambiado en menos de un siglo!—sino una experiencia rica en enseñanzas para nuestros jóvenes de hoy día, y llena de advertencias para los que se interesan sinceramente en el porvenir de los pueblos, que pende, en absoluto, de la regeneración de la juventud.

La enormidad de la distancia salvada y de las transformaciones sufridas, se nota al punto, con sólo mencionar el título de alguno de los libros que responden á la idea indicada. ¿Quién recuerda hoy, y menos lee, *La Confesión de un hijo del siglo*, de Musset, *Fausto y Savonarola*, de Lenau, *Eugenio Onegin* de Puchkin? Nuestros jóvenes se aburrirían seguramente con tales novelas. Los estados de alma á que responden—así como el *Don Juan*, de Byron, en muchas de sus partes, y aun el *Werther*, de Goethe, en las más sentimentales y menos humanas de sus páginas—no son ya comprendidos, no encuentran eco en el alma de nuestra juventud. ¡Y, sin embargo, más de una generación ha sentido como sentían Musset, Lenau y Puchkin!

Pueden distinguirse en las obras literarias tres elementos: uno, puramente imaginativo, propiamente *artístico*, que es fruto especial de las condiciones *profesionales*, que diríamos, del escritor; otro, esencialmente humano, que procede de las facultades, sentimientos, etc., inmutables, en cierto modo, de la humanidad, y el cual constituye como el fondo común de todas las literaturas; y un tercero, que es mera consecuencia del estado social de cada tiempo, y que sirve, por tanto, para caracterizar la obra y señalar indeleblemente la fecha de su aparición: tal, v. gr., los entusiasmos napoleónicos de los hé-

roes de Stendhal, ó los generosos sueños socialistas de los de Jorge Sand.

Cuando este último elemento es el que domina, la obra pierde seguramente en interés para la mayoría del público y reduce en gran manera sus horas de vida; pero gana, en cambio, como documento psicológico especialísimo, que juntamente nos ilustra, en la forma más íntima y auténtica que la literatura puede ofrecer, acerca de las «reconditeces psíquicas» del autor y su tiempo. Y de tal manera apremian el medio ambiente contemporáneo y la propia modalidad personal del momento—es decir, de tal manera se impone casi siempre la llamada nota *subjetiva*, en el instante de la concepción y de la ejecución de la obra—que la mayoría de las novelas y de los poemas famosos en un tiempo, pierden mucho de su interés ante el cambio de ideas y estados del público y de los mismos escritores, explicando así el pronto olvido injusto en que caen muchas veces.

El problema que más especialmente han estudiado los literatos en la juventud, es el de su conducta en las relaciones amorosas, con todos los efectos que las diferentes vicisitudes de ellas producen; señalando bien algunas de sus modalidades más salientes, ya se considere el amor en sí, ya en la modificación que sufre al encarnar en diferentes clases de caracteres, desde el sentimental y débil de *Werther*, al egoísta y más humano de *Adolfo*.

La pasión loca y desesperada; el desengaño brutal; el afectado y enfermizo pesimismo amoroso; la licencia y el desenfreno, buscados como medios de olvidar sufrimientos á menudo exagerados ó ilusorios; la pesadumbre terrible con que sujetan al cabo ciertos amores, destruyendo la vida toda y aniquilando las energías más sanas..., todo esto y más de análoga condición se encuentra en los libros de Goethe, de Musset, de Puchkin, de Sand, de Lenau, de Balzac, de Constant, de Daudet, etc.

Pero al lado de esta preocupación dominante, de este pre-

dominio, explicable y natural, de la vida amorosa, se deslizan con frecuencia observaciones de gran valor tocante á otros órdenes de conducta y al fondo ideal de la juventud, redondeando algo más la figura moral de ésta. Así es como Musset refleja las preocupaciones de los jóvenes de 1830 en punto á las creencias religiosas, á la organización social, á la educación, y como Balzac analiza, tan hermosa y ricamente, los sentimientos de la ambición, de la vanidad y de la gloria en los jóvenes. Aunque *Le Rouge et le Noir* de Stendhal sea, predominantemente, novela amorosa—cuya primera parte, henchida de bellezas y de alta poesía, inspiró sin duda á Balzac su famosa *Lys dans le vallée*—la atención que el autor concede al espíritu ambicioso, egoísta y grande, en medio de sus defectos, de Julián Sorel, es suficiente para que resulte estudiado desde este punto de vista el carácter, y de un modo magistral, como era lícito esperar del talento de Stendhal actuando sobre un hecho real de la vida de entonces (1).

Pero, dejando á un lado el estudio de sentimientos especiales, que alargaría mucho las presentes consideraciones, fijémonos en la conformación general de los tipos, en el estado de alma que reflejan, tomando en conjunto sus ideas y sus actos en punto á las diferentes manifestaciones de la vida, y especialmente á su concepto de ésta y de su orientación ideal.

La diferencia resulta enorme entre los héroes de 1830 y los de ahora. El joven romántico (es decir, *sentimental*) de Byron y de Musset, desesperado, melencólico, escéptico, lleva en el fondo del alma energías vivas, optimismos prontos á resurgir, creencias que *sinceramente* no se atreve á negar, porque todavía *las siente* y son para él, á pesar de todo, ideas-fuerzas. El joven de hoy, el depravado y egoísta de Bourget

---

(1) Es ya cosa averiguada que el *Sorel* de Stendhal está calcado en la figura de otro Sorel, seminarista que, como el de la novela, mató á su amante en la iglesia. Los documentos probatorios se han publicado en la *Revue Blanche*, de Paris (Marzo 94.)

y de Daudet, el débil, indeciso y neurótico de Turgueneff, de Galdós y de Bérenger, ó tiene sólo energías para el mal, en una sequedad aridísima de ideales, ó se dobla, como Hamlet, ante la duda y ante la incapacidad de reobrar contra los vicios, y contra los defectos de educación que le aplastan y cuya existencia reconoce, y aun deplora como el que más. Desconfiando absolutamente en su propio esfuerzo, falto de guías tan cautos y generosos como los que tuvo *Wilhelm Meister*, ni siquiera intenta luchar: cree inútil toda tentativa para escapar del abismo, y á menudo se sustrae á la vida, como Federico Viera ó Jorge Lauzerte, el de *L'Effort* (1). Con los románticos, todavía cabe intentar empresas elevadas: son espíritus perturbados, sin duda, pero valientes, llenos de fuego y de nobleza, en medio de su especial egoísmo. Con los citados tipos modernos, fríos, cobardes, cortesanos del éxito, que ni se rebelan, ni siquiera dudan; ó débiles, impotentes, aunque atormentados de nuevo por la sed del ideal, ¿qué empresa puede acometerse?

Dejando á un lado el *Don Juan*, de Byron—tan característico y curioso—para reducirnos á las obras en prosa, en tres autores de este siglo puede estudiarse principalmente la representación del joven romántico: en Puchkin (*Eugenio Onegin*), en Musset (*Confesión de un hijo del siglo*), y en Lenau (*Fausto, Savonarola, Don Juan*) (2). En Balzac, no obstante conservar algunos rasgos importantes, el tipo ha variado mucho: es más frío, más calculador, más egoísta; es el joven del realismo y del naturalismo, casi. Recuérdese á *Rastignac* y al propio Félix de Vandenesse, en muchos de sus actos.

(1) *L'Effort*, novela de Henry Bérenger, uno de los jóvenes de la nueva generación francesa, tan deseosa de una regeneración moral.

(2) Completa esta trilogía, y no se cita en el texto para no hacer *double emploi* con la novela de Puchkin, la de su gran compatriota Lermontof, titulada *Un héroe contemporáneo*, cuyo protagonista, Petchorine, es (decía el propio autor), «retrato, no de un individuo, sino de una generación».

La novela de Puchkin, tan hermosa é instructiva, se ha borrado de la memoria del público. Las de Lenau apenas se conocen en España. La de Musset todavía la recuerdan muchos, aunque ya nadie la lee. Las observaciones, pues, resultarán más inteligibles si recaen sobre la *Confesión de un hijo del siglo*.

Conocida es la gran parte de autobiografía que contiene la novela de Musset. No perjudica esto al valor representativo de la obra, porque Musset era un verdadero prototipo de su época, y además hay en la *Confesión* observaciones y detalles *objetivos*, de aplicación común á todos los jóvenes de aquel tiempo.

Tres cosas llaman la atención, preferentemente, en el *Octavio* de Musset: la desesperación sentimental, hija, en parte, de pedir á la vida más de lo que ésta puede dar, y, en parte, de no comprender la necesidad y la generalidad del dolor, y del desengaño; el error de buscar en el desorden, en la sensualidad viciosa ó extravagante, un remedio para las heridas del espíritu, con la constante decepción que produce este medio y la falta de sinceridad con que se hace gala de semejante paliativo; y las dudas respecto del ideal de la vida, de las más altas creencias, dudas que, si aparentemente se resuelven en un escepticismo frío, en el fondo son la prueba de una crisis espiritual que aspira á descansar en una afirmación, con tal de que no cueste gran fatiga y surja de pronto, hecha de una pieza: resultado muy superior á las fuerzas de un hombre que, además, solía estar no preparado para tales investigaciones. Y es que, al fin y al cabo, el héroe de Musset resulta como todos sus compañeros, hijo de aquel *René*, cuya sentimental locura hace de Chateaubriand un romántico verdadero, en quien prenden todas las ansias del siglo, á pesar del aparente arrebató religioso que lo eleva y hace popular su nombre (1).

---

(1) En cierto modo, todos estos *héroes* proceden de *Werther*, y así ha



La desesperación exagerada, lacrimosa, la heredaron los románticos de los *sentimentales* del siglo XVIII, y es la parte más conocida, más popular de su psicología. Aquellos disgustos tan sin motivo, aquellas heridas del amor propio elevadas á la condición de grandes problemas, aquella manera trágica é infundada de considerar la vida, amargándola, enturbiando todos sus placeres, trayendo sobre sí y sobre los demás la infelicidad menos merecida y lógica, se ha perpetuado tanto en la literatura de nuestro siglo, que está todavía en gran parte de los héroes de la novela moderna, y, sobre todo, del teatro, donde aún la aplauden los mismos que en la conversación diaria abominan de ella. Tiene, no obstante, una base psicológica, que supone cierta superioridad en la aptitud para sentir, para recoger impresiones y responder á ellas con un vigor y un acutismo que, á veces, descubre sentimientos muy delicados. Así, el héroe romántico, como aquel inglés de *La Mujer de treinta años*, sabe sacrificarse por su dama, cosa que parecen ignorar los héroes del naturalismo, explotadores más que amantes de la mujer.

La depravación sensual del «hijo del siglo» no cierra el ánimo á toda esperanza, porque no es producto espontáneo de una inclinación física morbosa, ni efecto reflexivo de una depravación moral absoluta. No es sensualidad sincera, á la cual se entreguen los héroes románticos por afición verdadera; por el contrario, les disgusta, no les satisface, no les divierte, al cabo. La buscan para olvidar—como enfermos, como se emborrachaba, verbigracia el príncipe de *Martín el expósito*, — no sabiendo el modo de curarse razonablemente, ó de resolver con calma, y por términos lógicos y humanos, los conflictos que la ligereza en el obrar, la

---

podido escribirse un libro en que se estudian las diversas encarnaciones del personaje de Goethe en la literatura francesa; pero si se comparan despacio las ideas de aquéllos y de éste, han de advertirse diferencias muy radicales. *Werther* es, además, menos complejo, más reducido á un solo problema de la vida.

ilusión ó la inexperiencia producen. En suma, los héroes románticos saben poco; son unos niños, unos inocentes que al ver que las cosas no les salen como ellos quisieran, en vez de buscar la solución natural, ó resignarse, se echan al surco, como quien dice, y abominan de la vida que no saben comprender. Basta leer los capítulos VI y IX de la novela de Musset (primera parte, páginas 72 y siguientes de la traducción española) y el IV de la segunda, para convencerse de esto que decimos. Aquellos libertinos—no ya sólo Octavio, sino el más frío y vicioso Dagenais—están tristes, se aburren en medio de los placeres: les falta la alegría de los libertinos del Renacimiento, tan comunicativa y simpática, á pesar de todo.

Así ha podido calificarse el tipo romántico como de «inaguantable», porque, como dice la señora Pardo Bazán, es «exigente, egoísta, mal avenido consigo mismo y con los demás, insaciable de amor y despreciador de la vida... y siempre de mal humor». Y, sin embargo, aun en el paroxismo de esa locura, cuando Octavio se convierte en *Rolla* y llega al suicidio, aún le quedan, como en su ironía, según reconoce M. de Chantavoine, «una lágrima, y, á veces, una oración inquieta, errante y desolada» que lo ennoblecen.

En general, por lo que toca al concepto de la vida misma y á las creencias fundamentales, Octavio, más que un escéptico convencido, es un desorientado. El espectáculo de las miserias sociales, del éxito momentáneo que el mal obtiene, de la positiva indiferencia y crueldad inhumana de la masa (que no ahora, sino siempre, en todas épocas, vive según las imposiciones despiadadas de una barbarie egoísta), le han hecho dudar de la eficacia real de las ideas y de los sentimientos nobles y elevados, de la moral sincera y pura; y de otra parte, teóricamente, las doctrinas críticas le han hecho desconfiar de la *verdad* de las antiguas creencias. Falto de cultura para subir á un punto de vista superior, *inferior él mismo al problema* (no sólo personalmente, sino también por

condición de la época en que vive), no se atreve á afirmar nada, oscila de un extremo á otro, pero siente la necesidad de creer en algo, de apoyar en base sólida la conducta. Esta situación, tan propia de los tiempos de crisis intelectual, y que supone, al fin y al cabo, que la juventud piensa y se preocupa con los altos problemas ideales, tiene en el fondo una elevación y una seriedad muy interesantes, á menudo no sospechadas («inconscientes», que se dice) por el mismo que las experimenta.

El Octavio de la *Confesión de un hijo del siglo* ofrece variadas pruebas de esto. En rigor, es bueno—mejor dicho, *no quisiera* ser malo—y aunque por el camino sospechoso del sentimentalismo, sabe ser dulce y sacrificarse, sabe tener dignidad en ciertos momentos.

A veces, sus dudas nacen de un motivo pueril. Consulta la Biblia, como la Dinah de Jorge Elliot, y se asombra y desespera de encontrar en el libro santo acentos de duda é incertidumbre. Sólo se fija en lo pequeño. «¡Dios mío!» (dice). Me habla una mujer de amor y me engaña; me habla un hombre de amistad, y me aconseja que me entregue al libertinaje; otra mujer quiere consolarme y me enseña, llorando, una pierna bien formada; busco una Biblia que me hable con el idioma de los ángeles, y sólo me dice: «¡Quizá!»—No sabe salir del ejemplo inmediato, de la experiencia personalísima, del dato individual. No habiendo acertado á interrogarla bien ni á servirse de ella, acusa á la razón, como ciertos católicos que creen así serlo más y más puramente. Pero con todo esto, queda siempre en su alma un rinconcito sano que el dolor pone de manifiesto alguna vez. Las reflexiones que se le ocurren después de la muerte de su padre, están llenas de buen sentido, y demuestran una emoción real que pudiera ser base de la regeneración. Conoce también los afectos puros, comprende los elementos normales y honrados del amor, odia la mentira, y sabe sentir, como no sienten jamás los depravados, los celos de un pasado desconocido, en que la des-

confianza suele poner mil imágenes perturbadoras. El capítulo en que habla de estos celos es uno de los más interesantes para la psicología, porque tiene una verdad asombrosa, que sólo podrán comprender los que hayan experimentado la misma amargura. Pero también sabe Octavio hacer sufrir, reflejando su enfermedad en los otros; y el martirio terrible de que es víctima Brígida, parecería de una crueldad repugnante si no supiéramos que lo padece por igual Octavio, que es una consecuencia fatal de su dolencia terminada con un arranque generoso.

El tipo de Octavio se prolonga por algún tiempo en la literatura. Flaubert nos da su última encarnación degenerada, y á la vez su crítica, en *La Educación sentimental* (1869) (1). Todavía después de Musset la juventud tiene bríos y recobra sus entusiasmos peculiares en la política. Hace de la libertad su Dios, y lucha por ella, olvidándose á sí propio, relegando á segundo término, por algunos años, sus problemas particulares é íntimos; y hasta llega á preocuparse con Jorge Sand, de las reformas sociales, del bienestar común, de la idea religiosa, aspirando de nuevo aquel inocente pero generoso optimismo de los hombres del siglo pasado.

La fatiga y las desilusiones, hijas de haber pedido á los hombres, á los sistemas y á las ideas, mayor perfección y más rápidos resultados de los que pueden dar, le producen nueva y más grave caída. Parte de la juventud sigue más fría y calculadamente el camino de Desgenais y de Rastignac; otra, cae en la inacción de *Demetrio Rudin*. Demetrio Rudín personifica, en efecto, un nuevo estado de alma que aún sufren hoy las juventudes europeas, y que en 1855 conocían ya los rusos. *Rudin* no es perezoso con la pereza semifatal de una raza, como *Oblomoff*; no es inactivo tampoco

---

(1) Este tipo está tratado especialmente en un artículo que con igual título publicó el periódico de Madrid, *La Justicia*, en 28 de Febrero de 1892.

por motivos dogmáticos, por lecturas de Schopenhauer y Hartmann mal digeridas; lo es por la peor de las enfermedades morales, por la desconfianza en las propias fuerzas, por la conciencia firmísima de una impotencia personal que cree sufrir. Con ella marchita todos sus buenos instintos, todas sus preciosas facultades. Ve el ideal, lo ama, lo acaricia á tientas, pero se figura no poder alcanzarlo, y el desaliento le hace caer al borde del camino. Conoce los vicios de su educación, pero no fía en remediarlos. ¡Ha visto tantos fracasos de grandes aspiraciones! ¡Le han hablado tantas veces de fatalismos, de la pequeñez humana, de la pesadumbre de los hechos y de la tradición! Todavía sueña empresas y comienza obras; pero como el *Doctor Faustino*, las deja sin concluir, las abandona al primer tropiezo. Las dificultades le desalientan. Ni siquiera es testarudo é inocente como *Bouvard y Pécuchet*, que ensayan sin descanso. Le falta la perseverancia. Su amigo Lejneff se lo advierte, y él contesta: «Tú lo dices; no he tenido perseverancia. *Jamás he edificado nada*; en efecto, es difícil edificar, sea lo que quiera, cuando falta el suelo debajo de los pies.»

Su ineptitud para la vida positiva, real, fruto de la educación romántica é intelectualista, comienza á revelarse.

«Lo que es cierto, le dice Lejneff, es que tú permanecerás pobre.—Yo, ¿qué quieres? Por de contado, sé que siempre he pasado á tus ojos por un hombre nulo.—¡Tú! ¡Qué locura, hermano! Verdad es que hubo un tiempo en que sólo saltaba á mi vista el lado defectuoso de tu carácter; pero ahora, créeme, comienzo á saber apreciarte con más justicia. No eres capaz de hacer fortuna... Pues bien; ¡te quiero á causa de esto mismo!... Sí, de veras; te estimo por eso mucho más... ¿Me comprendes?»

Han pasado los tiempos en que Schaunard y sus compañeros de la vida *bohemia* vivían de ilusiones... y de trampas. La juventud, frente al grave problema positivo de la exis-

tencia, aspira á ser independiente y feliz; pero no está educada para los combates que esa aspiración exige, y cuando va con buena fe, con nobleza, se rinde ó dilapida sus energías, y al fin se *déclasse*, como dicen los franceses, creando el mísero proletariado económico y moral, de levita. El resultado último de todo esto es una enfermedad de la voluntad: el desfallecimiento del ánimo. La juventud ha olvidado que, según Fausto, «en el principio era la acción»; y si lo sabe, no puede ó no cree poder producir acción ninguna eficaz, ni para sí, ni para los otros.

Creyéndose impotente para lograr su felicidad personal, menos puede pensar en ser levadura de progreso para la patria, en acometer altas y generosas empresas. No le queda más que una vaga, impotente piedad hacia los hombres desgraciados y hacia las miserias de los pueblos; pero ni siquiera intenta agruparse para dar el impulso de regeneración. Necesita largo reposo para dar lugar á que resurja, en lo íntimo de su conciencia, la voz divina que grita al hombre: «Anda», como Jesús á Lázaro; y cuando la oiga, empezará por reformarse á sí propia, por curar la llaga enorme que lleva en el alma y que le impide todo movimiento. Le hace falta, ante todo, recobrar la confianza en sí misma y en el destino humano, reconocerse libre y capaz de *acción*.

Pero antes de que esto llegue, todavía ha de hundir la juventud su espíritu en más lóbregas y tenebrosas simas. Llevará el fanatismo materialista hasta la exaltación de *Bazarof*, el héroe de *Padres é hijos* (Turguenef), que representa la negación pura de las ideas tradicionales, la fría, inflexible crítica, más dura cuanto más precipitada, más errónea cuanto más radical y absoluta pretende ser en sus conclusiones. Llevará también el egoísmo cobarde hasta la perversión más honda, hasta la locura, tergiversando las ideas, haciendo, incluso, responsable de sus extravíos á la ciencia, de la que no supo servirse, á la que no supo interrogar con calma, esperando la respuesta serenamente y con pureza de intención. Y

así nacen el *struggle for life* de Daudet (1)—que todavía tiene su eco en el protagonista de la reciente novela de Vandérou, *La Cendre*—y Roberto Greslou de *Le Disciple*, la más alta encarnación del tipo preludiado ya, en parte, en el Rodion Romanovich de *Crimen y castigo* (1868).

Al mismo grupo pertenecen algunos de los personajes creados por Zola, aunque la psicología del gran maestro no puede definirse sino después de muchas explicaciones, y teniendo muy en cuenta su punto de vista especial, su propósito dogmático (2).

La emoción profunda que causó *Le Disciple* demuestra, aun descartada la exageración del tipo y la errónea atribución de su origen, que el mal, en el fondo, era exacto, á saber: el mal del egoísmo y de la cobardía de alma.

Pero ya cuando Roberto Greslou revelaba (1889) el horrible vacío moral de su espíritu, la juventud había llegado á la conciencia de su falsa posición, y empezaba á repugnarla, analizándola, aunque sin fuerzas todavía para lograr redimirse por su solo esfuerzo. Ya *Demetrio Rudin* se daba cuenta del origen de sus males, reconociendo su verdadera psicología, con ayuda de Lejneff; y el propio Greslou vence al fin su cobardía, y la reconoce y redime, dejándose matar por el hermano de su víctima. Poco á poco adquiere la juventud la ciencia de su propio estado; pero el análisis que hace de su alma le precipita en nuevos abismos, á menudo. Así como los aprensivos llegan á la locura de creerse víctimas de todas las enfermedades, en fuerza de observar síntomas en sí mismos y de leer libros de medicina para cuyo cabal aprecio no están preparados, así los *psicólogos* que estuvieron en moda

---

(1) *La lutte pour la vie* (1889). El tipo de Paul Astier figura ya en *L'inmortelle*. Del mismo jaez egoísta son *Del-ami*, de Maupassant, y el Octavio de *Aubonheur des dames*.

(2) Los personajes de Zola no sienten casi nunca los problemas ideales. Son raros en sus novelas los tipos de este género, como el socialista de *Germinal* y el tísico de *L'Argent*.

no hace mucho, los analizadores, llegan á la locura en fuerza de querer experimentar *estados*, de querer sentir cosas raras, *desdoblamientos*, etc., sugestionados por lecturas mal entendidas, amando el análisis por sí mismo, como un médico que amara la enfermedad sin pensar que ésta sólo se estudia... para curarla. Semejante desvariados tienen su representación social y figuran también en la literatura. Pero el análisis se concreta, á veces, y toma direcciones positivas. Con Julio Vallés (*Le Bachelier*, *L'insurgé*), revela la parte de culpa que corresponde á los otros, á los padres, á los maestros, á la sociedad, protestando y acusando todavía con algún dejo de romanticismo, pero más en firme, y con propósitos revolucionarios bien definidos. Igual carácter viene á tener la explosión nihilista entre la juventud rusa, que al punto se refleja en la novela, v. gr., con Tchernichenski (*¿Qué hacer?*). Los héroes nihilistas, como los revolucionarios de Vallés, conservan aún mucha levadura romántica, no obstante su realismo forzado, levadura que juntamente se manifiesta en el misticismo de los unos y la bohemia de los otros. Pero ya entrevén un fin: les alumbra una nueva luz y se sienten capaces de una acción enérgica. Todavía más: rompen con el *individualismo* que caracteriza á los héroes románticos, y le sustituyen con un altruismo fervoroso, desinteresado, una piedad vehemente, simpática, no obstante las extravagancias, crueldades y locuras con que la mezclan. Los nihilistas, como dice Emilia Pardo Bazán, son la manifestación de un pueblo joven «capaz de ilusión histórica y de sublimes calenturas», y son simpáticos, porque al indiferentismo egoísta hay que preferir siempre «los apasionados extremos y hasta los desbarros» de cualquier fanatismo, ya que en la vida social toda, como en arte, lo hermoso es lo que vive. Vallés dedica su *Bachelier* á todos los que, «nutridos de griego y de latín, han muerto de hambre», y su Jacques Vingtras representa toda una clase, realmente desgraciada, loca por la desesperación, y que si á veces tiene ella misma la culpa de su desgracia, no ignora que gran parte le viene im-



puesta, y pretende remediarla hasta en lo que tiene de irremediable: nunca se ha hecho crítica más despiadada—ni más cierta, después de todo—de la educación moderna, de la falsa «preparación para la vida» que se da á la juventud y que arroja á buena parte de ella en el proletariado, marchitándole ilusiones y sofocando aptitudes. Los anarquistas de levita, esos que presiente el ciego Rafael de *Torquemada en la cruz*, nacen con Vingtras, que representa así todo un estado de alma de la juventud moderna.

Pero esta dirección revolucionaria no es la de la mayoría. La lucha que emprende con más ardor la juventud para conseguir su regeneración, y la que mayor provecho ha de darle, es la lucha interna, titánica, desesperada, llena de vacilaciones y desfallecimientos, que unas veces termina en deslumbrante claridad, como les sucede al *Pedro* y al *Levine* de Tolstoy (1), y otras concluye con el suicidio, como en *L'Effort*.

Los jóvenes del tiempo de Musset y el propio Vallés descargaban toda la culpa de su desgracia sobre la sociedad, guardando siempre una cierta orgullosa confianza en sí mismos; pero los de hoy saben cuán grande parte de culpa les toca. Llegan á ver la raíz profunda del mal en la voluntad seca y exánime, y comprenden que á ellos mismos toca reaccionar; pero á menudo perecen, víctimas de su flaqueza, ó se sustraen al problema, suprimiéndolo con la muerte. Ya no se suicida la juventud por el amor, como Werther y los héroes románticos, sino como Hamlet, por no poder cumplir el deber ni acertar á verlo claro y definido. Jorge Lauzerte (*L'Effort*) se mata, como dice su hermana, «por no saber lo que quería». Cautivo de una vida superficial, egoísta, viciosa, seca de energía y de ideal, cuya falsedad conoce y abomina, se liberta de ella por el único medio que sabe emplear, puesto que le falta fe en el *esfuerzo* íntimo, y vigor en la voluntad que lo ha de

---

(1) De ellos se ha tratado especialmente en el capítulo «Tolstoy» de *Mi primera campaña*. Madrid, 1893.

producir. Su pesadumbre es mayor, porque ya no es sólo un débil, como Rudin, sino también un inmoral, como *Rolla*.

Pero con todo esto, en Jorge Lauzerte brilla la esperanza. Cuando un hombre como él se mata por motivos de conciencia, es que el ideal alumbra ya de nuevo en el horizonte. No es ya el pesimista Larcher de *Mensonges*, que se cree impotente para regenerar su dignidad, y sigue encanallándose. Lauzerte no sabe curarse, pero tampoco quiere seguir viviendo como hasta entonces. Con esta consoladora perspectiva termina la novela de Bérenger.

Y ciertamente, para confirmarla, asoman ya los héroes nuevos, los jóvenes de Tolstoy, que llegan á encontrar la palabra de luz y de vida; los últimos (1) de Bourget, que transpiran la esencia del ideal, germinado en ellos; el David Grieve de Mrs. Ward, que, nuevo Meister, alcanza al fin la serenidad de alma que lo fortalece y consuela, después de haber sufrido todas las influencias intelectuales que han pesado sobre la juventud de este siglo, por lo cual es *David Grieve* como un resumen de toda la evolución; y tantos otros, salidos de las filas del renacimiento moral con Ibsen, con Byörnson (2), con Lemaitre, con Rod, con Heuzey, con Vyzewa, con P. Valdés (*La Fé*).

Verdad es que muchos de ellos no ofrecen resuelto el problema; que sobre muchos, generosos y nobles en no poca parte de sus ideas y de su conducta, como el Eynhardt de *El Mal del siglo*, pesa todavía muy gravemente ese mal del intelectualismo egoísta, que convierte la ciencia en fuente de placer solitario y la reforma moral en labor de exclusivo aprovechamiento, sin pensar en los efectos sociales ó sintiéndose impotentes para la acción; que, indecisos aún en punto á la explicación de la vida, se abstienen de afirmar resuelta-

(1) Sólo los últimos. En las primeras novelas de Bourget predominan los inmorales y los pesimistas.

(2) V. gr. *Los Caminos de Dios*, traducido al francés en la *Revue bleu*.

mente, como el propio Max Nordau, entre dos direcciones distintas...

Pero el espectáculo de esa nueva juventud que comienza á reflejarse y á llenar con sus representaciones la novela contemporánea, juventud nacida del propio seno del intelectuallismo, que, como dice Bérenger, lleva por el análisis «á la negación de sí propio»; juventud que se afirma sustantivamente, que aspira á redimirse, que va creyendo posible la redención, que la busca con sus propias fuerzas y que se preocupa con las grandes cuestiones sociales, con la suerte de los obreros, de los desgraciados, á quienes ama, como Eynhardt, esa, trae consigo la génesis de nuevos tiempos é infunde á la literatura savia fresca, sana, psicología interesante y consoladora. Mucho le queda que andar. Las soluciones de Tolstoy, de Byörnson, de Mrs. Ward, no alcanzan aún á todos ni pueden ser por todos admitidas. Aún andará largo tiempo errante la juventud por el desierto de su indiferencia. Aún la representan Rudin, Federico Viera, Eynhardt y Lauzerte. Pero no en balde dice Mefistófeles á Fausto: «Si no te extravías no encontrarás jamás el camino de la razón. Si quieres ser, sé por tus propias fuerzas.» Y que hay ya falanges en el buen camino, lo demuestra la novela contemporánea, y en la vida real lo demuestran también las iniciativas de la juventud francesa, la juventud de ese pueblo que la pasión sectaria tacha de ligero, de corrompido, y que emprende ahora tan vigorosa regeneración en todos los órdenes, incluso en la vida política y en el sentimiento nacional.

Desde el joven romántico de 1830 al joven neocristiano de 1894, la distancia es grande, el camino recorrido largo, difícil y lleno de tristezas. ¡Ojalá no sea un desengaño más esa generosa aspiración, en que parecen entregarse los jóvenes á la reforma interior de su alma y á la resolución de los grandes problemas sociales! Tienen maestros que los conducen, poetas, como Henry Chantavoine, que los animan. ¿Saldrá algo sano, positivo, de este movimiento? He aquí la pre-

gunta que está en todos los labios... La respuesta quizá la den las novelas de comienzos del siglo XX.

\*  
\* \*

Y ahora, esbozada ya ligeramente la evolución psicológica de la novela moderna en punto á las representaciones de la juventud, cabe indagar si quedan agotadas las manifestaciones de ésta, si los novelistas no han incurrido en vacíos graves... Y lo primero que ocurre contestar es que la única psicología que han sabido hacer es la de los estados álgidos, supremos, del *hombre* joven; pero que parecen ignorar casi por completo la psicología de la mujer. De qué manera la han entendido y cuáles sean los pecados de superficialidad que deban imputárseles, requiere especial estudio. Pídelo también un nuevo aspecto de la psicología juvenil, que empieza á despuntar en la literatura y que llena un vacío de la anterior: la psicología del obrero, ya que los jóvenes de la novela han sido hasta hoy, casi siempre, representantes de la clase media más ó menos alta y de la aristocracia tradicional.

RAFAEL ALTAMIRA.

---

## VILLERGAS Y SU TIEMPO

---

**P**arécame que era una de las dos casas de la Plaza Mayor que tienen la entrada por la calle de la Sal, donde vivía, de 1849 á 50, aquel poeta misantrópico y atrevido, que ya estudiaba, para presentarlo en el teatro, al más famoso de nuestros pesimistas y satíricos del siglo XVII, con cuyas señas dicho se está que me refiero á nuestro contemporáneo Eulogio Florentino Sanz y á su drama *Don Francisco de Quevedo*. Como en aquella época no me asustaban á mí buhardillas ni cuartos pisos, apenas recuerdo si había muchos ó pocos escalones que subir; pero me inclino á lo primero, porque la pieza era destartalada, la luz casi zenital y el frío tan grande, que á pesar de ir embozado en la capa, envi-dié al ilustre poeta, que se hallaba en su despacho envuelto en una manta palentina, y no de primera<sup>a</sup> clase ni en buen uso. La indumentaria del gabinete corría parejas con la calefacción; si bien no faltaba una mesa revuelta, de tal modo revuelta, que aunque la moda naturalista me inspirase la tentación de describirla con pelos y señales, difícilmente acertaría á decir cómo alternaban los montones de libros y papeles con los restos de la cena y del chocolate, cigarros á medio consumir, peine, jabón y adminículos para el aseo de la per-

sona, al lado de una jofaina no muy limpia, y, finalmente, de algunas prendas ligeras, como chaleco y corbata, que tampoco desdecían por su pátina y por su brillo del tono general de aquella habitación imperfectamente alumbrada en pleno día.

Y sin embargo, la alumbraba en aquel momento Florentino con su sonrisa mefistofélica y su mirada relampagueante, hojeando un cuaderno en verso, que resultó ser una tragedia ó cosa así, de Ayguals de Izco—ya algo antigua, pues estaba dedicada *al divino Argüelles*, que había muerto en 1844, el mismo día que entró en Madrid la reina Cristina de regreso de su emigración.—Titulábase *Los Negros*, y se había estrenado en 1836 en Vinaroz, siendo Ayguals alcalde y jefe de la Milicia nacional en una pieza, para celebrar el restablecimiento de la Constitución del año 12. En mi calidad de catecúmeno literario y de admirador del poeta que tenía presente, acompañé con las mías sus carcajadas, máxime cuando me decoró algunos pasajes de la obra; y debajo de la dedicatoria al tutor de la reina Isabel II, pude leer esta sangrienta apostilla, recién puesta por Florentino: «*Dedicada al zapatero Simón por un...* (aquí una palabra que no debo copiar, aunque suena mucho y con son inocentísimo en la milicia; pero sólo en la milicia, pues en otros asuntos suele perder su inocencia, convirtiéndose en vocablo de lupanar.) En el secreto de su gabinete, Sanz tenía la costumbre de desahogar su humor en las portadas de los libros, y otro rasgo por el estilo ha conservado mi flaca memoria. Al folleto que en 1847 había publicado el famoso marqués de Albaida (antes y después José María Orense, no menos famoso republicano), con el título *¿Qué hará en el poder el partido progresista?*, le había añadido en letras gordas por modo de contestación: *Alguna atrocidad*.

Vino á interrumpirnos otro visitante, embozado también en capa no muy nueva, calado el sombrero hasta los ojos como amigo de confianza, y á quien mi presencia no debió

agradar mucho, según la mirada oblicua que me dirigieron sus ojos saltones, puestos en el cráneo á más de medio relieve. Desde luego me había chocado que al oír su voz en la antesala, Florentino, entre azorado y confuso, buscase algo sobre la mesa con que tapar la famosa dedicatoria, decidiéndose por el chaleco, á causa quizá de ser legajos y libros grandes lo que tenía más á mano.

—Este es Ayguals de Izco—dije yo para mí,—que á poco más nos coge despellejándole.

Cuando hice la misma pregunta al futuro autor de *Don Francisco de Quevedo*, una vez terminada la corta conferencia que en voz baja celebraron, apartándome yo á un rincón, como era natural, me contestó sonriéndose:

—Calle V., hombre de Dios. Bien se conoce que es V. todavía forastero en Madrid. D. Wenceslao, como éstos le llaman, porque al fin es todo un editor y tiene imprenta y algunos cuartos, gasta panza, y aun sin los zaragüelles, huele á la tierra de las chufas como un horchatero. ¿No ha conocido V. por la voz del que se acaba de marchar á un castellano puro, del mismísimo riñón de los trigueros de Medina? Se llama Villergas.

—¡Ah, sí, el epigramático!—exclamé yo.—Aunque no me hacía reír tanto como á otros muchachos de mi pueblo, ya he leído algo suyo en el *Fandango* y el *Domine Lucas*; pero no he podido haber á las manos todavía su *Baile de las brujas* y su *Baile de piñata*, que parecen ser por ahora sus producciones más notables. Como el gobierno las ha perseguido tanto, y en mi provincia se lee tan poco, apenas han llegado allá ejemplares. Dicen además que es muy exaltado, que se pasa de progresista, y en Extremadura, lo que priva ahora, son los moderados de Bravo Murillo y Donoso Cortés, salvo el rincón de Jerez de los Caballeros, donde el general Infante y D. Antonio González sostienen alguna influencia muy combatida. En cambio, hay otro escritor satírico que lee mucho aquella gente, que es *Fray Gerundio*, y que, en verdad, me parece hombre mejor intencionado que Villergas, más instruido,

quizá por eso más culto, y mucho me equivocaré si alguna vez le veo perseguido á trabucazos como á éste. Recuerdo ahora que siendo yo niño todavía, hará cinco ó seis años, pasé por Madrid poco después de un pronunciamiento, y tuve la primera noticia de Villergas del siguiente modo: Un grupo de zagalones, armados de escalera, engrudo y pincel, iba pegando por las esquinas grandes carteles, que á su vez arrancaban grupos de soldados, no sin insultos y repelones de una y otra parte, navajas abiertas y fusiles apuntados, por lo cual corría la gente dando gritos, y se cerraban las tiendas, y yo me refugié á puerto seguro, no sin curiosar el cartel, que era anuncio de una obra de D. Juan Martínez Villergas, con un dibujo horripilante y por carátula estos versos del mismo género:

Adorna, pueblo noble, tus esquinas  
con los restos de tunos escritores,  
y después extermina á los traidores  
que en Francia se vendieron á Cristina.

—Serían del editor los versos—exclamó Florentino.—Villergas los compone mejores, hay que hacerle esa justicia. Si como tiene el instinto de la forma tuviera el de las conveniencias literarias y sociales, solidez de juicio y más varia instrucción, llegaría á ser un satírico de primer orden. Así lo creyó Patricio de la Escosura al publicarle sus primeros ensayos en *El Entreacto*, y sobre todo aquel soneto que recuerda las picarescas escenas de *Lazarillo de Tormes*:

Mandó el tío Antonio, el ciego, al lazarillo,  
que si su tabernera conocida  
no llenaba fielmente la medida  
le diese un golpecito en el tobillo.

Fueron á la taberna, y el chiquillo  
hizo luego la seña convenida,  
y el ciego dijo en voz descomedida:  
—¿Por qué no llena usted ese cuartillo?  
Viendo la tabernera que no era



el dicho ningún falso testimonio,  
contestó:—Crea el diablo en tu ceguera.

—Bastante ciego soy, dijo el tío Antonio;  
pero es usted capaz, tía tabernera,  
de hacer abrir los ojos al demonio.

Tiene estilo propio, inspiración poética, gracejo nativo y ojo certero para descubrir el flaco de su adversario, antes el físico que el intelectual; pero su *genus irritabile* le inspira una acometividad desatinada y ciega, que lo mismo se emplea en gigantes que en pigmeos, que no mide las distancias, que no calcula los golpes, y tal vez los descarga sobre sus admiradores y sus jueces del campo antes que en el blanco adonde tira. Cree siempre estar persiguiendo á los carlistas, como cuando era soldado voluntario á las órdenes de Torres Solanot. Con tanto furor combate á Narváez como á sus propios colegas de la prensa y de la literatura, humildes ganapanes que por necesidad y sin convencimiento las más veces se le ponen por delante. En el Ateneo y en el Liceo no le perdonarán jamás sus sangrientos insultos á los académicos y á casi todos los literatos de la nueva generación, por no haberle incluido el pintor Villaamil en cierto cuadro de retratos que hizo para esta última sociedad. Otras veces sus [víctimas son tan modestas é inocentes como las que Herodes sacrificó. ¿Ha leído V. el ovillejo de Franquelo, Corona y Vila?

—Sí, señor—le respondí—que está bien hecho, y es atroz, por lo cual no se arranca de la memoria á tres tirones:

Corona, Vila y Franquelo,  
hambre, ignorancia y canguelo.  
Franquelo, Vila y Corona,  
tres y ninguna persona.  
Corona, Franquelo y Vila,  
tres cuadrúpedos en fila.

Por cierto que ya conozco á dos de esas víctimas de Villergas, y puedo apreciar la crueldad de éste. Franquelo no sólo

escribe muy bien la jerga andaluza, sino con mucho sabor de su salada tierra.

Pues lo mismo ó acaso peor trata Villergas á los hombres políticos en sus famosos *Bailes*, y de aquí que tenga que vivir casi siempre á sombra de tejado para que no le lluevan encima los mientes como puños y los puños como mientes. Ningún perro rabioso, ninguna fiera escapada de su jaula, han sufrido persecución semejante á la suya, cuando los amigos y paniaguados del general Prim se enteraron de aquellas octavas que principian:

Infame Prim, patriota de retorno,

versos que en cuanto á la forma son irreprochables, por regla general, pues tiene Villergas la desgracia de sentir más robusta inspiración para la sátira personal, que puede comprometerle y hasta costarle el pellejo, que para la social y literaria, donde podría adquirir una buena fama. Pocos dísticos hay en castellano como el final de esa primera octava contra Prim:

Nunca de mi desdén imagen viva  
en tu rostro manchara mi saliva.

Calcule V. la carrera en pelo que le darían, recordando que á *Fray Gerundio*, por aquel inocente juego de vocablos de una *capillada* en que decía: ese *Prim* ó *Pringue*, le dieron en la misma Puerta del Sol tal espanto, que no lo registra mayor Monipodio en su mamotreto. Villergas no escarmienta. Le he dicho ya mil veces, porque le quiero bien, que no sea cándido, que aprenda á distinguir de tiempos, como aconsejan los abogados; que no son éstos que corren como aquéllos del año 40, en que él vino al mundo literario, y preso por una hoja contra el gobierno provisional, aborto del pronunciamiento de Setiembre, fué absuelto por el jurado y sacado en triunfo de la cárcel; pero ¿por qué? más que por la brillantísima defensa que de él hizo Eugenio Moreno López, por la ño-

ñería, ¿que digo ñoñería?, por la complicidad de aquel gobierno, tan enemigo como el mismo Villergas de la *Napolitana*, que es el nombre que daban y siguen dando los progresistas á la ex-reina regente Cristina de Borbón. Pero es muy duro de casco, y lo mismo que con los Gómez Becerras, los González ó *Tirillas* (apodo de su invención), los Linajes y Corradis, quiere hacer ahora con los Narváez, los Pezuelas, los Sartorius y Bravo Murillos, que son hombres de más pelo en pecho, que saben dónde les aprieta el zapato, y que el mejor día me zampan en Filipinas á mi pobre Villergas á hacer versos y chistes contra los salvajes. El, erre que erre. En viendo agujero para escribir una hoja clandestina, una proclama ó cualquiera de esos esperpentos que llevan á un hombre derecho á la cárcel, por allí se mete de rondón y á cierra ojos.

La política le ha corrompido, acostumbándole á usar trabuco en vez de pistola ó florete, y en el palenque literario, por lo mismo que nadie cuenta con polizontes ni soldados á quien encomendar la venganza, ni se tiene la epidermis tan dura como en los ministerios, ni los nervios botos para aguantar explosiones y estampidos. Pegar, se pega menos; pero aborrecer, se aborrece más. Los doceañistas y revolucionarios del año 23, que se han apoderado de éste y otros muchachos por el estilo, salidos de dondequiera, educados de cualquier modo, y que apenas estudian otros textos que *El Contrato social* y el *Diccionario crítico*, los empujan por las vías revolucionarias, acaso más que lo que ellos mismos creen, y si alguna vez les llega la hora del triunfo se encontrarán que han hecho inmanejables esos instrumentos. Los López, los condes de las Navas, los Escosuras, los Calvo de Rozas y hasta los mismos ayacuchos de Espartero, que no se diferencian de los moderados, como dice el gran Quintana, sino en usar palabras más gordas y menos castizas, se contentan con una monarquía hecha á su imagen y semejanza, que los nombre ministros para pegarles buenas palizas á los retrógrados, llámense cristinos ó carlistas, mientras estos jóvenes á la mo-

derna, aunque confuso y borroso, tienen un ideal político más propio de la leche que han mamado, ideal que se parece mucho á la república, cuyo nombre no se atrevían á pronunciar hasta que el año pasado la proclamó Francia. Desde entonces lo van deletreando y algo más. Los han enseñado los santones á combatirlo todo, y naturalezas rudas y primitivas, vehementes é imprevisoras, como las últimas clases del pueblo, de donde por lo general han salido, no saben abandonar la línea recta, y aspiran á una revolución que por sus nuevas formas pueda reemplazar á todos los hombres y á todas las formas viejas. Pero como este proceder es en política poco práctico, vive el pobre Villergas en una sociedad como la presente, entregada por completo al moderantismo, una vida más difícil cada día, y puede decirse que cuando no está preso le andan buscando. Tales trazas se da, que el hambre es hoy el menor de sus enemigos. Periódico en cuya redacción entra, periódico muerto. Desde que escribía en *El Huracán* contra la coalición de 1843, que iba á echar de España á Espartero y á eternizar á los moderados en el poder, sus antiguos amigos progresistas le guardan rencor, por haberles hecho en el *Baile de las brujas* caricias análogas á las que le debe Prim, al verlos tan ciegos instrumentos de aquellos hábiles pasteleros, y ni aun con la recomendación de Olózaga le dan plaza fija en *El Eco del Comercio* ó *El Espectador*. Así, ha tenido que hacer de todo, sin reparar que no para todo sirve: comedias como *Ir por lana y volver trasquilado*, *El Padrino á mojicones*, *El Asistente*; novelas como *Los Misterios de Madrid*, y colaborar en obras de *pane lucrando*, como *El Cancionero del pueblo* y *Los Políticos en camisa*, con Ayguals de Izco y Ribot Fonseré. Ahora ha puesto los ojos en un muchacho amigo mío y paisano suyo, que se llama Calvo Asensio, carácter firme y político sagaz, que dará que hacer con el tiempo, sobre todo si no se envicia en publicar periódicos como *El Cínife* y en reñir con todo bicho viviente, y á eso ha venido, á pedirme, de parte de Perico Calvo, que nos veamos esta noche

en el billar del café de Venecia, que está, como V. sabe, en la plaza de Santa Ana, esquina á las calles del Príncipe y del Prado, donde se reunen diariamente Rosa González, Ruiz del Cerro, Llano y Persi y otros escritores aficionados como Calvo á las carambolas y los dobles. Pero me parece que Perico tiene menos deseos y menos necesidad que Villergas de meterse ahora en libros de caballería, que no está la Magdalena para tafetanes, y D. Ramón gasta peor genio cada día, porque se va haciendo viejo, y le minan el terreno los muchachos de su partido. Lo mismo le da á él fusilar periodistas que sargentos. Por eso me dejo llevar á conferencias sobre la fundación de un periódico que pongo muy en duda, y más aún si aceptaré la compañía de Villergas, que lleva siempre la mala consigo.

Tenía razón Florentino Sanz. Las circunstancias que nos rodeaban eran para pensar mucho un hombre hasta en salir á la calle.

La guerra entre progresistas y moderados, á muerte, sobre todo con la pequeña fracción de los primeros que había dado en llamarse *progresista-democrática*, y que para la corte de Madrid estaba de acuerdo con los republicanos franceses, que habían derribado el trono de Luis Felipe y producido en España las sangrientas convulsiones de Marzo y Mayo de 1848. En Cataluña habían ocurrido intentonas republicanas, entre otras, las de Balleras y Victoriano Ametller, públicamente dirigidas desde París por el desgraciado infante D. Enrique de Borbón, que, no sólo había reconocido la república francesa, sino que la ayudaba por todos los medios posibles, sin perjuicio de retractarse poco después, cuando Luis Napoleón empezó á reconciliar á la Francia con las monarquías de Europa y la revolución romana era ahogada por las bayonetas francesas, cabiendo á nuestro ejército alguna parte en la empresa, y á nuestro embajador, Martínez de la Rosa, la gloria de sacar á Pío IX de su voluntario destierro de Gaeta. Daban, pues, notable prestigio y fuerza tales circunstancias

al jefe del partido moderado y del gobierno, D. Ramón Narváez, hombre de grandísima energía, de perspicaz mirada política, nada torpe en la estrategia parlamentaria y palaciana, un tanto cruel ó, por lo menos, contemporizador con las autoridades que lo eran, quizá por exageración de los principios gubernamentales, y, en fin, hasta popular en las clases ilustradas por sus verdaderos arranques de patriota, como la despedida del embajador inglés Bullver y su actitud en la peligrosísima aventura del *ministerio relámpago*, que le quitó y le volvió al poder en veinticuatro horas. Había dado á su partido vitalidad y nervio, rodeándose de los hombres más inteligentes de la época. Los diversos ministerios que presidió reorganizaron todos los servicios públicos, principalmente la Hacienda, que, merced á D. Alejandro Mon y don Juan Bravo Murillo, iba saliendo del caos en que la tenían hundida quince años de trastornos y guerras civiles. Contra esta situación, y sobre todo contra este hombre, seguía sosteniendo Villergas una lucha, que él comparaba á la de Quedo con el conde-duque de Olivares; temerario empeño que debía de producirle, como al fin le produjo, sobre persecuciones y amarguras, á la postre dolorosa humillación.

Desde aquella sabrosísima plática con Florentino Sanz, pude yo apreciar mejor el carácter y la situación del poeta satírico, á quien no traté nunca y vi pocas veces en los círculos literarios. Andaban los hombres de letras poco menos enemistados que los políticos, y diríase que hasta la indumentaria los separaba. Ello es que á los progresistas era preciso buscarlos exprofeso y no en su casa, donde las visitas, casi siempre tomadas por espías ó polizontes, sufrían largos reconocimientos al ventanillo, si no en las redacciones de sus periódicos y en los cafés de su predilección.

Por aquellos mismos días de 1850 contrajo Villergas matrimonio con una joven zamorana, doña Inocencia Fernández, acontecimiento que, como suele acontecer, debió producir en su espíritu saludable reacción, aunque fuese poco du-

radera. Corrían entonces buenos aires para la literatura, principalmente para el teatro, que el año anterior de 1849 había sido reglamentado en términos muy favorables á los autores por el ministro de la Gobernación D. Luis José Sartorius, protector de los jóvenes de mérito, que le formaban una brillante camarilla, núcleo de seducción para los progresistas. D. Tomás Rodríguez Rubí, por ejemplo, había sido llevado á Palacio á leer ante la joven reina su drama *Isabel la Católica*, que iba á representarse con desusada solemnidad en el viejo corral del Príncipe, convertido en flamante teatro Español, bajo la dirección de Ventura de la Vega, con real despacho de comisario regio. Tanta era la efervescencia literaria por aquellos días, que aún nos atruena á los viejos los oídos el vocear de los ciegos por las calles de Madrid del papel *Gran premio á los poetas*, que era un decreto nombrando á Rubí gran cruz de Isabel la Católica.

¡Ocasión tentadora para Villergas, en quien por fortuna suya prevalecía aún, por lo visto, el saludable influjo del reciente matrimonio! Y en efecto, con la colaboración de D. Antonio Ribot y Fontseré, su antiguo compañero en varias publicaciones, hizo la de uno de sus trabajos más serios é importantes, que le acredita de crítico de primer orden. En él hay además datos curiosísimos del estado del periodismo revolucionario en aquella época, y de la profunda evolución del partido progresista á impulso de la juventud democrática, que sacudía violentamente la tutela de los llamados santones (los antiguos doceañistas y ayacuchos), empujándolos hacia la izquierda del moderantismo, donde iban á contribuir, andando el tiempo, á la unión liberal. Titulábase aquel folleto, bajo el epígrafe de *El Tío Camorra y el Jesuíta, Carta que acerca del aplaudido drama «Isabel la Católica» dirigen al excelentísimo señor conde de San Luis, vizconde de Priego, precedida de unos cuantos piropos al santonismo, que aunque no vienen al caso, darán un rato de buen humor á los santones.*

Sin perjuicio de insistir en ocasión oportuna sobre las cu-

riosidades y excelencias de este folleto, apuntaremos ahora los datos que el exordio contiene para la biografía de Villergas. Después de calificarse exactamente los dos autores como «pobres mortales que mostramos menos empeño en crearnos una reputación propia, que en destruir la reputación usurpada de los demás», lamentábanse de llevar dos años cesantes en su oficio de periodistas, gracias á las circunstancias y á los santones. El escribir y el criticar eran una necesidad de su vida física antes que de su vida moral, y así decían: «Critícamos y murmuramos por la misma razón que el fuego quema y el agua moja, y por la misma razón que Bretón hace siempre buenos versos y Rubí los hace siempre malos; porque no podemos hacer otra cosa. O mucho nos engañamos, ó las primeras líneas que escribimos fueron ya una invectiva. Es seguro que si nunca hubiésemos tenido nada que censurar, nunca hubiéramos tenido nada que escribir.»

Lamentación autobiográfica.—De tiempo atrás, *El Paleta de Torrelodones* no decía tus ni mus, y *El Jesuíta* ni mus ni tus. *El Tío Camorra* y *Los Políticos en camisa* habían muerto por miedo de los editores á la dictadura militar imperante, y aunque el primero se había transformado en *Don Circunstancias*, sólo pudo capear la tempestad algunos meses, escondiéndose una vez á la semana en las últimas columnas del periódico *La Reforma*.—Lamentación político-económica.—Tenían, pues, que arreglar muchas cuentas con muchas gentes. «Los moderados nos han perseguido mucho, y los progresistas nos han estafado mucho.» Las juntas que sostenían los periódicos, estaban manejadas por hombres como el célebre diputado... (aquí un nombre propio que no copiamos, porque aún vive el que lo lleva y ha sido recientemente alcalde de Madrid con gran jolgorio de los Villergas de ahora y de muchos que no son Villergas) «hombre más rico que elocuente, pero, por desgracia nuestra, tan enemigo de soltar dinero como de soltar palabras...» «¡Y si V. E. supiese de qué modo tratan á los redactores! Es un asco... Y luego andan por ahí



diciendo que somos indomables, que tenemos un genio de demonios, que con nuestra falta de moderación comprometemos los depósitos... (1) pero cuando llega el día de cobrar su salario aquellos pobres proletarios de pluma, aquellos albañiles de frac, que son, sin duda, de peor condición que los de chaqueta, no aparece un mandarín á cuatro leguas á la redonda...» «¿...cuándo cobramos?—He visto á Fulano, que es el que más manda aquí, y me ha dicho que él nada tiene que ver con la administración, que viese á Zutano; he visto á Zutano y me ha dirigido á Mengano, y Mengano otra vez á Fulano, y Fulano otra vez á Zutano.»—Final del exordio y consejo que no le hacía falta al conde de San Luis.—«¿Qué le parecen á V. E. los santones? ¿No es verdad que si no saben ellos mismos redactarse un periódico, y no tienen dinero para pagar á otros que se lo redacten, deberían pasarse sin periódico? Pero entonces, ¿quién los alabaría?...» «Los santones tienen tres flancos vulnerables: son ambiciosos, presuntuosos y cobardes; el partido dominante puede atraérselos fácilmente cebándolos con un poco de turrón ó con una cinta, ó metiéndoles miedo con cuatro soldados y un cabo. Respondemos de la virtud infalible de cualquiera de los susodichos medios.»

No siguió mucho tiempo Villergas el nuevo camino que parecía abrir su *Carta al conde y vizconde*. Cansado, por lo visto, de las dulzuras del hogar, emprendió en 1851 la publicación de un *Paralelo entre Espartero y Narváez*, que debía llevarle otra vez á la cárcel, y ésta por siete meses. Maltrecho y no bien reputado entre los suyos por los medios que le proporcionaron la libertad, marchó á París en 1852, donde otro escritor de tanto mérito como él y de menor juicio todavía, le dió abrigo en el periódico hispano-americano *El Eco de ambos mundos*. D. José Segundo Flórez, que es el compa-

---

(1) Importa aquí recordar que las antiguas leyes de imprenta exigían un depósito considerable para responder de las multas en que los periódicos pudieran incurrir.

triotista á quien nos referimos, ó dígase con más verdad, fray Segundo Flórez, exclaustro de la orden de San Agustín, maestro después de primeras letras en Badajoz, de donde fué materialmente expulsado por torpes vicios de que hacía víctima á la cándida niñez, revolucionario acérrimo en Madrid, afiliado á las más peligrosas sociedades secretas, y á la Literaria de Ayguals de Izco, que le publicó en 1843 su *Vida de Espartero*, mejor escrita que pensada, merecería por sus aventuras largo y ejemplar capítulo, desde que nacido en el Almendral, pueblo extremeño, de una honrada familia de labradores, célebre por transmitirse en ella de padres á hijos la singular virtud de componer huesos rotos, hasta que, emigrado á consecuencia de su participación en los motines de 1848, murió apóstata en el seno de una secta tan extravagante como nueva, la que llamó *Religión de la humanidad* su fundador, Augusto Comte, de quien fué el Padre Segundo, amigo, panegirista y testamentario.

Quizá la estancia de Villergas en París, subsiguiendo á los grandes peligros y desazones que su insensata lucha con Narváez le había proporcionado, contribuyó á modificar su temperamento literario, pues las publicaciones que allí hizo, así en *El Eco de ambos mundos*, como en *El Correo de Ultramar*, que se fundó bajo su dirección en 1853, son de las más notables por todo estilo que debemos á su pluma. Principalmente *Sarmenticidio, ó á mal sarmiento buena podadera, refutación, comentario, réplica, ó como quiera llamarse esta quisi-cosa, que en respuesta á los VIAJES publicados sin ton ni son por un tal Sarmiento, ha escrito á ratos perdidos un tal J. M. Villergas*, es un libro que honra tanto á su gracejo como á su erudición y patriotismo. Por ser en España casi ignota esta obra maestra de Villergas, la dedicaremos lugar preferente en la segunda parte de nuestra biografía.

Volvióle á Madrid, como era natural, la revolución de 1854, pero mal avenido con sus hombres, como ellos con él, desencantado de la política, hastiado del periodismo, como revela

su periódico *El látigo* (primera época), que hubo de abandonar á Pedro A. de Alarcón y á Manuel del Palacio, solicitó en 1855 el consulado de Newcastle, de donde en 1856 fué trasladado al de Haiti, ascenso que anuló el general Narváez, tan pronto como derribó á la unión liberal mientras Villerigas navegaba para América. Entre cónsules y diplomáticos no dejó fama de hombre muy tratable, según dicen. Nuestro amigo D. Juan Ortega y Rubio, catedrático de la Universidad de Valladolid, que en su libro *Vallisoletanos ilustres*, publicó el año pasado la más completa biografía que conocemos del autor de *El Baile de las brujas*, cuenta que así Villerigas como su esposa estuvieron en la Habana en situación tristísima y á punto de morir del vómito negro. Allí publicó *La Charanga*, y algo más tarde en México el *Don Junípero*, que le costó ser expulsado del país por el general Miramón, presidente de la República. Su biógrafo le vuelve á la Habana, y allí le detiene publicando la primera serie de *El Moro Muza* (periódico), y *La Vida en el chaleco* (novela), hasta 1861; pero ha padecido error, pues dos años antes, ó sea en 1859, le hallamos en París, y en el núm. VII de *El Correo de Ultramar*, el comienzo de su estudio de los *Poetas españoles contemporáneos*. Sólo algunos meses por lo visto aguantó en Europa.

Los grandes atractivos de la vida ultramarina y el buen lugar que se había hecho en la prensa de la Habana, fueron parte á que *El Moro Muza* hiciera una segunda aparición, hasta que en 1865 el demonio de la política inspiró á Villerigas la idea de hallarse próxima una revolución en España, que siempre este demonio vive muy adelantado, ó más bien son para él minutos los años de los hombres. Vinose á Salamanca y luego á Madrid á publicar el *Don Junípero*, hasta que los sucesos del 22 de Junio de 1866 le demostraron que estaba todavía la fruta verde, y á medio pasar los años del diablo. Vuelta, en 1867, á París, á la Habana y á *El Moro Muza*. Al fin llegó la revolución de Setiembre de 1868, y vuelta á Madrid, tan otro Villerigas física, moral, literaria y quizá po-

líticamente, como revela el título del periódico que publicó (*Jeremías*) y su novela *Los Espadachines* (1869), obra la más ñoña, más insustancial y más desmañada que puede salir de una pluma experta. Exagerándose quizá á sí mismo sus compromisos republicanos, ó quizá por su instintiva tendencia á combatir á todas las situaciones, hastióse pronto de aquélla y volvió á la Habana á hacer la cuarta parte de *El Moro Muza*.

Pero ¡qué Habana tan diferente en solo tres años! Por mucho que fuera su fervor revolucionario, ojos como de puente debieron abrirsele al patriota autor de *Sarmenticidio*, hallando á la perla de las Antillas envuelta en lodo. Así, le vemos volver taciturno á los pocos meses y encerrarse en Zamora, donde en 1872 es proclamado candidato republicano y acusado á la vez de retrógrado por el feroz periódico de Paul y Angulo *El Combate*. Se le tildaba de haber sido en la Habana voluntario é intregrista, es decir, defensor de España y partidario de ella. ¡Gran pecado! Tales tiempos corrían, que tuvo que retirar su candidatura, si bien el señor Ortega le atribuye un desquite tremendo con la más inspirada y correcta de sus sátiras personales. No la conocemos. Elegido al fin por un distrito de aquella provincia, el 12 de Diciembre de 1872 llevaba ya su defensa al Congreso en un discurso que oyeron pocos, por la escasísima voz del orador; pero que un inteligente amigo nuestro, que á su lado se sentaba en los bancos republicanos, califica de elocuente, correcto y mesurado como pocos. Entre otras valentías, defendió valientemente á los Voluntarios de la Habana en la pavorosa cuestión de los estudiantes que profanaron el cementerio.

Votó la república en Febrero de 1873, y ya en el Mayo siguiente fué nombrado ministro plenipotenciario en Río Janeiro, y en los últimos días del mismo año trasladado á México, puesto más importante y más salubre país. Aguó todos sus planes el golpe de Estado del 3 de Enero, y hubo de volver á la Habana, donde también fracasó la quinta intentona de *El Moro Muza*. Llegaron muy malos días para Martínez Viller-

gas, que, achacoso, cargado de familia y sin recursos, recorrió desde 1875 á 78 casi toda la América española, ganándose la vida como podía, alguna vez de maestro de escuela, hasta que algunos buenos compatriotas y criollos le proporcionaron fondos para volver á nuestro país por medio de una suscripción pública.

Desde aquella fecha, algunos viajes á la Habana á donde le llamaban sus deberes de miembro de la Junta directiva del partido Unión constitucional, han sido la única diversión de su retiro de Zamora, playa tranquila en que calafateaba su desmantelado barco, de tantos mares huésped, de tantas berrascas testigo, de tantos naufragios víctima. Setenta y seis años contaba de edad, cuando en Zamora descansó para siempre el 8 de este mes de Mayo que acaba de pasar. Gracias á su inteligente esposa, que supo mejor que él utilizar los restos del naufragio, ha pasado sus últimos días con bienestar y desahogo, en una bonita casa con jardín que cuidaba él mismo, ni envidioso ni envidiado, bello ideal del filósofo. Esto de la filosofía nos trae un recuerdo, para concluir. Según nos asegura persona que el año pasado le visitó en Zamora, hallábase por confesión propia identificado con el señor Salmerón, cosa extrañísima ciertamente, que la política pudiera unir al poeta de las claridades y las desnudeces con el filósofo de las tinieblas y las nebulosas. Quizá él mismo comprendía y satirizaba esta singularidad, en su última obra, que apenas ha dejado esbozada, pues debía de ser trasunto de su vida aventurera y de las evoluciones de su espíritu, con el harto expresivo título de *Pateta*. Raro nombre en verdad para un poema, aunque desde el *El Baile de las Brujas* tenía Villergas afición á entregar á sus personajes en manos del diablo.

Algunas de sus obras merecen especial estudio, como páginas de nuestra historia político-literaria, y ese es el que vamos á emprender.

V. BARRANTES.

# LA DEGENERACIÓN

Y

## EL PROCESO WILLIÉ

---

AUDIENCIA DE BARCELONA

Juicio por jurados.

Mes de Abril de 1894.

Vista de la causa en las sesiones celebradas en los días 16, 17, 18, 19 y 20 de dicho mes.

(Reseñas de *El Noticiero Universal*.)

**N**uevamente en un escenario llamativo, en el escenario de los torneos judiciales, que por ser escenario, por consentir torneos, por darse al drama y á la representación, por halagar el sentimiento, por surtirse preferentemente en los nunca agotados arsenales de la retórica, etc., etc., es una institución menos adelantada de lo que se supone y más primitiva de lo que se cree, ha vuelto á desfilar el crimen escoltado por la locura.

Trátase de un crimen de sensación por el mundo en que se desarrolla, por la personalidad del delincuente y por la de la víctima.

En efecto, nada más impropio de la naturaleza íntima del mundo comercial que el delito de sangre. Dígalo Mercurio que cuando se entromete en la jurisdicción de la diosa Astrea no es para favorecer á los homicidas ni á los violentos.

Tan es así, que es muy posible que en el mundo industrial y fabril de Barcelona, y en el mundo industrial de Cardiff—dada la repercusión internacional de este delito—hubiera causado menos insólita impresión, aun afectando á más hondos y generales intereses, la quiebra, por ejemplo, en Barcelona, de la acreditada casa de los señores Bofill hermanos, ó la quiebra, en Cardiff, de la importante casa Watts Woard, que el saberse que un simple asunto de traspaso de un negocio de carbones, cuya entidad, en lo que respecta á la prima, aparece valuada en 5.000 pesetas, se había desenlazado á tiros con la resultante de un muerto, un herido, dos balas perdidas y uno ó dos disparos sin cápsulas que el matador, sin duda alguna por la velocidad adquirida, dirigió contra su cabeza.

Y aun en estas impresiones colectivas se pueden considerar ó suponer dos variantes.

Cada pueblo, en el concepto sociológico internacional, por decirlo así, tiene su nota propia y su nota extraña; nota propia que consiste en su amor propio, en su estimación personal, en lo que puede ser conciencia, orgullo ó vanidad de sí mismo; nota extraña que estriba en las cualidades ó defectos, vicios ó virtudes que le atribuyen justa ó injustamente, con atenuaciones, exageraciones ó mixtificaciones.

Supóngase que la primer noticia del hecho de autos, como se dice en lenguaje curial, se hubiese comunicado telegráficamente á Cardiff sin decir otra cosa que «á consecuencia de unas negociaciones comerciales había ocurrido una escena violenta entre el negociante español y el negociante inglés, resultando un muerto», y es casi seguro que de primera intención, con la afirmativa categórica y tenaz de las suposiciones evidentes, nos hubieran atribuido, además de la sin razón, el papel de provocadores, agresores y causantes, lo que no es extraño, porque al perder nuestro blasón histórico, Europa en general nos ha formado un escudo en que campean las castañuelas y la navaja, y no es mucho que representándose á

nuestras damas con el puñal en la liga se imaginen á nuestros comerciantes con el trabuco en la trastienda.

Por esta vez la honorabilidad inglesa tuvo de qué dolerse. Y no es que un delito aislado conmueva en poco ni en mucho ni afecte en nada al carácter ni al concepto de un país, sino que hay países, sociedades y agrupaciones más sensibles que otras y con sensibilidad más específica para cierta clase de delitos.

Inglaterra, por ejemplo, contrasta con el continente, no sólo por su menor criminalidad, si que más bien por el hecho de que mientras en Europa la criminalidad aumenta con su población, y en algunos países desmedidamente, en Inglaterra disminuye. Inglaterra, que es notoriamente susceptible al delito contra la propiedad, lo es todavía más al delito contra las personas, y lo demuestra otro contraste: el que el duelo, costumbre inequívocamente atávica, perdure en el continente y esté del todo proscrito en aquel país. Claro está, pues, en lo que se refiere á este proceso, que un inglés, en cuanto participa de la naturaleza nacional, y más que nada un inglés comerciante, debe ser opuesto, por lo menos en el mundo civilizado, á vencer á tiros las pequeñas dificultades de un negocio, porque de esa manera ninguna transacción mercantil se consolida.

Ocúrranme tales consideraciones como prefijo, en mi opinión indispensable, para entrar en el fondo del proceso, que en éste, como en los que se ven todos los días en la sala de Audiencia, se reduce á la investigación de los móviles; es decir, á la relación de los particulares del delito con la naturaleza del delincuente.

Esta relación aparece de muy distinto modo, según el cristal con que se mira, advirtiéndose que si en la indumentaria procesal fuera de rigor el uso de tales gafas, con objeto de hacer evidente lo que es simbólico, los ópticos no tendrían más de tres modelos: uno ahumado, para el fiscal; otro rosa, para los defensores, y otro azul oscuro, para las atenuaciones de uno y otro color, ó séase de uno y otro criterio.



Veamos, pues, la personalidad del entonces procesado Samuel Willié Hill, al través de los cristales azul y rosa, toda vez que no se han usado los negros, para echar inmediatamente una ojeada libre, no solamente de antiojeras, si que también, de permitirlo nuestros ojos, de aquellas gotas de sangre empapada, cólera, flema ó melancolía en el cristalino, que, según Juan Huarte, hacen que un paño azul sea colorado, amarillo, blanco ó negro, y no de su verdadero color.

Advirtamos primeramente que el fiscal, el acusador privado y el defensor cogen por su turno y por su cuenta el mismo documento, el dictamen de los peritos alienistas que en número de diez y ocho, es decir, más de un apostolado, toda vez que equivalen á apostolado y medio, se presentan unánimes en la palabra autorizada de su mantenedor el ilustrado doctor Rodríguez Méndez.

En el extracto del alegato pericial constan las siguientes afirmaciones:

«Que consideran á Willié: primero, como enfermo de la mente; segundo, que es un desequilibrado por herencia, y tercero, que el hecho de autos tuvo caracterizada la forma vesánica por obsesiones é impulsos irresistibles, obrando por resolución posterior de la tensión psíquica.

»Que surgió en Willié la obsesión, comprendiéndolo él mismo, lo que hizo que dijese á su hermana que le quitase el revólver, porque había pensado en matarse ó en matarla á ella.

»Que Willié es un degenerado ó desequilibrado, que no tiene estigmas físicos.

»Que lo que caracteriza el acto realizado por el desequilibrado ó el degenerado es la ausencia de motivo.»

Todas estas afirmaciones se pueden reducir á tres:

1.<sup>ª</sup> Willié es un enfermo de la mente.

2.<sup>ª</sup> Su enfermedad no tiene nombre concreto, sino el genérico de desequilibrio ó degeneración: es genéricamente, un desequilibrado ó un degenerado.

3.<sup>a</sup> Es un degenerado ó desequilibrado sin estigmas físicos.

Legalmente, no habiendo como no hay otra norma que la del artículo 8.º del Código penal en su párrafo 1.º, la cuestión se reduce á definir si Willié estaba ó no estaba loco, y de aquí la pregunta 8.<sup>a</sup> de las hechas al Jurado: «Samuel Willié Hill, ¿realizó los hechos descritos en las preguntas 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, 6.<sup>a</sup>, y 7.<sup>a</sup>, en estado de locura?»

Los jurados respondieron: Sí.

Los peritos le habían dicho «que el hecho de autos tuvo caracterizada la forma vesánica».

Ahora bien, colocándonos, no en la realidad ó en la hipótesis científica, sino en la realidad y en la hipótesis común, nada más natural que las gentes se sorprendan de ese modo de ver las cosas, pues «los sabios», como dice el fiscal, «que tienen el privilegio de averiguar y saber lo que pasa en los cerebros ajenos» las ven de muy distinto modo de como las aprecia todo el mundo, ese «todo el mundo» que tiene un criterio colectivo producto de experiencias tradicionales, en cuyo criterio no es todo preocupación, obcecación é ignorancia.

Efectivamente; Samuel Willié, visto y oído ante el Jurado, no parece un loco. Expone ordenadamente los hechos, los razona con método, insinúa las causas que influyeron en su determinación, refleja su estado de ánimo y se muestra incierto é ignorante acerca de los pormenores en el momento en que llegó á la violencia. Samuel Willié tiene conciencia de la situación en que se halla, y acude á explicar razonadamente los puntos controvertibles, y aclara el empleo de un término que parece injurioso, y contradice una traducción que no le parece fiel. Samuel Willié no aparece indiferente ni ante el cuadro en que figura como principal autor durante la vista de la causa, ni ante su futuro destino, según el desenlace del proceso. Samuel Willié siente, piensa y procede como hombre que tiene conciencia de sí mismo.

He aquí por qué el fiscal, que como representante del

ministerio público, recoge las impresiones de la opinión pública convirtiéndolas en razonamientos, habla el siguiente lenguaje, que es el más acomodado al común sentir.—«Tenemos aquí un hombre que se nos presenta y nos dice: Yo, por sentimientos marcados, fui á casa de los señores Bofill, cometí un delito, lo reconozco y lo confieso; y nosotros á este hombre, si atendemos á los mandatos de los sabios que tienen el privilegio de averiguar y saber lo que pasa en los cerebros ajenos, debemos decirles: Tú lo dices, pero no te creemos; lo aseguras y lo afirmas, no nos importa. Vete, eres irresponsable, no podemos imponerte ningún castigo.»

Citamos esto porque es lo que mejor señala la contradicción real entre el criterio médico y el común sentir, y como ese criterio para abrirse camino, no en tal ó cual proceso de notoriedad y resonancia, sino en todos los procesos, es decir, en la mecánica de la ley, necesita entre otras cosas ingerirse en la opinión, justo es emplear un lenguaje inteligible para ella, que no solamente explique el hecho categórico, sino la doctrina en que se funda.

La opinión—y en este caso se quiere decir algo equivalente á conocimiento colectivo—sabe lo que es un loco, tiene una idea representativa y culminante de la locura, pero no sabe lo que es un desequilibrado ó un degenerado, ó si lo sabe por aproximación intuitiva, tiene conciencia de que los desequilibrados ó los degenerados no son locos necesariamente.

Justo es confesar que la ciencia cubre muchas veces con inmensos cartelones sus inmensas lagunas, y que desde Morel (1) hasta el presente momento, la degeneración, como título ó como concepto clínico, ha seguido un proceso que tal vez la haya hecho incurrir en excesivas generalizaciones.

Sólo con el análisis del concepto de degeneración hubieran tenido materia suficiente los acusadores para tratar este

---

(1) B. A. Morel: *Traité des dégénérescences phisiques, morales et intellectuelles de l'espèce humaine*. Paris, J. B. Bailliére, 1857.

asunto, sin necesidad de hablar de temeridades médicas, ni de otras cosas que nada prueban y que no son para manejadas retóricamente.

La degeneración, según Sergi (1), comprende á los locos, á los suicidas, á los criminales, á las prostitutas, á los siervos y serviles, á los vagabundos y mendigos y á los parásitos. Mucho más recientemente Max Nordau (2) califica de degenerados á los místicos, á los prerrafaelistas, á los simbolistas, á los tolstoístas, á los vagneristas, á los egotistas, á los diabólicos, á los decadentes y estéticos, á los ibsenistas y á los realistas. En el orden político también se registra una numerosa serie de degenerados, no solamente entre los que cometen el delito político, como los revolucionarios y anarquistas de acción, no solamente entre las masas que los siguen, si que también, como dice Sergi refiriéndose á Italia, que es lo que conoce y le interesa, «en la medula de los que tienen el timón de este pueblo numeroso».

Es decir, que la degeneración, más que un caso insólito, como antes se nos representaba la locura, es una mancha que invade grandes extensiones de la sociedad contemporánea é influye, no sólo en las determinantes del delito ó de la corrupción, sino en la vida y en las influencias artísticas, resultando, por este concepto, los *degenerados superiores*, como Wagner, dominando en los *degenerados inferiores* que escuchan con devoción y aplauden con entusiasmo el desempeño de sus obras.

Analizada de este modo la cuestión, al decir que un individuo es degenerado, es decirle mucho en esencia, pero no es decirle nada en totalidad, porque casi casi se le dice que forma parte de una mayoría, ó por lo menos de una minoría numerosa, lo que casa bastante bien con el refrán que afirma que *Si la locura fuese dolores en cada casa habría voces*.

---

(1) Giuseppe Sergi: *Le Degenerazioni umane*. Milano, Fratelli Dumolard, 1889.

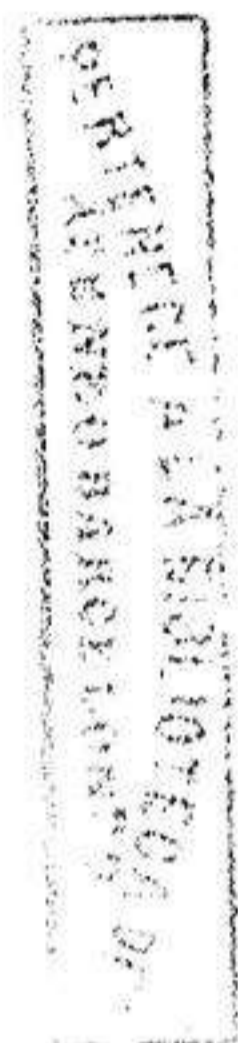
(2) Max Nordau: *Dégénérescence*. Dos tomos. Paris. Alcan, 1894.

Y aún se dice menos contrayéndose al aspecto criminal del calificativo.

O mienten las tendencias más especificadas de la moderna escuela antropológico-jurídica ó degeneración y criminalidad vienen á ser la misma cosa. Lombroso, en sus últimas manifestaciones, considera al reo pasional, al criminaloide ó reo de ocasión, al reo-nato, al reo loco moral y al reo epiléptico, como escalones sucesivos, en la graduación en que se indican, del epileptoide. Y aunque no los considerara, es bastante admitir, como admite, que el delito se explica por atavismo, por detención de desarrollo ó por enfermedad, para que todo delincuente, en una ú otra forma, en mayor ó menor grado, con variante en las tendencias y en la temibilidad, resulte comprendido en el círculo de la degeneración.

La degeneración supone necesariamente la existencia de un tipo humano que físicamente se debe caracterizar, aunque no siempre se caracteriza, por la ausencia de estigmas, como se dice en el lenguaje clínico, ó de anomalías atávicas, teratológicas ó atípicas y patológicas, como se dice en el lenguaje antropológico; y que jurídicamente debe caracterizarse, como dice Garofalo al definir el delito natural, por el desarrollo del sentido moral que consiste en los sentimientos altruistas fundamentales, piedad y probidad, en la medida media en que se hallan desarrollados en las sociedades superiores, cuya medida es necesaria para la adaptación del individuo á la sociedad en donde vive. Morel (*Prolégomènes*, pág. 1) habla de «la existencia de un tipo primitivo» que el espíritu humano se complace en constituir en su pensamiento como la obra acabada y el resumen de la creación, y de este modo «la idea de una degeneración de nuestra naturaleza es inseparable de la idea de una desviación de ese tipo primitivo que contiene en sí mismo los elementos de la continuidad de la especie».

Hoy, en pleno evolucionismo y transformismo, el tipo primitivo se sustituye con el tipo progresivo, con un producto de todas las evoluciones y transformaciones que ha experimen-



tado la especie humana para llegar al estado de civilización. En tal caso hay dos tipos extremos: uno primitivo, representante de la inferioridad, y un tipo adelantado, representante de la perfección contemporánea. Sobre este último hay una escala para seguir subiendo, tratándose de los salvajes ó de los pueblos inferiores que constituyen la representación del tipo primitivo, ó para seguir bajando, tratándose de los que están arriba. Bajar, en este caso y representativamente, es degenerar.

Pero aun con todo, se podría decir que la degeneración tenía límites tasados, y no es así; los tiene entre determinados tramos de la escala, pero no en la escala total; de tal manera, que aun el salvaje tiene su escala para descender, y estimando en todo su desarrollo el alcance de la evolución, la tienen asimismo los primates, y tras ellos, por gradaciones, la restante escala zoológica.

Un hombre civilizado, en todo el alcance de la hipótesis evolucionista, representa un ser inmemorial que al través de la especie ha subido con lentitud desde el primitivo gramo de protoplasma hasta su relativa perfección actual, construyéndose, no piedra sobre piedra, sino célula sobre célula, un organismo superior durante un número de siglos incalculable con los cronómetros ordinarios é incalculable á estas fechas con los cronómetros geológicos y sus similares.

La degeneración, en tal caso, ha de apreciarse desde un punto de consistencia que no es otro que la consistencia de los elementos heredados. Todo ser es naturalmente conservador, y si no lo es pierde lo adquirido y degenera. Todo ser ha de conservar el patrimonio común de la especie y de la familia y transmitirlo íntegro á sus descendientes. A este patrimonio le añaden algunos seres los elementos adventicios de nueva creación, que afirmándose por la herencia, se incorporan al capital común y contribuyen á iniciar un ascenso en la escala.

De este modo, al estudiar al salvaje como tal salvaje en

relación con el tipo y con las costumbres de los suyos, no se le puede llamar degenerado aunque ofrezca un aspecto de degeneración si se le compara con los hombres superiores, pues es lo que es con arreglo á su estado natural; pero es un degenerado si en su constitución física, fisiológica, psíquica é intelectual, ofrece caracteres inferiores á los que le corresponden, porque la degeneración supone un descenso y á veces una caída.

Tampoco á todos los hombres que viven dentro de los límites geográficos de un continente que en totalidad se considera civilizado, les corresponde, para explicar sus funciones ó su aspecto, la nota de degeneración, porque puede ocurrir, y sin duda alguna ocurre muchas veces, que se tomen por degenerados á individuos que son lo que son por persistencia de condiciones naturales en el medio natural y social en donde viven. Para suponer igualmente degenerados á todos los criminales europeos sería indispensable suponer á todos los europeos igualmente avanzados en su evolución. Y esta igualdad ni existe entre todas las naciones, ni entre todas las provincias de una misma nación, ni entre todos los pueblos de una misma provincia, ni entre todas las clases de un mismo pueblo. Por lo mismo, la degeneración, no disponiendo de términos para precisarla concretamente, es algunas veces un término convencional.

Supongamos, por ejemplo, que debido á las condiciones depresivas del medio industrial, como se ha observado en Manchester por los oficiales reclutadores, ó por influjo de la guerra que llevándose á los más aptos determina en la selección el predominio de los débiles, se demuestra un rebajamiento de la talla. Este rebajamiento es un hecho de *degeneración física*, que se puede medir, comparar y precisar.

El militar entonces, sin partir de un tipo primitivo ó progresivamente perfecto, sino de un tipo de soldado, afirma que la raza de su país degenera, y en tales consideraciones lo acompaña el antropólogo, que, contando la merma de milí-

metros ó centímetros en la estatura, la refiere á funestas influencias políticas, y de esto precisamente hace partir Bordier algunos de sus cargos contra «la época funesta» del Imperio.

Pero aplíquese la misma regla para apreciar otro hecho de degeneración, el crimen, y ya no es utilizable. De las investigaciones practicadas hasta la fecha, resulta que los criminales son muy superiores á los honrados en las estaturas de 1,70 á 1,85 metros; y aunque este hecho no tenga un valor absoluto, sino muy relativo, nos enseña que hay degeneraciones que no se pueden medir con la talla, ó que si se miden, nos llevan á la conclusión encontrada de que lo que es progresivo para el oficial reclutador, es degenerado para el antropólogo criminalista.

Esta antinomia nos induce á otra al relacionar el hecho de la degeneración con el principio de la *detención de desarrollo* que pretende explicarla.

Imaginemos que al plantear el problema de las causas orgánicas que han podido impulsar al delito á uno ó á varios de esos delincuentes de estatura elevada de 1,70 á 1,85 metros, se nos dice, en virtud de ciertos antecedentes y ciertos datos, que lo que en ellos concurre es precisamente una detención de desarrollo, y quien, como el oficial reclutador estuviera acostumbrado á medir esas detenciones linealmente, se quedaría perplejo y acabaría por hacer una mueca desdeñosa. Claro está que se le respondería que hay dos maneras de medir al hombre: una cuando se le considera adaptado ó inadaptado al organismo militar, y otra cuando se le considera adaptado ó inadaptado al organismo social. En el primer caso se aprecia puramente el tipo de desarrollo físico, y en el segundo el tipo de desarrollo moral; en aquél se mide la estatura, en éste se mide el carácter, y lo que queda por definir, dada la intimidad que se supone entre determinadas condiciones orgánicas y determinadas condiciones morales, es el cómo coexisten la mayor amplitud de desarrollo corporal con



la más ó menos acentuada restricción del carácter moral en un mismo individuo.

La explicación no se halla ciertamente al alcance de los medios de la ciencia, y ya la buscaremos muy pronto en la hipótesis evolucionista; pero como lo que importa es señalar el hecho inequívoco de la detención de desarrollo mental coexistente con la detención de desarrollo corporal, fijémonos en una prueba concluyente reportada por la cirugía que al operar en las regiones en que están comprendidos los centros nerviosos, ha logrado uno de los experimentos fisiológicos más completos.

Sabiase que el desarrollo de la bóveda craneana es conjunto con el desarrollo cerebral, y que una osificación precoz de las fontanelas, ó, más tarde, una osificación precoz de las suturas, determinaban el cierre prematuro de la caja en que el cerebro se aloja, quedando éste reducido á la impotencia y sin poder alcanzar el desarrollo que le corresponde. Si supusiéramos que un niño podía vivir dentro de una caja, y que en vez de dar á esta caja los ensanches correspondientes al crecimiento la cerráramos en su pequeñez, nos resultaría que la tendencia del cuerpo á crecer en todos los sentidos dentro de los límites del correspondiente desarrollo, sería estorbada por el obstáculo material de las paredes de ese encierro, y tendríamos la representación del modo cómo puede hacerse de un gigante un enano.

Pues bien; esto, que no es posible en el individuo total, representándonos al individuo en toda su figura, lo es en aquella parte del organismo que sintetiza la personalidad completa y que por hallarse contenida en una caja que alguna vez se cierra precozmente, produce de un modo material la conversión en enano de un posible gigante, y en idiota de un ser que caminaba hacia la vida inteligente. Y la cirugía moderna, desde que tuvo medios que le garantizaran el éxito, practicó lo que era de sentido común, puesto que para dar libertad á un prisionero —en el sentido en que en este caso se

entiende la libertad—no cabe otra cosa que franquearle su prisión.

Estas dos representaciones, las dos extremas pero las dos igualmente notorias, la una medible linealmente y la otra medible y cubicable, nos presentan con claridad el hecho de la degeneración explicado por la detención de desarrollo; pero recorriendo la serie desde lo más caracterizado á lo más indefinido, el hecho se justifica parcialmente ó no se justifica: se justifica unas veces por anomalías internas ó externas en la estructura y otras por anomalías en la función; se justifica por un conjunto de caracteres ó por un carácter aislado; se justifica por el aspecto más ó menos deforme ó por la sensibilidad embotada ó perturbada; se justifica, en fin, por antecedentes, referencias ó presunciones, ó no se justifica más que por el hecho realizado que, siendo anormal, se atribuye á una anomalía que no se halla al alcance de quienes la investigan.

En estos casos, la detención de desarrollo tiene que referirse al estacionamiento del carácter, explicándonos ese estacionamiento por el principio de que la *ontogenia* (génesis del individuo) es una *filogenia* (génesis de la especie) abreviada. Con arreglo á ese principio, el hombre, desde la vesícula de Graaf hasta que llega á la edad adulta, recorre una serie de estados en que se caracteriza la vida de la especie, y es, en la vida intrauterina, célula, mórula, gástrula, etc., y es, en la vida extrauterina, algo equivalente al primate y algo equivalente al salvaje, antes de adquirir todo el desenvolvimiento que definitivamente lo convierte en hombre.

En una palabra, y para decirlo en términos usuales, el hombre al nacer no nace como hombre de su tiempo, sino de tiempos muy remotos; el hombre al crecer recorre en una parte de su limitada vida individual una vida de siglos, elevándose sucesivamente, al recorrer las estaciones distanciadas de la tribu primitiva, de la raza y de la familia; el hombre, al contemplar su desarrollo, se sobrepone á su naturaleza inferior.

Supongamos ahora que una influencia ó muchas influencias—no hay para qué enumerarlas en un estudio tan somero—determinan que el hombre antes de llegar á la estación de parada se quede fatigado ó cohibido en una de las estaciones de tránsito, y entonces lo que se llama *detención de desarrollo* nos representa á un individuo que, debiendo llegar á su época, se queda rezagado en otras épocas más ó menos atrasadas ó más ó menos brutales, épocas que se representan en la *estratificación* de su cerebro, y que explican, por tal motivo, las anomalías ó aberraciones del carácter individual.

Pero como todas estas mutaciones, aun presentándose con la lógica con que las enlaza su inventor G. Sergi, ni se fundan en demostraciones incontrovertiblemente positivas, ni se acomodan al concepto más real de la vida y desarrollo del individuo, se han condensado en un concepto y en una denominación más fáciles de comprender, consistiendo el concepto en admitir que el estado de inferioridad moral del hombre lo representa el niño, habiendo hombres que aunque lleguen á la edad madura, su carácter moral se queda en la infancia, llamándose *infantilismo* esta forma de «detención de desarrollo».

Prescindiendo de una infinidad de consideraciones indispensables para aquilatar este principio despojándolo, por lo menos, de lo que tiene de absoluto y temerario, la brevedad nos lleva á la apreciación de otra influencia, tal vez la más acomodada á la dinámica fisiológica, que tiene mucho que ver con lo que en este caso, y pensando siempre en la evolución, podremos llamar *atascamiento* del carácter. Me refiero á la *fatiga*.

La *fatiga* no se debe referir únicamente al ejercicio de la vida individual, existiendo como existen seres que nacen fatigados. Cada ser representa la herencia de un capital orgánico y este capital debe estudiarse primero en quien lo transmite y después en quien lo recibe. Ya Morel—coincidiendo en este particular con el anatema bíblico—demostró que el

capital orgánico de una familia que empieza á degenerar por alcoholismo, se gasta en cuatro generaciones acabando con el aniquilamiento de su último representante. Pero aun sin el *estigma* de la degeneración, el capital orgánico puede transmitirse con lo que podría llamar *déficits de desarrollo y déficits de involución*. Los padres les legan á sus hijos el capital que tienen en el momento de engendrarlos, y á este efecto se clasifican los padres en *inmaturos, maduros y fuera de sazón*. Un padre demasiado joven le lega á su hijo una vida sin integrar, y en este caso, más que en ningún otro, tenemos la representación de lo *infantil*. Un padre viejo le lega á su hijo una vida desintegrada. Y aun puede ocurrir que un padre en el vigor de la vida, transmita su capital orgánico con mermas, por encontrarse en el momento de engendrar en un estado de *destemplanza*, según el término de Juan Huarte. Así explica éste las consecuencias del pecado original: «Y con tal destemplanza conoció á su mujer, y engendró tan mal hombre como Caín, de tan mal ingenio, malicioso, soberbio, duro, áspero, desvergonzado, envidioso, indevoto y mal acondicionado. Y así comenzó á comunicar á sus descendientes esta mala salud y desorden; porque la enfermedad que tienen los padres al tiempo de engendrar, esa misma, dicen los médicos, sacan sus hijos después de nacidos.»

La fatiga se explica, ó por una merma en el capital orgánico heredado, ó por un desorden en la economía orgánica. Por de pronto, los que estudian actualmente el hecho de la degeneración, no en los individuos, sino en las sociedades, estiman que la economía orgánica en la sociedad contemporánea sufre un trastorno permanente que consiste en que el desmesurado aumento de estímulos consume desmesuradamente la energía cerebral, sin que se hayan podido compensar tales excesos con aumentos en las energías reparadoras del estómago. Así ocurre que la sociedad presente, siendo heredera mediata de una sociedad que perdió ríos de sangre, é inmediata de otra que sociedad perdió caudales no menos po-

derosos de energía nerviosa, se hallan en situación acondicionada para el desarrollo de los procesos degenerativos, por el sólo hecho de «la fatiga de la generación actual».

Súmense, pues, todas las causas, todos los antecedentes, todos los motivos, todos los informes y todas las referencias que concurren á explicar y generalizar el concepto de degeneración, y se convendrá necesariamente en que este concepto es unas veces claro, categórico, inequívoco y demostrable con todo género de pruebas anatómicas, fisiológicas y psicológicas, y es otras veces un concepto vago, que nace de la generalización de una hipótesis más ó menos atrevida.

Por lo mismo, la discordancia pudiera presentarse al definir la degeneración, reconociendo que antes de Morel ya estaba definida, representando entonces un concepto no científico, sino más bien general y hasta vulgar. La definición del Diccionario de la Academia responde al sentido histórico del concepto y de la palabra: «DEGENERAR. (Del lat. *degenerare*) n. Decaer, desdecir, declinar, no corresponder una persona ó cosa á su primera calidad ó á su primitivo valor ó estado || fig. Decaer uno de la antigua nobleza de sus antepasados; no corresponder á las virtudes de sus mayores ó á las que él tuvo en otro tiempo.» En sustancia, la definición de Morel es de la misma índole con la variante esencial de atribuirle siempre á la degeneración un carácter patológico. Según él, la degeneración «es una desviación enfermiza de un tipo primitivo». Le añade además otro carácter que tácitamente puede suponerse en la definición común, el de la *transmisibilidad*. La transmisibilidad no debe entenderse hoy día más que en un sentido, que no es el sentido de que los hijos hereden «la enfermedad que tienen los padres al tiempo de engendrar». Lo que los hijos heredan es la propia debilidad de que sus padres adolecen. Esta debilidad puede referirse á un estado hereditario ó á un estado personal, y dentro del estado personal hay condiciones que exageran ó que atenúan la influencia hereditaria. La debilidad puede ser el elemento degenerativo de la rama masculina ó de la femenina, compen-

sado por el vigor de la rama saludable; ó puede ser un elemento degenerativo de las dos ramas, lo que equivale á una debilidad, por lo menos doble. Puede ser un estado de inmadurez ó un estado de *fuera de sazón*, que se agrave por ser doble, ó que se atenúe ó se compense por la mayor ó menor virilidad de una de las ramas fecundantes. Puede ser sin influencia hereditaria y sin estados prematuros ó de regresión, estado de agotamiento por el uso desordenado de la vida de uno ó de los dos cónyuges. Puede ser, en fin, todo esto junto en una incalculable serie de combinaciones, que, si estuvieran al alcance de nuestros medios, nos explicarían una serie numerosa de variaciones individuales.

De aquí que aunque se examine «cuidadosamente la persona física y el árbol genealógico» del degenerado, como dice Max Nordau, no se llegará más que á la determinación de hechos muy salientes y necesariamente muy relacionados, siendo tal la poquedad de nuestros medios, que ni los datos de la persona física, ni los antecedentes de su árbol genealógico infunden suficiente autoridad para exponer un juicio concreto, siendo indispensable en esto, como en tantas otras cosas de la vida, que aparezca la «obra» para el público científico, como le ocurre al público en general, se fije en el «autor»; no siendo indispensable advertir que en las «obras de la criminalidad», la antropología jurídica puede proclamar anticipadamente, como axioma suyo, «que todo autor es un degenerado, mientras no se demuestre lo contrario». Y la demostración en contra en los casos comunes, es, por lo menos, tan difícil como la demostración en pro.

Vamos, pues, al examen del autor.

Pero antes conviene analizar someramente otro concepto: el de *desequilibrio*.

A quien examine el tecnicismo de cierta parte de la antropología criminal y de la psiquiatría, la más inmediata á la titulación de los delincuentes, le sorprenderá el contraste de que buscando la ciencia casi siempre el auxilio de una lengua

clásica para titular sus entidades, acuda con predilección en este caso al léxico común. ¿Qué significa esto? ¿Una tendencia modernista? ¿Una tendencia naturalista? ¿Un espíritu de vulgarización? Tal vez signifique una timidez: la timidez que infunde lo provisional y lo indeterminado.

Así ocurre que una infinidad de seres que por la naturaleza de su extravío no caben en el marco concreto de la locura, se llaman, en general, *desequilibrados* y *desarmónicos*, y más en particular *instables*, *imponderados*, *insuficientes*, *incoherentes*.

Cualquiera de estos calificativos—naturalmente, unos más que otros—es de uso tan general, que puede decirse que no hay persona que no los aplique á otras personas para criticar su carácter ó sus actos ó sus momentos; y he aquí que, al tener las palabras un valor común y al adquirir las mismas palabras un valor científico, interesa saber si responden científicamente á los mismos conceptos, á igual psicología, ó se transmutan en un conocimiento superior.

Claro está que por poca fijeza que se suponga en el conocimiento científico, debe suponerse más caracterización que en un conocimiento ordinario, difundido y desvanecido; pero, pese á los caracteres que se acumulan en torno de una palabra, la misma vaguedad ó generalización del sustantivo ó adjetivo se proyecta como vaguedad ó generalización del conocimiento. De aquí que el desequilibrio, la desarmonía, la instabilidad, la imponderación, la insuficiencia y la incoherencia, se nos representan como deslindes de una vaguedad psiquiátrica, la «zona intermedia» en que se colocó antes á una serie de perturbados sin filiación clínica, que actualmente se incluyen, ya que no en la zona, en el substractum de la epilepsia.

Esto obedece á una modalidad de la evolución científica que empezó, como empieza todo, fijándose en las cosas de gran relieve, costándole después trabajo enlazar las monstruosidades con las anormalidades y éstas con las normalida-

des, siendo ley que en la naturaleza responda todo al desenvolvimiento de una serie. El método moderno en las investigaciones naturales así lo impone, y también el método antiguo, resultando mucho más formal y justificado Juan Huarte con su doctrina de las *destemplanzas*, que le obliga á decir claramente, para que en su regla no haya excepciones absurdas, «que yo estoy enfermo y destemplado, y que tú lo podrás estar también, pues nací en tal región».

En suma, lo indeterminado de los conceptos sólo puede cohonestarse con lo determinado de los casos, y en cada caso al hombre de ciencia se le pueden exigir, no títulos ni hipótesis, sino modos: modos de desequilibrio, de desarmonía, de inestabilidad, de imponderación, etc.

Vamos, pues, al caso de Willié, procurando catalogarlo con sujeción á los procederes antropológicos.

*Genealogía.*—Rama paterna.—Richard Willié, bisabuelo paterno, se suicidó en 1860 degollándose con una navaja de cortar callos. Era de conducta estravagante. Algunas veces salía de su casa en camisa sin temor al frío ni á la intemperie. Estaba poseído de la idea constante de que lo martirizaban. A su hermano lo llamaba la gente del pueblo Enrique *el Loco*. Era un poseso. Al relinchar un caballo se le figuraba que Satanás llamaba á su puerta. Lo encontraron muerto en la calle y la gente del pueblo supuso que «había perecido en una lucha con Satanás».—Abuelo paterno, alcohólico.—Rama materna.—Abuelo materno suicida (se ahorcó) con precedentes de trastornos mentales. De estos trastornos no se hace otra manifestación en las declaraciones más que la de que «estuvo mucho tiempo fuera de sí, entontecido».—Rama directa.—No hallo más referencia que la siguiente en el extracto de la PRUEBA PERICIAL: «Relata los antecedentes de dos hermanos del acusado, uno de ellos semi-idiota.»

*Antecedentes de Willié.*—Las particularidades de su carácter infantil pueden traducirse en estos tres hechos; «genio vivo, no consintiendo que los demás le molestaran»; «preco-



cidad para el estudio, teniendo empeño en aventajar á sus condiscípulos»; sufrió «frecuentes accidentes en la escuela, que hacían menester sacarle á respirar el aire libre». Sufrió varias lesiones, por caída ó por salto, entre otras la fractura de una pierna.

*Vida de Willié.*—Contrayéndonos únicamente á lo que dice el extracto de la vista de la causa, podemos dividir esta vida en dos períodos: vida profesoral y vida comercial. A lo que parece, su educación lo capacitaba para dedicarse con competencia á la práctica docente y á la práctica mercantil. A lo que parece, ambas profesiones fueron abrazadas voluntariamente: la primera, tal vez por vocación; la segunda, tal vez por cierto imperio de la necesidad. Entre ambas profesiones media el hecho de haberse creado Willié una nueva familia, haciéndole, tal vez, pensar en el porvenir de sus hijos y obligándole á buscar una ocupación de más provecho. La vida comercial de Willié tiene dos períodos, uno pasivo y otro activo. Durante dos años, su papel se reduce á llevar la correspondencia en casa de sus principales. Después lo envían á España, en primer lugar para hacer efectivos unos créditos, y después para procurar la venta de carbones al por mayor. Luego despliega sus iniciativas y propone el desarrollo del negocio con la venta al por menor, suprimiendo los agentes intermediarios.

*Carácter de Willié.*—No hay bastantes elementos en los extractos que tengo á la vista para hacer un estudio minucioso. Faltan, principalmente, las referencias indispensables para el estudio de su carácter normal, de lo que derivaría claramente la apreciación de las anormalidades. Sin embargo, puede inducirse que lo que destaca en Willié es el elemento afectivo. Es más hombre del hogar que hombre del mundo. «¡Mi pobre Samuel—dice su hermana—era tan bueno, tan afable, tan cariñoso! Sólo vivía para los suyos, sólo ambicionaba su bien, sólo trabajaba por ellos y para ellos. Cuando soltero, era soñador, entusiasta, creyente, fiel á sus deberes;

casado, no habrá muchos esposos tan afectos á sus mujeres.» En el epitafio que le dedica á su mujer refleja su naturaleza afectiva: «Incomparable, única entre las mujeres fuiste tú, ¡oh Valeriana mía!... ¡Quién amante, quién amada como tú!... ¡Hasta muy pronto, querida mía, que ya vengo!»—Dentro de este carácter afectivo no se señalan irregularidades. Mientras vive en un medio que se acomoda á su naturaleza, Willié es un hombre que parece constante en sus manifestaciones. Ninguna alteración se evidencia en su vida mientras fué profesor de la escuela evangélica. Parece que aquel cargo se acomodaba á su carácter. Las desigualdades y las perturbaciones se manifiestan en el medio comercial. Entonces se revela otro carácter, en el que hay elementos de su carácter infantil y del carácter psicopático de familia.

*Aspecto de Willié.*—La reseña dice: «Es más bien alto que bajo, moreno, usa bigote. Su aspecto es simpático.» El informe pericial trae un dato de más importancia: «Cree que Willié es un degenerado ó desequilibrado, que no tiene estigmas físicos.»

*Mecánica del delito.*—¿Es Willié un degenerado? En las dos ramas de su árbol genealógico aparecen manifestaciones características de la degeneración; en alguno de los hermanos de Willié se manifiesta ese elemento degenerativo; en la infancia de Willié se inician tendencias que responden á los antecedentes de familia.—Y si es degenerado, ¿en qué grado lo es? No hay manera, sin examen directo, de precisarlo con todas las indicaciones de una información clínica. No parece un degenerado físico, entendiendo esto en el sentido de no presentar estigmas, es decir, anomalías. Cierto es que se dan casos de degeneraciones muy acentuadas por manifestaciones de hecho, sin caracteres morfológicos ó fisiognómicos que las denuncien; pero en general el *estigma* es el comprobante más positivo de la degeneración, ó por lo menos el más generalizado.—No es un degenerado moral; por el contrario, más bien parece responder en muchas ocasiones á ciertas tendencias

de una moral escrupulosa. No es un degenerado intelectual. La degeneración no ha perturbado los elementos constitutivos de su carácter, degradándolos ni disgregándolos.

¿Es Willié un desequilibrado? Conviene distinguir—aceptando este término poco concreto del desequilibrio—entre los desequilibrios constantes y los transitorios: es decir, conviene precisar si se trata de una persona cuya particularidad estriba en el desequilibrio del carácter, ó cuya modalidad, en circunstancias siempre excepcionales, se manifiesta en forma de desequilibrio. Claro está que todo hecho de la índole del realizado por Willié no puede dimanar en ningún caso de una naturaleza equilibrada.

El concepto cuadra bien aquí para explicar la génesis del hecho realizado por Willié, que si mediatamente está, ó puede estar, en los antecedentes psicopáticos de familia, y en los suyos también, inmediatamente está en un cambio de función.

Uno de los comprofesores de Willié dice «que los negocios le cambiaron el carácter». Willié comerciante, es distinto del Willié profesor. Willié comerciante es tanto más distinto cuanto más asume la personalidad, las iniciativas y las responsabilidades de un negocio. La variación del carácter debe consistir en la variabilidad de condiciones. Las condiciones de la vida comercial pueden especificarse en un aumento de estímulos, un aumento de resistencias y un aumento de actividad proporcional á la energía de éstas y de aquéllos. Para explicar ese juego de actividades que perturba, ó que desequilibra la mecánica del sistema nervioso, tienen los ingleses un nombre apropiado, *mental strain*, que aquí puede tener además del significado de «esfuerzo» y de «tensión», es decir, de *surmenage*, el de «contorsión», «dislocación» ó cosa equivalente.

En efecto; nada parece más contrario al carácter de Willié que las realidades del mundo comercial. Probablemente planearía su negocio de carbones, como si lo hubiera de realizar una máquina tan precisa que no tuviese necesidad ni

de que le engrasasen las ruedas. Seguramente no pensó en que el comercio, por ser competencia, es lucha, ni en ese principio tan inglés de «la lucha por la vida», que podía ser el lema del mundo comercial. Seguramente calculó contando únicamente con los factores necesarios, sin enterarse de lo que hace tiempo manifestó Voltaire, que á los verdaderos negociantes no les enseñó nada nuevo: que lo superfluo es cosa muy precisa en este mundo. Pensar que en la circulación del comercio no hay más motores que los que transportan las mercancías al través de los mares, al través de los caminos ó al través de las calles, es ignorar que existe lo que se ve y lo que no se ve, como oportunamente lo señaló el economista. En una palabra, el profesor metido á comerciante siguió siendo, como en su juventud, «soñador, entusiasta, creyente», y en vez de ir «derecho á su negocio», se colocó en situación de acumular susceptibilidades en su cerebro, desgastando su energía nerviosa.

No hay forma de desequilibrio ni más común ni más grave que la de estar colocado falsamente en el medio social en que se vive. Los que así se hallan no hacen otra cosa que descubrir su flaco, y ó abdican, ó se anulan, ó buscan una salida forzada. Willié, pretendiendo agrandar y simplificar el negocio de carbones en ventaja de sus principales, no hace otra cosa, sin darse cuenta, que exponer á ciertos peligrosos estímulos lo más peligroso de su temperamento emocional; y así ocurre que, en vez de tener oídos para recibir aquello que á su negocio se refiere, su particular excitabilidad le transmite y le acumula lo que puede mortificarle, dando acceso á todo rum rum de la plaza que irrite su amor propio. Así se forma un estado personal cada vez más acumulado y exacerbado, agravándose con las impacencias, cada vez más exageradas, por buscarse una salida. De igual modo que Richard Willié estaba poseído de la idea de que lo martirizaban, su biznieto se poseyó de la idea de que lo calumniaban. ¿Quién? Todos indeterminadamente. Era una voz del mercado sin

personabilidad ni imputabilidad, tanto más abrumadora cuanto que el sentimiento personal se la representaba como constituyendo una opinión imperante. Era una voz ó un *venticello* que no soplabá fuerte en el mercado, donde se tenía que confundir con tantas voces cuyos fugaces ecos se disipan, sino en el oído del que era presa de la mortificante sugestión. De ese modo se forman realidades en la mente que no tiene en la realidad casi fundamento ó lo tienen levísimo. La realidad de la mente de Willié está caracterizada en el «¡Yo no me vendo!», que después de realizado el delito lo repite en todas partes y de todas maneras, como desahogándose. El «¡Yo no me vendo!» es el imperativo de su acción, y la directriz de esa acción no consiste en un objetivo de venganza, sino en un impulso que busca una salida y en una resistencia que se opone. A veces en las acciones humanas se tienden hilos invisibles por donde se desliza el rayo que atribuimos á la fatalidad ó á intenciones perversas. Dado el estado de susceptibilidad patológica que acumulaba impresiones en el amor propio de Willié, que de muchacho «no consentía que los demás le molestaran» y que «ponía empeño en aventajar á sus condiscípulos», negociar con él era ponerse en comunicación con una pila cuya descarga había de producir la muerte. ¡Lo malo es que estas cosas, ni se saben, ni se avisan, ni se enseñan hasta después de producida la catástrofe!

Ahora bien; todos estos elementos personales, todas estas manifestaciones y procederes, ¿pueden referirse á alguna entidad patológica denominada?

Para responder precisaría un estudio diferencial, que no puede intentarse minuciosamente con sólo los extractos de un proceso. Puede suplirse haciendo la comparación de Willié con los tipos de delincuentes titulados en la antropología criminal. Si lo aproximamos al tipo de delincuente loco, se nos ofrecerá la dificultad de que clínicamente está sin definir su forma de locura. La exageración de su carácter afectivo, su integridad de motivos morales, su misma rectitud, su punto

de honor lo acercan al delincuente pasional, distanciándose algo de este tipo por estrellarse contra una víctima que no le infiere una ofensa, sino que le opone una resistencia. Hay, tal vez, un enlace entre los caracteres del delincuente pasional y el carácter morboso de Willié. En su infancia nos dicen que sufría «frecuentes accidentes en la escuela, que hacían menester sacarle á respirar el aire libre». M. Enrique Ayner «recuerda que Samuel sufrió un día un síncope en su casa». D. Enrique Castro Ibarra «recuerda que Samuel padecía sobreexcitaciones y vértigos en el ejercicio de sus tareas». Unanse á esto sus tres intentos de suicidio y su manera de realizar el delito, y sin querer se piensa en la epilepsia, con cuya modalidad ofrecen analogías muy determinadas los delincuentes de ímpetu ó pasionales.

De pretender realizar un escarceo clínico, aquí me parece que había de encontrarse el punto de partida de las investigaciones; pero como esto no tiene otro alcance que el de una crónica judicial, nos limitaremos á decir lo que judicialmente es pertinente al caso.

En España hay en el Código una ley de garantías que protege al que ha delinquido en estado de perturbación mental, y quiere haber en el mismo Código otra ley de garantías que proteja á la sociedad de las violencias de los individuos que delinquen en ese estado. Pero el precepto que dispone la reclusión del loco en un manicomio, ó su entrega á su familia, si diese suficiente fianza de custodia, ni ampara á los locos, ni protege á la sociedad: es un propósito inicial, vago y *ad arbitrium* que exige ser desarrollado con arreglo á los adelantos de la psiquiatría, la antropología y la legislación penal.

A esto obedeció el proyecto de ley de *Manicomios judiciales* presentado al Senado, que lo aprobó, por D. Manuel Alonso Martínez, proyecto que acaba de ser reproducido por el actual ministro de Gracia y Justicia.

Esta legislación es inglesa, y sin hablar de sus pormeno-

res ni su alcance—que es tarea muy larga—bastará decir que responde al discurso pronunciado en 1800 ante el Jurado por lord Kenyon en el juicio del regicida Hadfield. «Por su propia seguridad, decía, por la seguridad social, este hombre no debe ser puesto en libertad; está en interés de todos, cualquiera que sea su condición, desde el rey en su trono hasta el mendigo en la vía pública. El primero á quien se encontrara, sin distinción de sexo ni de edad, podría, en una hora de lamentable frenesí, caer á los golpes de este hombre que no puede ser guiado por su razón sana. En su consecuencia, la seguridad social impone disponer de él, de modo que teniéndolo en seguro, no se falte ni á la compasión ni á la humanidad que inspira un ser desgraciado.»

En los países que, como Inglaterra, se distinguen por la virilidad de sus iniciativas, y, sobre todo, por la tenacidad en mantenerlas cuando se ingieren en la ley ó en la costumbre, no existen los divorcios legales y de opinión tan propios de la impresionabilidad meridional, que responde en parte á nuestro carácter y en parte á nuestras conmociones históricas.

En Inglaterra no se ha resuelto ni psiquiátrica ni psicológicamente la difícil cuestión de calificar en los innumerables casos dudosos, el estado mental de los que delinquen, pero el manicomio tiene su jurisdicción demarcada dentro de los límites de garantía de la jurisdicción penal.

Y este deslinde influye poderosamente en la libertad é independencia necesarias para conocer y fallar en las causas criminales. La opinión no se preocupa y alarma por el curso de un proceso, porque la cárcel es un medio de defensa, y el *Criminal Lunatic Asylum* es otro medio de defensa acomodado á la condición del ofensor.

Por eso, en el estado de lucha entre la escuela clásica y la escuela positiva, el manicomio judicial representa una zona neutra donde se aquietan las definiciones, los convencionalismos, los rigores y las intemperancias, para hacer pensar en que cualquiera que sea el concepto que se forme del delin-

cuenta, concepto atenuado ó exagerado, volicionista ó determinista, lo que importa á los intereses sociales no es vengarse, sino defenderse, y defenderse sin abuso de superioridad.

Porque sería lastimoso que á la *degeneración* de los que delinquen, fuera enlazada la *degeneración* de los que castigan.

RAFAEL SALILLAS.

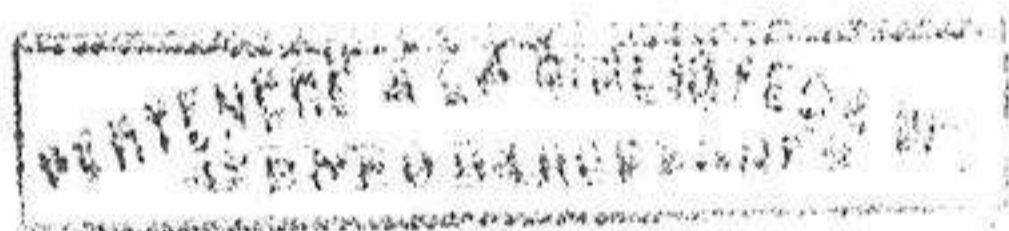




## CRÓNICA CIENTÍFICA

---

Medida del trabajo intelectual.—Laboratorio de Psicometria.—La opinión pública y la vida científica.—El centenario de la *École Polytechnique*.—En memoria de dos sabios.—Un folleto.—El profesor Quiroga.



**L**a medida del trabajo intelectual es tema sobradamente sugestivo é interesante para llamar la atención de los que en España se dedican á estos estudios, que, si caen dentro de la psicología por su objeto, atañen también de un lado á la fisiología y á la pedagogía, ya que, en último término, es un problema de fisiología cerebral al mismo tiempo que una de las cuestiones de más empeño en la ciencia de la educación que señala los límites físicos á que ésta puede y debe llevarse. Si á este vital interés se une que el expositor de tal cuestión era el Dr. Simarro, una de las más grandes y cultivadas inteligencias de nuestro país, y tal vez el primero de sus neurópatas, no extrañará á nadie el verdadero interés que despertó el anuncio de unas conferencias sobre tal asunto, dadas en el Museo Pedagógico, de cuyo Laboratorio de Antropometría es director el Dr. Simarro.

Propónese el citado Laboratorio dar un programa de investigaciones de Antropometría aplicada, que abraza dos partes: una, la verdaderamente antropométrica, relativa á cuestiones del crecimiento, que son las que pueden resolverse

con el estudio de los niños que asisten á las escuelas (1), y que, siguiendo el ejemplo de las grandes estadísticas belgas de Vanderkindere, de las inglesas de Galton y Roberts y de las francesas de la Escuela de Antropología, nos den los hechos y las leyes del desarrollo del individuo en la edad que mejor puede estudiarse, al mismo tiempo que las relaciones de este desarrollo con el trabajo mental á que los niños se hallan sometidos en el período de su educación. La otra parte de la investigación es la Psicometría, que dividió el Dr. Simarro en dos secciones: una de cuestiones generales de psicología experimental, y otra de las aplicaciones pedagógicas de la misma; á ésta pertenece el tema que fué objeto de la magistral conferencia del sabio profesor.

¿Cómo se puede y cuál es el mejor procedimiento para medir el trabajo intelectual? Antes de entrar en la solución de este problema de mecánica cerebral, es preciso hacer presente la inferioridad de medios de trabajo mental que presenta el organismo, comparados con cualquiera de los otros aparatos del hombre; pues así, mientras para su trabajo respiratorio tiene el triple material del necesario, pudiendo afirmarse que tiene dos reservas supletorias de la máquina en activo, y para su función digestiva cuenta con un doble al menos de los elementos indispensables, para su función intelectual aparece pobre y mal dotado de organismos y aparatos; débese esto á que la naturaleza creó el hombre que pudiera llamarse *natural*, y éste se ha transformado, aumentando considerablemente su función intelectual en el hombre *civilizado*; la naturaleza no sospechó que el hombre había de inventar la civilización, sentir necesidad de leer, de escribir, de pensar y de recargar de modo desproporcional á su organización cerebral las fun-

---

(1) Aunque nos parece inútil decirlo, manifestaremos que la parte técnica de la circular sobre gimnástica que analizamos en la Crónica anterior, no ha sido redactada por el Laboratorio del Museo Pedagógico, como por algunas frases de la misma podían deducir los lectores. A rectificarla tienden precisamente los trabajos del Dr. Simarro.

ciones y la economía de su vida de relación, por eso resulta pródiga en todos los órganos que no han aumentado sus funciones y mezquina en el que las ha multiplicado sin tener en cuenta los medios de que disponía.

Por las consideraciones anteriores nació el problema de la dinámica cerebral, de la economía de su inteligencia, que más concretamente se llama la cuestión del agotamiento ó *surmenage* intelectual, que tanto preocupa á los pedagogos y fisiólogos modernos. Problema tan complejo, heterógeneo, trascendental y de tan necesaria solución, que á él dedican sus esfuerzos pedagogos y fisiólogos, legisladores y maestros, médicos y naturalistas. Problema que vincula en sí y por su simple enunciación exige un dinamismo intelectual, como el que tan diversos elementos pueden aportar y aunar en colosal esfuerzo, exiguo á su pesar, dada la enormidad de la empresa. Problema que prácticamente se resuelve en un aterrador dilema: ó estudia, trabaja y lucha con exceso, en cuyo caso se inutiliza por forzar su máquina y agotar sus recursos, ó no lo hace, y resulta inútil y vencido en las actuales condiciones de la vida moderna.

¿Cómo se mide el trabajo mental? Por la observación y el sentido común, de modo fácil y seguro, si bien antieconómico y antihigiénico, por la aparición de la fatiga; pero claro es que no se debe llegar á este límite, pues que precisamente de evitar que ésta aparezca tratase en primer término. ¿De que medios nos valdremos, por tanto, para apreciarle? Medir el trabajo directo, no es posible, pues no hay freno ni dinamómetro que aplicado al cerebro nos dé la energía consumida en un determinado trabajo. Hay que apreciarle por su producto, por su resultado; pero aun en este medio no obtenemos la totalidad del trabajo empleado, sino sólo el efecto ó trabajo útil, porque una gran parte del total se pierde en vencer energías y resistencias interiores, variables en cantidad según la bondad de la máquina, tanto mejor cuanto menos pierde y más da en utilidad y productos. Un tercer me-

dio sería el de acudir á los ingresos, al combustible que la máquina consume en su trabajo ordenado y normal, pues así como podemos tener idea de un motor por la cantidad de carbón que para su alimentación necesita, así conoceríamos el trabajo cerebral si estuviera hallada la relación entre el ingreso y el gasto, el combustible y el producto. Podemos acudir, por fin, en la resolución del problema, á los datos que nos dan los *indicios* ó pruebas del trabajo, pues si por el humo de sus chimeneas, la circulación de sus operarios, ó las cenizas que resultan, nos daremos idea aproximada del trabajo de una fábrica, así aquí por el residuo, por los humos y cenizas que correspondieran á un determinado gasto de combustible, que son los fosfatos de la orina, tendríamos la cifra del trabajo intelectual si hubiera una relación exacta entre ambos elementos y si no influyera tan poderosamente el género y cantidad de la alimentación en la presencia de los fosfatos expelidos. El ácido carbónico, producto y residuo constante de toda oxidación y de todo trabajo, no es posible utilizarle en este caso, pues los más poderosos y delicados medios de análisis prueban que, por excepción singular, el pensar no es una oxidación, la labor misteriosa y sublime del cerebro humano se sale del grosero círculo de una combustion ordinaria.

El primer medio, el medio del sentido común, ha sido analizado por la ciencia, sometiéndole á reglas y experiencias antes de desecharle por vulgar; y así el estudio de la fatiga demuestra que ésta se manifiesta según dos variables que es preciso apreciar unidas: una, la resistencia ó capacidad cerebral en su más amplio sentido, y otra, la dependiente del trabajo verificado. Muéstrase la aparición de la fatiga por signos de bien distintas categorías; psíquicos los unos, como la molestia, el desasosiego, tan conocido, que nos lleva á la desatención, y, como supremo recurso á la fuga cuando la falta de interés, de un lado, y lo interminable del discurso son causa de la soledad en que el público deja á muchos oradores, cosa á la que seguramente no se hallaba expuesto el conferen-

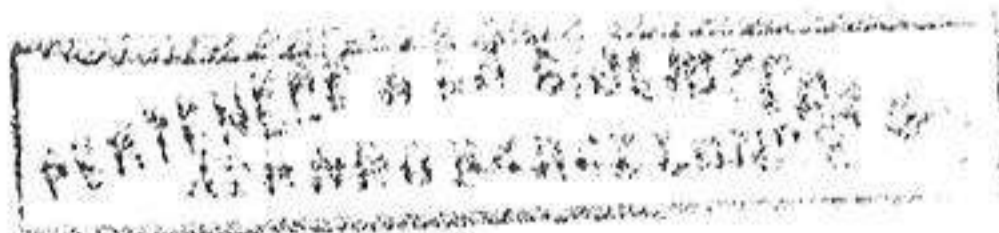
ciante; físicos son los otros signos de la fatiga, como la modificación y alteración de la respiración y el pulso en una prolongada atención, si bien estos fenómenos, por su complejidad y oposición de acciones, no sirven tampoco para nuestro estudio.

Varios son, como se ve, los métodos de investigación que emplea la psicometría en este problema, en el que, á primera vista, parecía que no habían de hallarse métodos y procedimientos para medir lo que puede considerarse imponderable, lo que parece escapa á toda evaluación y análisis, lo que más sutil, elevado é intangible es en el organismo humano, y que hasta hoy escapaba á los métodos de las ciencias experimentales, por hallarse en los indecisos procedimientos de una psicología puramente metafísica. De todos los métodos expuestos, sólo uno, el de apreciar el producto ó resultado, es el que por hoy lleva la primacía en la investigación, resultando, ó excesivamente igualitario y democrático al considerar iguales todos los cerebros, por no conocer el gasto interno y propio de cada uno no apreciando más que el resultado, ó sobradamente injusto al calcular por dos productos iguales lo que puede ser resultado de un trabajo diverso en cada uno de ellos.

Siguiendo una regla constante de mecánica, hay que referir el trabajo á un determinado tiempo, dando así la unidad con relación á una determinada cantidad del tiempo empleado en obtener un producto ó efecto útil, fijo y determinado. Aunque sin descender á detalles que no caben en una crónica, sí daremos cuenta de los trabajos hechos en la investigación del producto intelectual como medida de su trabajo, de los cuales presentó el método y los resultados el Sr. Simarro, valiéndose de gráficos y datos de los autores que en ello han trabajado. Es preciso operar con gran número de alumnos, de edad y condiciones semejantes, sometiéndolos á un trabajo también igual, de una dificultad media, pues si es sumamente fácil, el esfuerzo es nulo, y si supera sus facultades, lo es el resultado;

sólo en estas condiciones son comparables los resultados y útiles las consecuencias.

Entre los investigadores de estos problemas figura Sirconowsky, que hacía escribir al dictado durante veinte minutos á cien alumnos, antes y después de la clase, y observaba los errores cometidos por los mismos en cada sesión, viendo que eran mayores en la que tenían después de la clase, por el agotamiento que ésta había producido; clasificaba los errores cometidos en psíquicos, gráficos y fonéticos, siendo éstos los que en mayor número se presentan como dependientes de la atención menor de los alumnos, que era señal evidente de la fatiga. Otro pedagogo alemán, Hoeffner, dictando á sesenta alumnos diez y nueve proposiciones cortas y análogas en dificultad, también comprobó que el error aumentaba en las últimas. Burgestain hacía resolver sencillos problemas de aritmética á ciento sesenta y dos alumnos de doce años, por término medio, dándoles una hora de tiempo para los cuatro problemas que resolvían, y fijando el tiempo que cada uno empleaba y los errores cometidos. Empleó también un procedimiento sencillísimo, muy homogéneo y analítico en la expresión de los resultados, que consistía en hacer sumar grandes columnas de números dígitos durante un determinado tiempo, y hallando así el tiempo empleado en cada porción de números, los errores en las diversas porciones y su distribución según el mismo tiempo, y otra porción de curiosos datos que no hemos de exponer aquí, para no producir la fatiga, haciendo de esta crónica una experiencia del problema que presentamos.



\*  
\* \*

Cada cual según sus aficiones bautiza á nuestro siglo con el calificativo de su mayor agrado, el siglo de la electricidad, del vapor, de la química, de la industria; nosotros creemos que, por mucha importancia que quiera darse al progreso de

las ciencias, no puede compararse á los realizados por la Antropología y la Psicología. Investigaciones esporádicas, si vale la frase, y conceptos metafísicos como nexos del escaso material recogido, constituían todo nuestro saber á principios de siglo, y hoy ya vemos constituidas estas ciencias sobre firmes asientos y elevar su grandioso edificio. La literatura antropológica y psicológica es hoy tan rica por su cantidad y calidad, que sólo la forma de la literatura amena hoy predominante, la novela, puede con ella compararse. Fruto de su vigor ha sido la extensión dada á su objeto y la constitución como ciencia aparte de una Antropometría y una Psicometría, en que ya se calcula en número los resultados del análisis científico. Aun aquellos espíritus miopes que no juzgan de la ciencia sino por sus aplicaciones á la vida, no pueden menos de reconocer su valer, al considerar la reforma operada ó á que incita en estos últimos tiempos en la Pedagogía, el sistema penitenciario, la responsabilidad en el crimen, la capacidad en asuntos civiles, y la savia nueva con que vigoriza el exhausto cuerpo de las ciencias sociales todas.

Y concretándonos á la Psicología, daremos cuenta á nuestros lectores, como muestra de nuestras afirmaciones, del laboratorio de Psicología experimental de la Universidad de Madison, presentado en la sección de Etnología de la Exposición de Chicago por el profesor Mr. José Jastrow.

Dos salas constituían el laboratorio. En la una se ofrecían al espectador los múltiples y complicados aparatos que el saber, el ingenio y la habilidad de los sabios de Europa y América han inventado, á fin de estimar y precisar, hasta donde el poder del hombre llega, las modalidades del alma humana. En la otra, aparatos sencillos y de fácil manejo daban cuenta á los visitantes de los métodos empleados y los resultados que se obtienen, al propio tiempo que ofrecían (mediante una corta cantidad) satisfacción á la curiosidad del visitante, entregándole su examen psicométrico al par que recogía datos para la ciencia.

Las principales investigaciones son las siguientes:

1.<sup>a</sup> Referente á la sensibilidad táctil, que se aprecia por la desviación que es preciso dar á las puntas de un compas, á igualdad de presión sobre la piel, para sentir claramente el doble contacto. En vez de emplear el compás de Weber, el primero que hizo estas experiencias, á fin de facilitar el examen, hace uso Mr. Jastrow de una serie de estesiómetros de desviación fija. El resultado de la investigación muestra la relación existente entre la movilidad de la superficie cutánea y la capacidad sensitiva. La punta de la lengua, la última falange de los dedos, el borde rojo de los labios, etc., son las partes más sensibles.

2.<sup>a</sup> Apreciación de la rugosidad de una superficie, se efectúa sin auxilio de la vista, pasando el dedo índice por encima de diez placas rugosas que forman dos series. Estas superficies rugosas se construyen arrollando un hilo de hierro de diverso calibre á una plancha de metal.

3.<sup>a</sup> Sensibilidad al dolor. Se aprecia por medio de un aparato que produce presiones graduadas sobre el dedo del paciente. La mujer es más sensible al dolor que el varón.

4.<sup>a</sup> Estimación de longitudes por el movimiento de los dedos. Se verifica colocando tras de una pantalla dos series de barras de hierro de diversa longitud, y colocándolas por el orden de estimación de mayor á menor.

5.<sup>a</sup> Apreciar diferencias de pesos. Se dispone dos series de pequeños cubos de iguales dimensiones y apariencia, cuyos pesos son para la primera de 300 á 388,4 (proporción  $\frac{1}{15}$ ) y otra para la segunda de 310 á 342 gramos (proporción  $\frac{1}{30}$ .) Se coge el cubo entre el dedo pulgar é índice y se colocan por orden de peso, una vez estimada la serie.

6.<sup>a</sup> Aptitudes motrices. El sujeto, mediante un interruptor eléctrico interrumpe la corriente tantas veces como pueda durante quince segundos seguidos con un dedo solo, y teniendo fija la muñeca. Un aparato registrador indica el número de movimientos efectuados.



7.<sup>a</sup> Sensibilidad motriz, ó, como indica Bastian, sentido Kinestético. El desarrollo de este sentido puede apreciarse por la perfección alcanzada en marcar sobre una hoja de papel de 37 centímetros de longitud puesta en una mesa cinco puntos equidistantes. Se comienza poniendo la punta del lápiz sobre el borde izquierdo de la hoja, y el señalamiento de puntos ha de hacerse con los ojos cerrados y sin apoyar la mano en el papel.

8.<sup>a</sup> División de longitudes por medio de la vista. En una superficie de fieltro negro, largo de 40 centímetros, marcar tres bandas blancas móviles, su división en dos ó tres partes. Corriendo una regla oculta á la vista del operador, se juzga del error.

9.<sup>a</sup> Reproducción de líneas de longitud dada. El sujeto contempla los modelos que tienen 2,5, 5 y 7,5 centímetros de longitud próximamente, y una por una, después de mirarla, trazar sin tenerla á la vista una línea de igual longitud.

10.<sup>a</sup> Diferencia de longitud apreciada por la vista. Mirar una serie de cinco cartas, en cada una de las cuales se ha trazado una línea de diversa longitud, y colocarlas después por orden creciente ó decreciente marcando, con el número 5 la carta de la línea que parece más larga, y con el número 1 la que parece más corta.

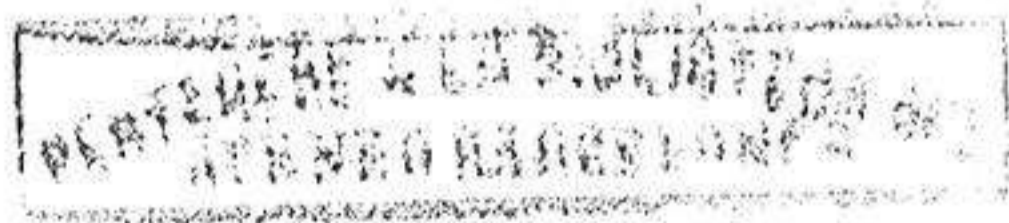
11. Rapidez de percepción. El sujeto mira una placa negra vertical en que una pantalla se desvía instantáneamente, dejando ver durante una veintena de segundo un fondo blanco en que están inscritos puntos negros, ó negros y rojos, ó palabras. Es preciso decir el número de puntos (gruesos como guisantes), su color, ó repetir las palabras leídas.

12. Extensión de la memoria. Por el orificio de una pantalla vertical desfilan varias cartas con palabras ó cifras inscritas, y el sujeto ha de escribir después las palabras ó números que recuerde haber visto, y, á ser posible, en el mismo orden en que se han sucedido. El tiempo de exposición es suficiente para que la percepción pueda realizarse.

13. Tiempo de reacción simple, ó sea medida del tiempo que media entre una impresión y la reacción voluntaria al mismo. El sujeto testifica por un movimiento que ha visto un punto blanco en una pantalla negra, ó que ha sentido un golpe en la mano ú oído el sonido de un timbre. El comienzo del fenómeno pone automáticamente en movimiento un cronoscopio y la reacción lo detiene. El término medio del tiempo de reacción simple es de 15 centésimas de segundo para el tacto, 14 para el sonido y 18,5 para la vista.

14. Tiempo de reacción compleja. El sujeto mira una pantalla tras cuyo orificio aparecen las cifras 1, 2, 3, 4 y 5, y según la cifra, ha de tocar un botón diferente. Como se comprende, en este caso no sólo se trata de recobrar á un estímulo, sino elegir entre varios medios de recobrar.

Muchos más son las experiencias que se llevaban á cabo en el laboratorio de Mr. Jastrow, pero las indicadas bastan para apreciar su alcance y los resultados que puede esperarse de su aplicación al estudio de la psicología experimental, con la creación de laboratorios tan sencillos de material como prácticos en resultados, aquí sobre todo en que nada hasta hoy se ha hecho en esta rama de la investigación científica. Esperamos, pues, que el laboratorio que dirige el doctor Simarro lleve á la práctica esta parte de sus tareas como complemento de las aplicaciones pedagógicas de la antropometría psíquica.



\*  
\* \*

En las conferencias que sobre la *opinión pública* vienen dándose en el Ateneo, ha correspondido tratar de tal tema en sus relaciones *con la vida científica* al elocuente catedrático Sr. Carracido, pues á su cualidad de presidente de la Sección, une la no muy frecuente entre los que al cultivo de la ciencia se dedican, de exponer elocuentísimamente sus doctrinas, presentándolas revestidas de tales galas y tantos primores, que

no el citado tema, general é interesante por su materia, sino los más técnicos y concretos, son para el Sr. Carracido base y motivo de magistral discurso, hermosamente desarrollado en períodos que á veces recuerdan la escultural oratoria de Martos.

El problema de la opinión pública y la vida científica, re-  
dúcese, desde su forma vulgar y corriente hasta sus altas in-  
vestigaciones científicas, á estudiar el proceso de la evolución  
de una idea sometida á dos factores: uno la herencia, la his-  
toria y el abolengo científico de nuestro país, y otro el medio,  
las condiciones actuales en medio de las cuales se desarrolla  
esa vida científica: esto demuestra la existencia de dos gér-  
menes en toda concepción científica; el primordial, interno ó  
evolutivo, y el segundo, circunstancial de condiciones y medio  
externo. ¿A cuál de las dos es debida la actual pobreza de la  
vida científica en España? Al segundo, según el disertante,  
al raquitismo, á la falta casi completa de medio, que cuando  
existe, más bien esteriliza que desarrolla la investigación cien-  
tífica, pues el germen, las condiciones para trabajar bien y  
con fruto, antes abundan con exceso en nuestra raza y nues-  
tra organización intelectual. La obra científica es eminentem-  
ente colectiva, pues no surge la ciencia como elemento ex-  
porádico y aislado, sino como concreción y cristalización de  
un medio saturado y rico en cultura que da espléndidos cris-  
tales ó genios científicos como síntesis de su riqueza intelec-  
tual. Es preciso, pues, una gran cultura y labor nacional  
para llegar á poseer sabios nacionales y propios que no sean  
plagiarios ó secuaces del extranjero.

De clarísimo modo mostró la nacionalidad de la ciencia  
presentando el ejemplo de Rusia, que inferior seguramente  
en cultura general á nosotros, presenta una apariencia de  
superioridad por el gran número de sabios investigadores que  
allí se manifiestan, merced á la protección que el soberano  
dispensa á la vida científica; pero dichos sabios son en Rusia  
árboles sin raíces en el suelo patrio, una planta exótica man-

tenida allí por los cuidados oficiales, que perecen si éstos faltan, porque desaparecería el medio artificial y de estufa en que hoy viven. Fenómeno que se ha dado en nuestra patria, cuando, merced á la protección de Carlos III, hubo aquí una efímera grandeza científica sostenida por sus cuidados, y que desapareció, volviendo al yermo espantoso de este siglo, al faltarle el calor prestado por los cuidados del rey. Esta nacionalidad de la ciencia, esta correspondencia con el medio social se ve en Inglaterra, por ejemplo, donde sus naturalistas y físicos son analistas de hecho concreto, sin idealidad ni elevación de criterio, como términos aislados de un artificio mecánico que forma su general sistema.

¿Cómo ha de influir la opinión pública para que la ciencia se produzca en nuestra patria? De modo directo, pues el medio dirige más la actividad humana que la propia iniciativa y dirección del sujeto; por eso, donde la opinión aplaude y protege un determinado estudio, sus filas de adeptos están llenas y nutridas, permaneciendo vacías y sin obreros donde un indiferentismo frío y glacial es la única manifestación del público hacia determinada labor ó ciencia.

No podemos seguir la profunda y justísima sátira con que fustigó el alejamiento de los elementos aristocráticos y directores, del campo de la vida científica, que para ellos que pudieran dedicarse á su cultivo en inmejorables condiciones, pues tienen resuelto el problema de la vida, es campo despreciado y despreciable tal vez por atavismo de criterio, en que volviendo á pasadas edades hallamos al noble alejado de toda labor por considerarla como indigna, si exceptuamos la guerra y la religión, que hoy tampoco llaman ni por asomo la atención de sus inútiles descendientes. Este desdén de las clases directoras lleva consigo el oficial, que cree cumplida su misión protegiendo únicamente las manifestaciones artísticas; y así, mientras todo chiquillo que con carbón embadurna las paredes ó con barro modela figuras, y toda muchacha que levanta el grito con alguna esperanza de artista, es en-

viado al extranjero ó pensionado aquí para que no se malogren sus maravillosas facultades, no hay en ninguna esfera oficial, desde el Estado á la particular, ni asomo de protección para la vocación científica ó industrial, resultando así un país atrasado dos siglos, y viviendo en cultura pasada de moda por inútil y deficiente en las actuales necesidades de la vida moderna.

Extendióse en eruditas consideraciones históricas, demostrando que reinados desastrosos para la historia, han sido redimidos ante la misma sólo por la protección que á la cultura científica han prestado; así, D. Juan II puede salvarse por los nombres del marqués de Villena, Juan de Mena y otros. Felipe II resulta menos discutido recordando á Calderón, Lope, Herrera y demás genios de su época, y en la historia contemporánea, el reinado de un loco como Luis de Baviera, resulta glorioso por la gran protección que dispensó á la música alemana y que tanto ha contribuido á su actual prepotencia.

Otra de las faltas grandes para nuestra cultura, es la ausencia de propaganda y vulgarización, la falta de relaciones con el público: consérvase la ciencia aislada y separada de la masa social, no poniéndose en contacto, no interesándole sino rarísima vez en las empresas que persigue. Falta igualmente el sentido positivo de la investigación; y así como nadie puede contestar categóricamente á una pregunta sobre nuestro estado de riqueza, pues unos recuerdan como signo de bienandanza la venida de fenicios y romanos en busca de nuestros tesoros, otros hablan de las estepas y desiertos de nuestro país como palmaria prueba de nuestra pobreza, análogamente, concluía el orador, es contestada aquí la pregunta sobre nuestro nivel intelectual, de un lado por los optimistas, que se conforman con alguno que otro sabio que presentamos, y de otro por los pesimistas que echan de menos una extensa cultura general.

\*  
\* \*

La *École Polytechnique*, la gallina de los huevos de oro, como la llamaba Bonaparte; la primera del mundo, como afirman los franceses orgullosos de su institución; la que ha dado desde hace un siglo las primeras inteligencias y las más preclaras figuras de la Francia; el dorado sueño de todo padre que quiere para sus hijos porvenir brillante y posición desahogada, celebra ahora el centenario de su fundación con fiestas y regocijos dignos de su abolengo y su alcurnia. No es seguramente el establecimiento de enseñanza de la república que presenta un claustro de maestros más lucido, no tiene tampoco museos, galerías y bibliotecas que honran á otros de la capital francesa, no son los cursos que allí se explican los concurridos por gentes de todo el globo que van á París á buscar la buena nueva de la ciencia y el saber; nada de esto tiene, ni objeto definido ni finalidad propia, pues en ella no se llega á parte alguna, pudiéramos decir, y, sin embargo, es el camino para todos y los mejores puestos de la nación, incluso para la presidencia de la república, pues á buen seguro que mucho influyó para hacer de Carnot el primer francés, su condición de *ancien élève* de la citada Escuela. ¿A qué se debe, por tanto, el puesto de honor, la influencia decisiva y la aureola especial que rodea la Escuela Politécnica? En una palabra puede decirse: á su unidad, al espíritu de fraternidad y solidaridad que hace un todo de alumnos, profesores y escuela, que mantiene unidos durante toda su vida á todos los que pasan por el edificio de la montaña de Santa Geneveva, á la organización maravillosa que hace de un politécnico la totalidad, y que imprima carácter, como las órdenes, no pudiendo perderle el que una vez fué alumno de la Escuela. Unión, fraternidad, mutuo auxilio que aquí ni puede ser concebido, en medio de este atomismo indiferente en que se halla la enseñanza toda, y especialmente la universitaria, en que no existe un solo lazo de unión entre alumnos, maestros y escuela. Hablemos, pues, de la Politécnica, que asunto y motivo da para dedicarla unas cuartillas.

Nació la Politécnica en pleno *Terror*, el año 93, en aquella época en que pasado el peligro de una invasión, vióse la necesidad de educar oficiales para el ejército, ó, mejor, ingenieros técnicos que dirigieran la labor militar, para que no se diera otra vez el caso de improvisar un armamento frente al enemigo: así, en 11 de Marzo de 1794 se creó la comisión para organizar la escuela de Trabajos Públicos, que fué su primer nombre, comisión compuesta de Carnot, Guyton-Morveau, Monje y Prieur, todos sabios físicos ó matemáticos, que organizaron con tal brevedad la futura Escuela, que en Setiembre se verificó la primera convocatoria, para la que se pedía, entre otras cosas, «virtud republicana, amor á la igualdad y libertad y odio á los tiranos». Materias de difícil examen que seguramente no han vuelto á formar parte de ningún programa de admisión; recibiéronse unos cuatrocientos alumnos, y se abrieron los cursos en el palacio Borbón por el célebre Monje, alma y motor de la idea; aquellos terroristas, más sensibles y románticos que era de esperar, distribuyeron los alumnos á los «padres de familia *sensibles* y buenos patriotas», que debían asistirles mediante una cantidad de 900 libras que se separaban de las 1200 que cobraba cada politécnico. Antes del año, por ampliación de sus enseñanzas cámbiase su título por el que luego ha de conservar, y casi al mismo tiempo empieza una ridícula cruzada contra la Escuela, porque algunos alumnos eran tachados de frecuentar los cafés realistas y no entusiasmarse con los cantos patrióticos, delitos por los cuales pedía un diputado que se tomara la paternal medida de cortar unas cuantas cabezas á los alumnos; pero el mayor peligro para la Escuela era la escasez de recursos de los alumnos que obligaba á los sensibles padres de familia á enviar á sus respectivas casas á sus pupilos, y que hizo salir de la Escuela á más de trescientos alumnos á pesar del primer rasgo de compañerismo que se manifestó cediendo los ricos sus asignaciones íntegras á los poco favorecidos de la fortuna.

Llega la época del Consulado, y tanto por la parte que

tomó la Escuela en la expedición á Egipto, como por la protección de Bonaparte, transcurre una época de buenas relaciones con los poderes públicos, que se interrumpe bruscamente por un acto de viril independencia de la Escuela que la valió ser organizada militarmente en 1804, recibiendo su primer bandera que recogió el gran Arago, en la distribución de las águilas imperiales. Por aquel célebre verso que salió de la escuela

*Le monde est un atome où rampe avec fierté.  
L'insecte usurpateur qu'on nomme Majesté.*

agriáronse aún más las relaciones con Napoleón, que hubiera llegado á suprimirla, si ésta al mando de Chasles el geómetra, Infantin y Carnot, no hubieran tomado las armas contra el invasor.

La restauración hácese pronto odiosa á la Politécnica, por las ridículas órdenes que con ella tomaba, y de las cuales una de las que exasperó los ánimos fué la que obligaba á los alumnos á la asistencia á vísperas y misa, llevando el recomendado Eucólogo bajo el brazo, y otra que suprimía las estatuas al desnudo que para el dibujo se usaban en la Escuela; añádase á esto la exclusión de las listas de admisión de los que llevaban apellidos sospechosos de republicanismo, y no extrañará verla envuelta en el movimiento revolucionario tomando en él parte tan activa, que le valió la popularidad y el respeto que habían de ser sus grandes fuerzas posteriormente, y una vez terminada la revolución, queda como la más firme garantía del orden, y el mismo Luis Felipe ofrécela honores y distinciones que rechaza en un generoso alarde de modestia. Empieza entonces un período difícil para ella, pues haciendo de balancín entre el rey y el pueblo, más que á la ciencia dedícase á la política, y su severidad vese á menudo al borde de la populachería, entre los varios incidentes en que tomó parte, siendo de notar su acuerdo de borrar el nombre de real que llevaba y el compromiso de no saludar á Luis Felipe, que origina un lance entre su ayudante de campo y un



alumno, terminado con el sacrificio del primero para evitar colisiones con la prepotente institución. La revolución del 48 marca el apogeo y la verdadera apoteosis de la Escuela, en aquella célebre salida organizada por Freycinet, y en los que, divididos en doce grupos y unidos á la guardia nacional, son los politécnicos la más firme garantía de orden en medio del combate, pues á su sola presencia, el pueblo aplaude, los mismos insurrectos bajan las armas, y las Tullerías, el Hôtel de Ville y París todo, se salvan del saqueo y la violencia merced á su intervención y al religioso respeto que á todos inspiraban. ¡Hermoso ejemplo el de aquellas generaciones de escolares que, cambiando el libro por el fusil y el cuartel por la escuela, son siempre la más firme garantía de la libertad y del orden, que sabía inspirarles, sin duda alguna, su severa educación matemática!

Viene el golpe de Estado, y la Escuela, imposibilitada contra él mismo, muestra su descontento, desfilando sin un viva, con severa indiferencia, ante Napoleón III, que se veía aclamado por todas partes; recibe la visita del príncipe imperial con glacial corrección, y entregada sólo á su labor científica, le sorprende la guerra del 70, que se lleva sus alumnos á la defensa de la patria y la obliga á instalarse primero en Burdeos y luego en Tours, hasta que con la paz regresa á París y permanece desde entonces alejada de las luchas políticas, siguiendo su ordenada marcha siempre con el aplauso y el respeto de todo francés que ve en ella una de sus más preciadas instituciones.

Hoy la Escuela Politécnica, extendiéndose sucesivamente alrededor de su primer local, el antiguo cuartel de Navarra, ocupa una gran parte de la montaña de Santa Genoveva; allí, en pleno Barrio Latino, álzase un edificio mezquino en relación á su abolengo y representación, pobre comparado con los de otras que no pueden colocarse al lado de tan respetada institución, antihigiénico según cuentan, en sus dependencias jamás visitadas por un extranjero, que sólo son admitidos en

algunos cursos; pero basta conocer el agotamiento que á los dos años de permanencia en ella presentan los alumnos, debido más á las condiciones de medio que al exceso de trabajo; pues éste, si bien es elevado en todos, sólo alcanza proporciones extraordinarias en los seis primeros números, que demuestran un cerebro á prueba de trabajos al resistir los muchos que el obtener y conservar los puestos de honor les proporciona: los cuarenta ó cincuenta restantes aún fuerzan sus facultades, pero el resto de las promociones sólo cumplen su labor para pasar sin grandes fracasos los años de estudio. En sus exámenes clásicos y legendarios en los fastos estudiantiles, dieron al matemático Fourcy, al pedir para el examinando un saco de paja que le sirviera de almuerzo, la célebre contestación: «Que traigan dos y almorzaremos juntos.»

Referir los mil detalles curiosísimos de la vida interior de la Escuela, en la que tan bien se retrata el genio francés con su seriedad mezclada de burlesca ironía, sería tarea demasiado extensa, si bien amena é interesante. Las fiestas, entre la que merece especial mención la suprimida del punto gamma, sólo son posibles en sociedad tan armónica como aquella en la que es posible repetir todos los años sin ocasionar serias correcciones, la procesión de las sombras, en la que desfilan en siluetas chinescas todos los jefes y profesores, que jamás han sabido cómo hacen sus caricaturas,—excesivamente realistas algunas veces,—aquellos centenares de alumnos que tan bien guardan el secreto. La recepción ó ingreso de cada promoción da lugar á una fiesta magna semiburlesca, que es la iniciación de los neófitos por los antiguos constituidos en tribunal, leyéndoles el código que, burla burlando, han de respetar, no sólo en la Escuela, sino en el curso de su vida entera, que por el hecho de tal recepción, queda unida por indisoluble lazo á la de todos los compañeros de escuela; código que tiene artículos tan curiosos como el que prescribe que la pena sea de todos y no de uno, y que si alguno ha de pagarla sea la suerte la que elija la víctima, aun entre

aquellos que no tengan ni remota culpa en lo que traiga el castigo; aquel otro que advierte al *novato* que su dama y su asiento en el ómnibus debe cederlos al antiguo; los que le obligan á guardar la seriedad de su uniforme prohibiéndole ponerse delante de Guignol y comprar castañas y huevos duros; el que atañe á su porte no permitiéndole usar patillas ni fumar en pipa por la calle; los que defienden su bolsa y su honor no tolerando que tome parte en juegos en que se atreviese dinero, y el que marca algo el radical pensamiento de la Escuela recomendándole que si sus ideas religiosas le llevan á la iglesia, no entre jamás en ella con uniforme. Artículos que, por burlescos y nimios que parezcan, guardan religiosamente todos los *pipos* como en el argot de la Escuela llaman á los politécnicos.

Como principio de la protección que siempre han de prestarse, tienen una caja, manejada por dos tesoreros que jamás rinden cuentas, que igual sirve para ayudar al compañero escaso de recursos á costa del rico que ponen á contribución los administradores, que para socorrer semanalmente á los pobres del barrio por mano de dos alumnos encargados de tan simpática misión. Institución que ha sido origen de la *Amicale* de antiguos alumnos, que, funcionando desde el año 64, tiene una reserva de varios millones de reales prontos á socorrer á los antiguos condiscípulos, si por muy rara casualidad llegan á necesitarlo, pues la protección se mantiene de tal modo, que pocas veces hay que acudir á este recurso extremo. Bastando para probar esta prosperidad de los politécnicos que se honran, entre otros, con tal título, el presidente de la República, los ministros Freycinet y Mercier, el literato Armando Silvestre, los generales Brugere y Borius, entre otros, Cavaignag, los sabios ingenieros y profesores Bertrand, Daubre, Picard, Levy y los directores de todas las grandes empresas ferroviarias é industriales de la Francia; en una palabra, los primeros nombres y los más respetados apellidos de la República.

Basta lo expuesto para presentar un modelo de escuela y de institución, que sería de desear pudiéramos imitar en nuestra patria, ahora que se trata de resucitar los antiguos y sanos moldes de las instituciones de enseñanza.

\*  
\* \*

Dos folletos se han publicado en este mes con el exclusivo objeto de honrar la memoria de dos muertos ilustres en la ciencia, deber grato y penoso al mismo tiempo cumplido en un caso por la amistad, y en otro por el respeto y el cariño del discípulo. El eminente químico Saenz Díez y el ilustre médico y antropólogo Velasco, han merecido de la autoridad y el amor de hombres tan ilustres como los Sres. Luanco y Pulido, un recuerdo y una ofrenda á su labor científica y su honrada historia.

Breve y sencilla la biografía de Saenz Díez, puede resumirse en dos frases, honradez y labor científica, pues desde que recibió sus primeros estudios en la antigua Escuela Normal, gérmen de la actual Facultad de Ciencias, hasta que ocupando una de sus cátedras le sorprendió ha un año la muerte, no faltó jamás á las dos, que pudiéramos llamar directrices de su vida. Después de haber sido auxiliar de la cátedra de química orgánica de la Facultad de Ciencias y de servir como ayudante en el Real Instituto industrial, obtuvo, previa oposición, una plaza de pensionado para el estudio de la química orgánica en los laboratorios del extranjero. Trabajó el nuevo pensionado en París al lado del eminente químico Wurtz, y no colmando sus deseos la instrucción francesa, pasó á Freiberg con el fin de adquirir práctica en los ensayos con el soplete bajo la dirección de Plattner, y á Jiessen, donde con las enseñanzas de Enrique Will completó su sólida instrucción.

Vuelto á Madrid, se le dió el encargo de explicar la cáte-

dra de química orgánica de la Facultad de Ciencias, no adquiriéndola en propiedad hasta tres años después, desde cuya época se abrió para Saenz Díez una era de asidua y perseverante labor que duró tanto como su vida.

Esta perseverancia y una gran actividad fueron la característica en D. Manuel Saenz Díez, pues además del trabajo constante que le proporcionó la cátedra, se ocupó con singular pericia en instalar y dirigir fábricas de productos químicos é industriales, atendía á los innumerables análisis que constantemente le encargaban en particular asuntos judiciales, y más que nada los de aguas minerales, que, como dice el Sr. Merino, secretario de la Real Academia de Ciencias, en el artículo necrológico, «Mal contados, á cincuenta ascienden los trabajos de esta índole verificados por Saenz Díez», dejándole todavía estas tareas hacer importantes trabajos de investigación que le valieron dos premios de la Real Academia de Ciencias, de la que más tarde formó parte. Los temas de las memorias premiadas fueron «Influencia de los fosfatos térreos en la vegetación y procedimientos más económicos para utilizarlos en la producción de cereales en España», y el segundo, «Historia y juicio crítico de la Diálisis considerada como procedimiento analítico».

En el año de 1867, repitió y amplió Saenz Díez las experiencias de Sophonius sobre la preparación del ozono y oxidación instantánea de las sustancias que se ponen en contacto con él. En estas experiencias, como en todos los trabajos de Saenz Díez, campea la variedad y novedad que caracterizaban sus investigaciones, y al mismo tiempo demuestran la pericia del experimentador por tratarse de fenómenos en que hay riesgo personal para el operador.

Proclamada la libertad de enseñanza, cursó la carrera de medicina, que terminó en 1872.

Últimamente fué nombrado, en unión de los Sres. Puerta y Saenz Montoya, para formar parte de la comisión de alcoholes, constituyendo á poco tiempo esta comisión la directi-

va del laboratorio central de análisis química del Ministerio de Hacienda.

En esta vida activa y de trabajo le sorprendió la muerte á los sesenta y siete años de edad.

Los rasgos característicos de Saenz Díez como hombre de ciencia eran, como ya queda indicado, una tenacidad sin ejemplo para el trabajo, gran capacidad en las cuestiones que al análisis químico se referían, su celo por la enseñanza pasaba de lo que de ordinario se acostumbra. Aunque su explicación no era, como en su biografía apunta el Sr. Luanco, de las que atraen y embelesan por la galanura de la forma, cautivaba la atención de su reducido auditorio por la abundancia de doctrinas adquiridas á fuerza de práctica.

Y, por último, D. Manuel Saenz Díez y D. Magin Bonet son los que han formado toda la generación de químicos jóvenes que hoy se distinguen en las cátedras de Universidades é Institutos, y que todos ellos conservan cariño y agradecimiento á los consejos de tan sabios maestros.

---

Actividad constante, amor y desinterés poco comunes por la ciencia y su propaganda á la que dedicó su corazón y su inteligencia, grande y batallador el primero, soberana y clarísima la segunda; estos eran los rasgos característicos del doctor Velasco, anatómico peritísimo, clínico eminente, antropólogo firme, y patriota y amante del progreso en todas ocasiones. A tan simpática figura dedica un libro el que con mejores títulos puede hacerlo en su doble carácter de discípulo querido y heredero de sus glorias y tradiciones científicas, como es el ilustre escritor y sabio médico D. Angel Pulido.

Desde las correrías infantiles del pobre lugareño, hasta sus gloriosos días de enseñanza y popularidad, pasa revista, con la amenidad que en sus escritos es característica, á la vida toda de aquel labrador primero, soldado después, fraile más tarde, estudiante luego y maestro por fin tras tan varia-

da y singularísima vida de luchas y sufrimientos como fué la del fundador de aquella escuela libre de medicina que se llamó el Museo Antropológico del doctor Velasco, y en la cual descansan los restos del fundador.

\*  
\* \*

El 1.º de Mayo llamaba la atención, y hasta causó en algunos espíritus burgueses curiosidad y temor, un misterioso papelito pegado con profusión varía por muros y vallas, que anunciaba para ese día la confederación de clases; creyeron algunos que tal anuncio sería la decisión de algún supremo consejo del socialismo internacional para transformar, por arte de encantamiento y de una sola vez, nuestra caduca organización social. Pero ¡oh desencanto! el que produjo la aparición de tal anuncio, que era tan solo el precursor de un folleto hecho con muy buena intención pero con muy poco interés. Pues ya se habrá convencido el Sr. Cascales (Mathesfilo en el mundo de la idea) que ni la opinión se ha modificado, ni sus novedades de organización social y política han dado más fruto que algún eco del folleto alarmista en los periódicos nacionales y extranjeros, y varias opiniones de ilustres pensadores que distrajeron sus ocios con la lectura del *programa de un nuevo partido*, al que no creemos se halla afiliado nadie.

\*  
\* \*

El último día del curso, lo ha sido de la vida de un ilustre profesor del Museo de Ciencias Naturales, pues en él ha bajado á la tumba D. Francisco Quiroga y Rodríguez, catedrático de Cristalografía de la Facultad de Ciencias, que pondrá en sus anales orla negra para el curso que termina en que ha perdido á maestros como Vilanova, Saenz Díez, Bonet, Gorroño, Sainz y Gutiérrez y Quiroga, que forman una pléyade respe-

table de sabios ilustres. De todos ellos, Quiroga era el único joven del que podían esperarse días de gloria para la ciencia patria, pues con la sólida base que veinte años de labor diaria en el laboratorio le había dado, hay sobrados motivos para creer que si la muerte no le hubiera robado á la ciencia, á sus alumnos y á su familia, hubiera completado una reputación que ya era envidiable en toda Europa.

¡Qué verdaderos y tristes eran los acentos que su memoria arrancaba esta noche en la cátedra del Ateneo á la amistad fraternal de Simarro, al compañerismo sincero de Antón y á la admiración profunda de Carracido! ¡Qué tristes, repetimos, porque no eran sólo para honrar la memoria del amigo, del sabio y del maestro, que al fin es tarea grata en medio de su tristeza, sino que tenían otra misión hermosa, noble y levantada, pero de una amargura infinita, cuando, por elocuente petición de Antón, se solicitaba *una limosna* para la desamparada familia de un hombre que se sacrificó á la ciencia en país tan poco propicio á tales heroísmos como el nuestro! ¡Una limosna para un sabio pobre á cuyo entierro han ido sólo los amigos y los discípulos, casi á igual tiempo que media España acudía en tropel desordenado é inconsciente al sepelio de un torero que deja miles de duros! Acentos y pesares no expresados sólo por sus amigos y compañeros, sino presentidos por gran parte de la prensa, que notando el injusto y brutal contraste que la suerte presenta, motivan, entre otras, las sentidas frases que el valiente Palomero expresa en su sección de *El País*, recordando con sin igual fortuna que Quiroga expuso su vida por la patria en peligrosa expedición á través de las estepas africanas, en las que hizo flotar por vez primera nuestra bandera, y á las que arrancó secretos de su indescifrable naturaleza. ¡Ah, pero esto no es valor ni es mérito en esta bendita tierra de la desinteresada función nacional, que hace héroes de sus toreros y deja en la sombra del olvido á sus hombres de ciencia!

En D. Francisco, pues siempre llamaré así á mi inolvida-



ble maestro, presentábase el prototipo del trabajo y la constancia científica y del más absoluto desinterés por la investigación. Nadie, puede afirmarse en absoluto, ha vivido tanto tiempo como él en el laboratorio, que, únicamente abandonaba para estudiar en la naturaleza, recoger en ella nuevos materiales y volver con aquel bagaje á las soledades de su gabinete; á tal punto llevó su exageración por el trabajo, que no se dió cuenta de las necesidades sociales que le era preciso satisfacer, y viviendo en un mundo de idealismo científico, olvidaba, si no el porvenir, sí los medios de conllevarle en esta tenaz lucha por la existencia.

No basta, Sr. Cascales, un buen deseo de figurar, aun con la sana intención de hacer alguna cosa útil, pues es preciso dar algo más nuevo que un proyecto de representación por clases que está ya en vigor en la constitución de algunos Senados ó Cámaras superiores, y que no ha resuelto nada, absolutamente nada, créame el descubridor de esa panacea sociológico-económica.

El suponer que el problema político no ha sido estudiado y que debe preocuparnos hondamente, es una candidez que sólo á un alma inocente y limpia en la historia de nuestras luchas políticas puede ocurrírsele. Además, Sr. Mathesfilo, no aventure su merced profecías sobre el cumplimiento de su programa, porque nadie ha de creerle augur, á pesar de *matarse de trabajar*, como dice en averiado castellano.

¿Y qué me dice V. de la lógica de un socialista que canta las excelencias de los Bancos y las grandes empresas? Que abomina de las máquinas que han creado la gran riqueza de las sociedades actuales; que ejerce de Colón del derecho, anunciando la aparición de nuevos horizontes, y que termina todo esto copiando la circular del Claustro de la Universidad; que sepa el Sr. Cascales que jamás tuvo intención de meterse en esas profundidades sociales ni económicas. En fin; la resurrección de un estamento, si no de próceres y procuradores, sí de obreros, como quiere el autor del folleto, no tendría más

consecuencias que hacer una exhibición de constituciones retrospectivas, pasadas de moda, como lo estará con el tiempo el escribir con erudición y buena voluntad, pero sin objeto, fin, ni interés alguno.

\*  
\* \*

Quiso Quiroga conocer las ciencias que con el estudio de la naturaleza se relacionan, y unió á su borla de doctor en Ciencias Naturales los títulos de la Facultad de Farmacia y de la sección de Físico-Química, formando así una sólida cultura y un arsenal inmejorable para el análisis y conocimiento de los seres naturales á que siempre se dedicó. Ayudante primero por oposición de Mineralogía y Geología del Museo de Ciencias, fué luego auxiliar de su Facultad y llegó por fin en 1838 á obtener la cátedra de Cristalografía de la misma que ha desempeñado hasta su muerte. Siendo peritísimo geólogo y buen mineralogista, le sirvieron estas ciencias para dedicarse especialmente al estudio de la petrografía, llegando en el conocimiento de las rocas, en su estructura microscópica y clasificación, á ser sin disputa el primero de España y uno de los mejores de Europa, como lo reconocen los más exigentes especialistas alemanes y franceses con los que se hallaba en íntima relación científica. Citar las obras de investigación propia y original debidas á su pericia sería dar un largo catálogo de monografías que, empezando por su estudio memoria del doctorado sobre las rocas volcánicas de Ciudad Real y pasando por sus observaciones de geología del Sahara, de las rocas de América, de los minerales de España y otros varios, terminara en cualquiera de sus últimos trabajos, de los varios que deja empezados, además de las lecciones de química dadas en la Institución Libre de Enseñanza, y de un tratado de Historia Natural en colaboración con los señores Bolívar y Calderón.

No era sólo la enseñanza oficial la que consumía el tiem-

po que sus investigaciones le dejaban libre, pues la Institución Libre de Enseñanza le contaba entre sus profesores más notables, como lo acreditaban sus cursos de Física, Química é Historia Natural explicados allí durante varios años: él era allí uno de los directores de las excursiones científicas, que introdujo en el Museo con brillantes resultados, como lo prueban las infinitas notas que, debidas á él y á sus alumnos en quienes desarrollaba con sin igual manera la afición y el estudio de la naturaleza, se han publicado en los *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural* de que era activo y laborioso secretario. La Asociación para la enseñanza de la mujer contábale también en el cuadro de sus maestros, y allí, como en todas partes, exponía con sencillez suma el cuadro completo de la creación natural.

Merece especial mención por su interés patriótico y científico, la expedición que por iniciativa de la Sociedad de Geografía comercial y nombramiento del gobierno, verificó en el verano de 1886 al Sahara occidental, en unión del comandante Sr. Cervera, el intérprete Sr. Rizzo y dos tiradores del Rif. Partieron de Canarias en los primeros días del mes de Mayo, y organizaron una temeraria expedición, que lo fué sin duda por la escasez de medios con que contaba para aventurarse en el desierto de Sahara y recorrer los oasis de Adrar-et-Tmarr, que era el objeto que se proponían. Desde la factoría de Río de Oro internáronse 426 kilómetros de la costa en continua lucha con los Uled Delim, á pesar de la protección del sultán del Adrar y de la compañía de dos xerifes delegados suyos que les envió para protegerles; lucha, para la cual se necesita fuerza de voluntad infinita, paciencia á toda prueba, carácter de hierro, valor frío, cuidado excesivo, desprecio de la vida, ánimo tranquilo y un amor ciego para las empresas que conducen á aquellos inhospitalarios países.

Curiosa en extremo es la relación del viaje hecho por el comandante Cervera, que refiere cómo únicamente á las razones de sus Winchester, pudieron evitar el ser asesinados al

tercer día de expedición, y como tuvieron que luchar no sólo con el odio de los árabes, sino con las granujerías de un expresidiario francés y hasta de algún español que les proporcionó emboscadas y disgustos sin cuento. Repetíase casi á diario la lucha para evitar el saqueo por los Uled Delim, verdaderos ladrones del desierto, y descuella entre aquellas jornadas la del 20 de Junio, en que, siguiendo el mismo trópico bajo los rayos verticales de un sol abrasador, soportaron temperaturas de 62°, mortales para los mismos árabes, «con la lengua pegada al paladar, los labios secos y cortados, no se movían, con terrones de ácido cítrico procurábamos refrescar la boca. Y para mayor martirio, á lo lejos hermosos fenómenos de espejismo nos hacían admirar grandes lagunas de cristalinas aguas, que se alejaban y desaparecían á medida que nosotros avanzábamos por la extensa llanura de Ar-Rak.»

Secuestrados posteriormente por la gente del aduar de Ed-Demiset, sólo á fuerza de grandes energías pudieron continuar una marcha interrumpida por la grave enfermedad del profesor Quiroga, atacado por las fiebres y la fatiga, y adquiriendo tal vez el germen de las dolencias que desde entonces le aquejaron. Pero todas las fatigas fueron compensadas el 11 de Julio, al ver ondear por vez primera, y tal vez única, en las alturas del Adrar, la bandera de su patria, que les hizo recordar que á ella se debían y por ella luchaban. Acto solemnísimó fué aquel, llevado á cabo con quijotesco é hidalgo patriotismo por tres solos españoles, obteniendo un acta de sumisión y reconocimiento del protectorado español en una extensa zona del mar á 500 kilómetros al interior, acto de sumisión por el mismo sultán Ahmed-ben Uhammel Uld-el-Aidda y los jefes de tribu, que acataron un poder impuesto en aquellas condiciones verdaderamente épicas por lo anormal del caso, y que se redujeron á hermosas puerilidades por obra y descuido de un gobierno que no supo utilizar aquel germen de conquista de tan patriótico modo realizado.

Pero habían de pagar tales alegrías los intrépidos explo-

---

radores, y así ocurrió en exceso con su necesidad de volverse á Río de Oro por orden del caudillo que los protegía, que veía en peligro no sólo la vida de los impíos cristianos que profanaban el sitio sagrado del Islam, sino la suya propia si no les obligaba á retroceder. Hicieron el regreso por distinto camino que la ida, á pesar de la seria oposición de la caravana, que no comprendía el interés científico de reconocer nuevos caminos y que hizo lo posible por dar motivo á que lo recuerde el Sr. Cervera en las siguientes frases: «Fué una peregrinación cuyo recuerdo me espanta. Hambre, sed, calor insufrible, persecución, amenazas, aguas cenagosas, carnes crudas de gacela, cansancio apenas repuesto con un sueño corto intranquilo sobre las arenas pobladas de insectos asquerosos, miseria, suciedad inevitable, enfermedades incómodas propias del desierto, y sobre todo una plaga de árabes exigentes, asquerosos, inaguantables.»

Y el sabio que por su patria y su ciencia fué protagonista de semejantes hechos, muere hoy desconocido y pobre.

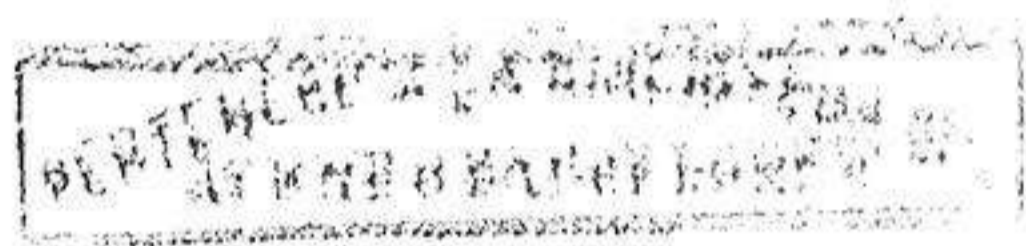
LUIS DE HOYOS SAINZ

---

# REVISTA EUROPEA

---

Los recuerdos del mes de Mayo entre los comuneros de Paris.—Las conmemoraciones del heroísmo de Juana de Arco en las catedrales francesas.—Furres por los tratados mercantiles del feudalismo rural en Alemania.—El joven César alemán comparado con los antiguos Césares.—La crisis ministerial en Francia.—La crisis política en Inglaterra.—El matrimonio civil en Hungría.—La cuestión de Oriente.—Alejandro de Serbia y Stambouloff de Bulgaria.—Conclusión.



I

**E**ste mes corriente debía consagrarse al regocijo por las flores que brotan, y por las aves que vuelven, y por las mariposas que revolotean, y por las mieles que fluyen, y por la esperanza universal. Pero los hombres hanlo dispuesto de otra suerte que la naturaleza, y conmemoran tristes recuerdos, de aquellos que amargan la vida y cortan á los espíritus y á las ideas sus alas. Los comuneros de París todos los años invocan el recuerdo tristísimo de la comunidad revolucionaria en Marzo, cuando la nueva savia late por las cortezas de los árboles, y en Mayo cuando las flores frescas y olientes aroman los aires. Por Marzo conmemoran el nacimiento de la comunidad revolucionaria en el año terrible; por Mayo conmemoran su derrota. Nada más propio de la naturaleza del hombre que dilatar la eternidad en torno suyo, así por la memoria de lo pasado como por el presentimiento de lo

por venir. Quien olvida los muertos y descuida el destino de las nacientes generaciones y no se anticipa lo porvenir, descende un grado en la escala orgánica y no merece las dos altas facultades que distinguen al hombre: la razón y la libertad. No me opongo á los aniversarios, á las conmemoraciones, á los recuerdos, al culto de los muertos. Cada hombre suele dejar tan sólo el bien que hiciera y la virtud que ejercitara en los agradecimientos ajenos, triunfando sobre la muerte. Como todos tienen algo bueno, por malos que parezcan, hasta Nerón mismo en persona mereció una flor con rocío de lágrimas sobre su tumba, flor cultivada por un piadoso y agradecido recuerdo. Los horrores connaturales á la guerra comunista deben recordarse, como todos los espectáculos de combate y discordia, únicamente para inspirar odio al odio. ¡Cuán espantosas las guerras civiles! Y hay que presentarlas en toda su verdad á los ojos de nuestra generación, para que no vuelva nunca jamás á caer en sus espirales y remolinos de cóleras. La guerra entre París y Versalles fué feroz. No combaten los salvajes en las selvas, las fieras en los desiertos, por el mar los peces, por las escalas inferiores de la vida los animales en sus competencias, como combatieron aquellos ejércitos de gente civilizada en la capital del mundo moderno, que parece haber desprendido de su mente y cerebro la idea y el alma de nuestro siglo. Algunos incidentes bastan para mostrar esta verdad: el combate, por ejemplo, en la Magdalena. Las barricadas situadas en la calle Real defendían tal especie de fortaleza con denuedo, valiéndose de sus ametralladoras disparadas por el coraje popular airadísimo. Las tropas regulares, para evitar efusión de sangre mayor y seguir el plan de ataque trazado en su asalto á los reductos populares, apelan á una maniobra envolvente, y penetrando por calles vecinas y paralelas, aparecen á las espaldas de los comuneros. Al verse impedidos para toda retirada y en inminente peligro por los flancos, se acogen, ya rotos, muchos de los rebeldes en la iglesia. Los marinos y los soldados de Versalles entran enco-

leradísimos tras ellos, arremetiéndolos con el furor que suele gastar el vencedor en la inmolación y sacrificio del vencido. Allí, en la casa de Dios, bajo las bóvedas que recuerdan el cielo, donde tantas veces se han perdido los ecos de las oraciones y el humo de los incensarios; al pie de las aras extendidas bajo los simulacros y signos de la redención humana; en vez del centellear de las lámparas, el centellear de los fogonazos; en vez de los acentos del órgano, los silbidos de las balas; en vez de la plegaria y el cántico de misericordia, los juramentos execratorios del combate y del furor; en vez de la fe y sus esperanzas, la desesperación y la muerte dada y recibida entre sangrientos desvaríos; en vez del amor y piedad cristianos, la guerra cruel y antropofágica. Otro incidente no menos espantoso, el entierro de muchos comuneros vivos en los subterráneos, ó canteras, ó catacumbas de Claumont. Refugiáronse allí creyendo salvar la vida y encontraron la muerte. El frío los penetra. El terror, que se desprende de la oscuridad, los hiela. Quieren volver y no encuentran el camino. Quieren llamar y no los oyen. Por evitar las cóleras de los vivos se precipitaron en las habitaciones de los muertos. Al menos arriba morían á la luz, al aire, sobre los campos, de un golpe, de un tiro; aquí mueren lentamente, fríos y rígidos antes de llegar á cadáveres, enterrados por sí mismos, pudiendo llamarse sus propios verdugos y sus propias sepultureros. El hambre y la sed los sobrecoge pronto, uniéndose al terror y á la desesperación. Infierno aquel mudo, infierno frío, infierno solitario, donde sólo queda el ambiente indispensable para poder contemplar por algún tiempo cómo se acaba la vida. ¡Oh! ¡Cuántos envidiarían á los que, sobre sus cabezas, peleaban al sol y morían matando! ¡Cómo pedirían una de las balas á que huyeran! Por fin, la horrible agonía, generada por el hambre y por la sed, llega; y con esta agonía, los gritos de dolor, los ayes de desesperación, los llamamientos inútiles á la humana y á la divina misericordia, el desprenderse de los cuerpos sobre las piedras, el asirse al más próximo como



los náufragos, el resuello y el estertor, la muerte horrorosa entre los muertos. Pues lo mismo en las tumbas cercanas del padre Lachaise. Levántanse sobre agria colina. Los soldados tienen que subir aquel repecho á cuerpo descubierto. Los comuneros se parapetan tras las tumbas y disparan con mayor seguridad que sus contrarios, más certeramente. Los tristes sauces, las alamedas de cipreses, las calles de sepulcros, los altos monumentos fúnebres, las estatuas que rezan ó que lloran, el reloj de arena, el buho y la antorcha hacia abajo, todos aquellos signos de destrucción y aniquilamiento concuerdan á una con la terrible apocalíptica batalla. Los muertos están bien muertos, cuando no se despiertan al estruendo de las maldiciones, al tronar de las baterías, al terremoto producido por aquellos encuentros de dos ejércitos que han prometido, con sendos juramentos, exterminarse unos á otros. Cualquiera diría que los comuneros citaban allí á sus contrarios para reproducir las escenas de los hijos del ciego Edipo, y exterminándose ambos, encontrando la sepultura cerca del sacrificio. Dos días duró aquel combate, dos días seguidos por terribles y oscuras noches, en cuyas sombras se persiguieron y se mataron sin distinguir al enemigo del amigo, iluminados, como por fuegos fatuos, por los terribles fogonazos. Evocad los genios más trágicos de la historia, los que han creado el tormento de Prometeo, la triste ambición de Macbeth, la furia de Segismundo, la venganza de Medea, el hambre de Ugolino, los cuerpos de aquellos condenados en el juicio final de la Sixtina, los círculos infernales de Dante, y ninguno ideará escenas como las sucedidas en aquella horrible realidad. Acabemos. Al contar uno estos horrores, siente aglomerársele al corazón la sangre vertida en aquellas carnicerías y difundírsele por los nervios la electricidad tonante de aquellas tempestades. El historiador no tiene ánimo para juzgar y menos para maldecir. Pero lo que sí puede maldecir el ánimo, es la guerra, la horrible guerra, y, sobre todo, la guerra civil. Con este pensamiento y este propósito hemos

evocado en tal aniversario los recuerdos de la comunidad parisiense.

## II

Otra conmemoración se ha celebrado en Francia estos días, que, siendo esencialmente nacional, no ha podido reunir y sumar alrededor suyo toda la nación dividida en partidos, los cuales parecen imposibilitados de juntarse, ni en los senos del tiempo que forma la historia, ni en los senos del espacio que forma la patria. Me refiero al recuerdo y memoria del sacrificio de la famosa Juana de Arco, conmemorado en una gran función religiosa por el cabildo catedral parisiense dentro del hermoso templo que se llama Nuestra Señora de París. Pocas fiestas religiosas tan conmovedoras como esta, en aquella catedral, bajo cuyas bóvedas pasó la doncella heroica, y ante cuyos altares oró cuando iba desde los bosques de Lorena requiriendo á Orleans, y llevando en sus manos, acostumbradas al huso, la espada victoriosa que debía ser el eje de la monarquía, tan combatida como deshecha, y salvar á Francia del irruptor extranjero, hasta hendir con su punta, como con pacífico arado, el suelo, y abrir los surcos en que brotó después la indispensable unidad nacional. Que á esta obra política se haya unido la popular leyenda, y en esta leyenda los milagros de lo alto y las inspiraciones de la religión abunden, cosa es tan propia de la Edad Media y de su estado mental, que no debía maravillar á quienes, aun comentando la historia de un modo racionalista, saben cómo todos estos nimbos de poesía, cuya belleza inmaculada circunda las figuras históricas, tienen un resplandor en el cual no se altera ni disminuye, se aumenta y se depura, la verdad. Pero en el siglo de la tolerancia, ó, mejor dicho, de la liber-

tad, basta que la Iglesia católica muestre una propensión á cualquier lado, para que muestre la contraria el partido radical. Así, mientras el clero francés ha cantado himnos y dirigido loas á la santa libertadora, el radicalismo le ha puesto una corona en el simulacro sito cerca de las Tullerías, diciendo estas terribles palabras: «Quemada en una hoguera como bruja por el abandono de la monarquía y por el odio de la Iglesia.» No puede un punto detenerse, ni endulzarse un átomo el combate mortal empeñado entre los católicos y los radicales en Francia. Y como éstos quieren que se admita la Revolución francesa en su conjunto, sin excluir á Marat siquiera, los otros quieren que no toque á la democracia y á la república una pastora de Lorena, una heroína del pueblo, una sierva del terruño como la virgen mártir, nacida en los más oscuros abismos sociales, y alzada por el propio esfuerzo y por el martirio regenerador hasta las alturas del trono, representando una transformación cuyos resultados cedieron á la postre y fin en pro de la democracia y del derecho. No se puede juzgar á Juana de Arco desde una bibliotea contemporánea con el criterio engañoso de un radical positivista, sujeto á errores continuos en sus juicios políticos, y mucho más que en sus juicios políticos, en sus apreciaciones históricas. Pero no puede, no, desdeñarse por un pueblo armado hasta los dientes, circuido de inexpugnables fortalezas, pronto al combate por sus reivindicaciones y por sus desquites, figura histórica tal como la que al culto de los franceses ofrece una pastora convertida en héroe, que parece, «aun combatiendo», hermoso ángel de paz con una espada de luz en la mano, á cuyos filos diríase que se obtiene la victoria sin empleo de la matanza. Pero escribió Voltaire su criminal poema titulado *La Doncella*; y como hay, según los radicales, que admitir la Revolución francesa con los degüellos de Setiembre y las responsabilidades horribles de Marat, hay que admitir su preparación psíquica, la enciclopedia con los errores y con los sofismas y con las exageraciones del gran crítico Voltaire.

De aquí la intransigencia que hay en el fondo de los corazones radicales con la rehabilitación de Juana, y la protesta radical más ó menos exaltada contra su enaltecimiento proclamado por aquellos factores sociales representativos de la derecha política en Francia. Pero por la genealogía de los esfuerzos más próximos olvida el radicalismo la genealogía de los esfuerzos más lejanos, y no acierta, no, á saber la congruencia entre Juana de Arco, por ejemplo, y madame Rolland, servidoras ambas del progreso, y ambas mártires de dos ideas progresivas, que por anticiparse á sus respectivos tiempos, les valieron el suplicio en su guillotina y en su hoguera. Se han cometido crímenes, y muchos, en nombre de la libertad; se han cometido crímenes, y muchos, en nombre de la Iglesia. ¿Cómo cambiar la triste condición humana y su irremediable contingencia? Pero hay que reunir en una República legal y conservadora la libertad con la Iglesia. Y así, no puede ser una República, radical que generaría la dictadura cesárea, ni una República anti-católica, que generaría la reacción monárquica. El axioma de Thiers, ahora más que nunca reluce: ó la República será conservadora, ó no será la República. ¡Cuán cierto este apotegma todavía!

### III

Puesto que hablamos de conmemoraciones, hablemos de una escandalosa hecha en Alemania con los peores propósitos por el feudalismo rural, muy empecatado en atacar al emperador, porque representa éste ahora el libre-cambio en lo posible y firma tratados de comercio con Rusia. No conozco gente alguna en quien predominen los intereses sobre las ideas como los reaccionarios de nuestro viejo continente y del

nuevo. Quieren las antiguas instituciones históricas para su particular servicio. En cuanto estas, so el peso de una fuerza mayor, se ponen al servicio del progreso y en contra del privilegio, las combaten á una la furia demagógica. Esos ultramontanos, emperradísimos en que los fieles debíamos estornudar cuando el Papa romano estornudase, como estornudan los chinos cuando estornuda el emperador celeste, reniegan del Papa romano porque protege y ampara la República francesa. Como los belgas se amotinaron contra su amado César José II porque implantaba ideas regalistas en el imperio, los negreros del Brasil dejaron que al emperador Don Pedro se lo comieran la República y los republicanos en cuanto se acabó la esclavitud. Pues algo así en Alemania hoy acontece. Querían los rurales como á un padre y adoraban como á un Dios al emperador Guillermo, por fuerte, por absolutista, por militar, por reaccionario, porque lo creían venido á fomentar con su intolerancia los cultos históricos y proteger con el prohibicionismo los intereses rurales. Pero ha hecho el emperador con mucha fuerza de voluntad los tratados mercantiles, y el feudalismo campestre ha soltado para que lo persigan y lo acusen y lo muerdan todas las furias del Averno. Veamos la prueba. Un bibliotecario bávaro acaba de publicar un libro acerca del emperador Calígula y de su reinado. César es el alma del imperio romano, Augusto la organización, Tiberio el terror y la venganza, tras las cuales, por una ley lógica y moral, sobreviene sin remedio la fiebre ó el delirio de esta revolución social, y este delirio se llama Calígula. Saludado con alegría por el pueblo que le llamaba su polluelo y su hijo; saludado con júbilo por los senadores que sacudían una pesadísima esclavitud, pues enviaron la mayor parte de los suyos al suplicio por mandato de Tiberio; humilde por su carácter y aun dulce por su trato, parecía que con el joven Calígula iban á sonreír en la Ciudad Eterna días felices; pero como el poder absoluto, ese poder que los rurales germanos ofrecen por ideal de todas las virtudes y fuente de todos los

bienes, como el poder absoluto es una enfermedad terrible para quienes lo sufren y más terrible todavía para quienes lo ejercen, Calígula, viéndose allá en la cúspide altísima del mundo, pierde la cabeza, tórnase loco; el sueño huye de sus párpados, y pasa los días bebiendo vino caliente con enebro y las noches paseándose á la continua entre los pórticos parthenópeos, donde pide al mar que calle como ha callado el pueblo, porque le incomoda y le saca de tino hasta la elocuencia del universo; se acuesta en el lecho de púrpura y está inquieto, porque se ha enamorado de la luna, y la llama rogándola que baje á reclinar su frente argéntea en las almohadas como arroja los gladiadores enfermos á las fieras, porque la carne de viejo le sale más barata que la carne de buey ó de carnero; mata los hijos ante los padres para estudiar la verdadera expresión del dolor que no solían imitar los actores trágicos en escena; hiere con su cuchillo pontifical en un sacrificio al sacerdote y perdona la víctima; retira en día de calor su velario al teatro para ver si el pueblo se achicharra; llama pontífice y cónsul á su caballo convidando á que coman con él en un pesebre á los patricios; llena con polvos de oro y minio el circo empobreciendo á Roma; cabalga con un acompañamiento de caballería por el golfo de Basar, poniendo, para que su hipógrifo pueda por allí marchar, una tras otra las naves componentes de la marina imperial; vence desde su palacio á los alemanes con los cristianos y se hace decretar el triunfo; se cree superior á los hombres como los pastores á sus rebaños; declarase Dux y toma los atributos de Castor y se viste con la piel de Hércules y se coloca en los pies alas á guisa de Mercurio, y va en carro de marfil circuido por jóvenes desnudas que llama sus musas, pulsando como el Apolo délfico áurea lira y ciñendo corona de rayos en las sienes; con todo lo cual muestra de modo patente á las generaciones todas cómo el poder absoluto concedido á un hombre solo, es además de una degradación en la humanidad, un insulto escupido al Eterno. Evoco este retrato extraído de

cuanto refieren Suetonio, Tácito, Dión Casio, Plinio, Séneca, y demás escritores de aquellos tiempos, para que se vea la enormidad del atentado cometido por los reaccionarios bajo el cetro de Guillermo II contra su emperador y dueño al compararlo con Calígula. El bibliotecario de Berlín había trazado el libro acerca de Calígula, inspirándose para tal trabajo en los mencionados escritores, y sin acordarse cosa ninguna del emperador vivo, y mucho menos del emperador Guillermo. Pero la *Gaceta de la Cruz*, el órgano de los rurales, coge la pintura del bibliotecario, se la encaja encima con alusiones más ó menos embozadas al emperador Guillermo. Viejo republicano que nunca fué partidario de ningún emperador y menos del emperador Guillermo. Esta pluma empeñada por deber y por justicia en entrazar la crónica de los hechos contemporáneos, ha sabido criticar con justa severidad al joven emperador siempre que ha creído encontrarlo en falta. Pero escribe aquí ahora, movida por impulsos de justicia, en desinteresado y natural homenaje á la verdad, que nada tan odioso como el atentado de los rurales germánicos parangonando á un joven César moderno, creyente y moral lector del Evangelio y devoto de Cristo, con demente y desatentado emperador Calígula. Pero ¿qué remedio? Así son los reaccionarios.

#### IV

Preferible, muy preferible cualquier gobierno impersonal, por malo que sea, sube á los gobiernos personales, por buenos que parezcan. Así deploran todos aquellos que se interesan por la suerte de Francia, el cambio en la situación política significativo de un retroceso llamado á detener primeramente la instrucción y después la consolidación de nuestra

idolatrada República! O Francia se decide por tener una mayoría parlamentaria, ó Francia perderá sin remedio el régimen parlamentario después de haberlo establecido por su influjo moral y con su propio ejemplo en todo el continente. La indeterminación y las ondulaciones de una Cámara caprichosa y arbitraria dirigida por las emociones fugaces que trae consigo cualquier súbito suceso y cualquier arenga elocuente, siembran una incertidumbre y una perplejidad tales en los intereses, que todos ellos se hubieran sublevado contra los diputados si no pasase un fenómeno bien extraño, el abandono de la Cámara por el público sentimiento y por la pública conciencia. Se han acostumbrado los intereses á seguir el curso natural suyo prescindiendo del Estado, que cae un ministerio y sube otro sin oscilaciones en los valores públicos y sin mucho detrimento de la riqueza colectiva. Pero si pueden los intereses privados, por la fuerza impulsiva propia, cuando alcanzan la magnitud suma de los franceses, dirigirse como les plazca y según su natural movimiento, no acordándose del Estado, imposible suceda lo mismo con el régimen arancelario, con los tratados internacionales, con las alianzas diplomáticas, con las cuestiones coloniales, con tantas y tantas esferas del humano trabajo, de su actividad múltiple como pertenecen al gobierno y por ende habrán de resentirse con precisión de la inestabilidad continua y del cambio incesante á que los ministerios están en Francia condenados por una mayoría sin brújula y un gobierno sin voluntad. ¿Quién querrá tratar con el gobierno francés, cuando no cabe adivinar cuál orientación tomará en la próxima quincena el gobierno ahora existente? ¿Cómo procurar la combinación de un buen presupuesto, si á los proteccionistas pueden suceder sin género alguno de intervalo y espacio los librecambistas; si un ministerio socialista con el impuesto progresivo y el despojo de los herederos por todo lema, puede surgir de una votación y apoderarse del Estado? Aparecía el ministerio Perier con todas las condiciones de



vitalidad que desearse pueden para un gobierno deseoso, firme y la invocación al espíritu nuevo hecha por mi amigo Spuller á maravilla revelaba el pensamiento y la voluntad de fundar gobierno, recogiendo frenos capaces de moderar el movimiento demasiado rápido de la máquina, y pararla en su oportuna sazón. Cierta que disposiciones como las tomadas respecto de las leyes referentes á fábricas eclesiásticas, así como comparaciones poco meditadas entre Gambetta y Danton, enflaquecían un poco estos propósitos de firmeza y denotaban irremediables tendencias á la concentración republicana. Pero no hay que pararse mucho en reparos cuando se aprovechan viejos materiales para una nueva política: la orientación aparecía buena de suyo y plausible para todos. Pero, de pronto, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se juntan por una cuestión de suyo baladí, como el reconocimiento á los empleados en ferrocarriles de la facultad á sindicarse, los conservadores extremos con los extremos radicales, y echan por tierra un gobierno al cual no pueden reemplazar. ¡Qué decir de unos monárquicos, los cuales no sienten empacho alguno al unirse con los socialistas, y qué decir de unos socialistas, los cuales no tienen tampoco empacho alguno en reunirse con los monárquicos para derribar un gobierno republicano con detrimento de la República. En Inglaterra se suman á los torys hoy mismo los radicales, pero dentro de una disciplina común y para un común objeto, componiendo primero un partido de gobierno y luego un gobierno de verdadera pública elección. Pero en Francia se reúnen los partidos extremos para derribar un gobierno, sin que luego resulte de tal ayuntamiento ni siquiera un gobierno híbrido, resulta un gobierno contrario de los vencedores, el cual dura todo cuanto una conjunción inesperadísima y nueva tarda en presentarse. Ha reemplazado al ministerio Prier el ministerio Dupuy, á quien habíamos conocido ya en esta difícil operación de gobernar, sin que pudiera sostenerse, no obstante representar la concentración, por tener in-

gredientes radicales y conservadores, que disgustaban así á los unos como á los otros, sin tener fuerza para sobreponerse á todos, ni facultades para producir un programa, ni voluntad y deseo de tomar firmes resoluciones demostrativas de que deseaban ser un verdadero gobierno. Perier tenía dos excelentes condiciones: la primera su apartamiento de toda concentración republicana, y la segunda su carácter conservador. Así, en cuanto se ha salido de su ministerio, se ha impuesto la necesidad de un ministerio radical y han tenido que presentarse al Eliseo los dos más conspicuos representantes de tal política, el radical templado que se llama Bourgeois y el radical extremo que se llama Brisson. No conozco al primero, pero conozco y estimo al segundo muchísimo. Es el hombre mejor de Francia y de Navarra, pero sus virtudes, no las llamaré, por lo anticuado, estoicas, las llamaré protestantes, adolecen algo en política de lo que adolecían las ideas abstractas, según Bacón, en ciencia, como las vírgenes consagradas al Señor, de una completa esterilidad. Así, ha derribado un gobierno, pero no ha podido fundar otro. Le llamaron al Eliseo para que tomase sobre sus espaldas la pesadumbre del resultado traído por su incurable ceguera, y declinó la carga demostrando una irresolución en todo lo afirmativo y fecundo, sólo comparable con su resolución para todo lo negativo y aislador. Ha derribado un gobierno Perier, en quien debía reconocer franqueza y lealtad, para reemplazarlo con un Dupuy, que es el mismo Perier disminuido. Se amortiguan un poco los microbios de la política conservadora, pero subsiste, y si no subsiste vendrá muy pronto una determinación en cualquier sentido que saque á la política de su presente perplejidad. Hay quien supone que Perier se ha dejado arrollar con el objeto de irse para no gastarse ahora en la galera del gobierno, y poder presentarse mañana incólume ó inmaculado á la Presidencia. No puedo creerlo. Un hombre de su actividad mesurada, de su circunspección tranquila, de su firmeza valerosa, de su resistencia física, de su salud ro-

busta, de su concentrado patriotismo, sabe cuán honroso, pero cuán baldío es en Francia el cargo de presidente, y aspirará á otro, de mayores inquietudes y responsabilidad, pero también de mayor honra y provecho.

## V

La crisis ministerial de Francia y la crisis política de Inglaterra, tienen ambas á dos una gravedad inmensa. Necesítase toda la florida juventud y robustez de un estadista cual Rosebery para mantener sobre sus hombros el peso de una herencia como la de Gladstone, combatida con saña por poderosos elementos, y entre ellos muchos adscritos á las fracciones liberales, más enemigas del pueblo irlandés que los mismos conservadores ó torys. Así, le buscan las vueltas sus numerosos enemigos y le acribillan á dardos, dándole con sus inconsecuencias en rostro y repitiéndole viejos discursos, en cuyo contexto no creen hallar el entusiasmo de ahora por las reformas irlandesas. Entre aquellos que más se han distinguido poniendo á este gran ministro en pugna con su propia palabra, cuéntase un radical como Chamberlain, quien, después de haber llegado hasta los límites de la república y sentido escrúpulos para en su propia ciudad y distrito, de los cuales era diputado y alcalde, recibir con los honores debidos al príncipe de Gales, cae ahora con un salto atrás enorme de espaldas al pie de la reacción inglesa y de los petrificados reaccionarios. Así, nada más fácil á Rosebery que irse al pueblo mismo de Chamberlain y sacarle al rostro los colores con ruidoso desquite, demostrándole cómo sus ideas han variado, cual varía la fronda de ciertos árboles en periodos, ninguno de ellos superior en duración á un lustro. A cada cinco años desde su entrada en la vida parlamentaria, según Rose-

bery, ha presentado su contrincante un programa en sucesiva serie continua, pero contradictorio con el anterior. Y con este motivo, el primer ministro aprovechó la ocasión para demostrar una fidelidad inquebrantable á los dos principios que ahora privan en las escuelas liberales británicas al principio del gobierno de los irlandeses por sí mismos y al principio de una modificación profunda en los privilegios del cuerpo aristocrático parlamentario, tal como se hallan hoy, por obra y virtud del escrupuloso respeto británico á su Constitución secular, no escrita en parte alguna, y á sus costumbres que amparan un derecho consuetudinario. Con efecto, si observa uno la grandeza enorme adquirida por Inglaterra en sus antiguas leyes, y el arte puesto en salvarse de las reacciones ó de las revoluciones, á cuyos dobles golpes nosotros hemos tantas veces sucumbido, siente una especie de terror ante la imprescindible necesidad, hoy por todos sentida, de tocar máquina tan maravillosa del humano progreso. Pero cuando se recuerda que pretende un veto absoluto, después de haber la corona perdido el suyo, más antiguo y más respetable, como representante, no de una oligarquía patricia, cual el Senado inglés, del alma secular y una de un Estado como el británico, no puede sino pedir algunas alteraciones, las cuales, sin tocar á lo esencial del segundo Cuerpo legislativo que han acabado por imitar hasta los lógicos franceses, convierta su veto absoluto en veto suspensivo, para que no puedan los menos nunca sobreponerse á la voluntad y al derecho de los más, usurpando la inapelable voluntad nacional. Y esto será con seguridad lo único que podrá intentarse contra el Senado inglés, á quien pertenece, por su nacimiento, el mismo patricio encargado de disminuir sus prerrogativas sin detrimento y mengua de su importancia. Pero no hay que forjarse ilusiones; como se retenga la reforma restrictiva del derecho de los lores en retardos considerables, podría la opinión pública crecer contra ella en desmesurado crecimiento y amenazarla con una extinción á la cual coad-

yuvaría mucho su loca y ruda resistencia. Si como resiste á un principio, en la isla metropolitana tan impopular, como el derecho de los irlandeses á su autonomía, resistiese cualquier otro principio progresivo, el sufragio hasta sus límites últimos, el sufragio universal, por ejemplo, correría gran peligro de hundirse para siempre y desaparecer bajo el anatema de una elección incontrastable. No hay peligro ahora de tal crisis, porque Londres y lo que se llama Inglaterra, hoy hállanse contestes en rechazar el proyecto irlandés y no herir á la Cámara que acaba de prestar á sus viejas supersticiones isleñas un tan eminente servicio. Pero cuando un ministerio compuesto de patriotas y oradores como Harcourt tan autorizado, como el sabio Morley tan oído, como Aquisth tan polemista, como Rosebery mismo, tan grande señor, se le revuelve en contra, córrese peligro de un movimiento en la opinión despertado, á cuyo término sucumbieran los privilegios contrarios al progreso, como sucumbiría la corona, con ser mucho más popular que la Cámara, si opusiese un veto sistemático y contrario á la voluntad del Parlamento.

## VI

La cuestión del matrimonio civil continúa promoviendo en el pueblo húngaro muchas y muy grandes agitaciones. El centro de ellas pasa hoy desde Pesth á Viena. Entre las prerrogativas que la constitución húngara concede al poder monárquico, hállase la facultad del nombramiento de pares á porri- llo, facultad cuyo ejercicio reclama hoy en su provecho y en su pro el ministerio Wekerlé, derrotado por la Cámara noble y sostenido por la Cámara popular, pasando allí exactamente lo mismo que ha pasado en Inglaterra con las reformas de Irlanda. Parece que no ha querido el emperador co-

rrerse mucho en materia de promesas, y se ha solamente limitado á darle carta blanca en las amenazas pero negras restricciones en los nombramientos. La ley vuelve al Congreso, y el Congreso volverá de suyo á sostenerla. Volverá del Congreso al Senado, y el Senado volverá entonces á rechazarla. Entonces Wekerlé suspenderá las dos Cámaras en el acto hasta después del Octubre próximo. Y en el Octubre próximo la ley se presentará nuevamente, y si resistiese la Cámara noble al deseo de la Cámara popular y del pueblo húngaro, decretarásela la hornada de senadores y saldrá como se quiera la ley. Yo no puedo comprender los escrúpulos religiosos opuestos al matrimonio civil. El derecho nuestro en este punto se compone de la jurisprudencia judía y de la jurisprudencia romana. Pues bien; lo mismo en una que en otra jurisprudencia, predominaba el carácter civil sobre el carácter religioso en los matrimonios. María y José puede asegurarse que se casaron civilmente. Ana y Joaquín habían provisto á la tranquilidad completa de María, prometiéndola desde su niñez á un artesano de muy buenas condiciones y de una santidad natural. Por tres fases pasaban las bodas en estos tiempos de José y María. Primero se prometían los novios, después se desposaban, por último, se casaban. La promesa indicó solamente allí la mutua propensión de los novios. Festejar le llaman á esto en unas provincias españolas, festear en otras; arrullos de verdaderos enamorados, entrevistas gozosas, llenas todas á una de ilusiones y esperanzas. Las jóvenes prometidas de cualquier aldea ó pueblo daban al viento su cabellera en ciertos días del año, vestíanse de blanco, y danzando por las viñas en flor, cantaban severos epitalamios, cuyos acentos conjuraban á sus novios para que atendiesen, no tanto á la belleza y á la gracia femeniles como á los informes recibidos de sus familias, pues la gracia y la hermosura se van y la virtud queda; como que sólo recibirá perpetuas alabanzas la mujer temerosa de Dios. Los desposorios venían luego. Acto de la mayor importancia, siquier

no fuese la posesión definitiva, ni el matrimonio acabado. Como antes los novios tan sólo cambiaran promesas, en este minuto se daban mutuamente la palabra de matrimonio. Entre los desposorios y la boda pasaban doce meses; pero la palabra unía en tales términos á los desposados, que si la novia faltaba por cualquier motivo, lapidábanla como á las adúlteras. Un largo procedimiento civil precedía en aquel tiempo al definitivo arreglo. Los tratos y contratos duraban mucho. El matrimonio era una compra de la mujer por el hombre. Los hermanos del novio regateaban como en cualquier simple mercado el precio á dar por la novia y el número de los regalos. El padre concluía por fijar la tasa de tal venta, pedida por su futuro yerno. Este se hallaba en el caso de admitir ó rehusar. Una vez admitida, pagaba ó en dineros, ó en especies, ó en servicios. Yerno recuerda la Biblia que se vendió por esclavo del suegro. Verificábanse los desposorios reuniéndose las dos familias con testigos extraños, y mandando el desposado, bien á la desposada, bien á su padre, si la desposada no había salido de la menor edad, anillos de oro, joyas de precio, palabras y promesas de honor, lo cual en tales términos y con tantos vínculos estrechos lo unía y ligaba con su prometida, que se consideraban ya como casados, pues la muerte solamente podía romper é invalidar aquél trato, prólogo de una boda remitida para un año más tarde, á fin de que tuviese la novia tiempo de reunir su ajuar y coser sus galas. Durante aquel año, posterior á la promesa y anterior al matrimonio, las leyes hebreas cuidaban del desposado con tal solicitud, que no podían alcanzarlo de ningún modo las levadas del ejército, y se le prohibía terminantemente pasar por ningún cementerio ni asistir á ningún entierro, con el fin de que su corazón sólo se abriese al más puro y más intenso y más exaltado regocijo. La edad para contraer matrimonio era, el minimum se entiende, de doce años en la novia, de diez y ocho en el novio. La boda se concluía siempre al crepúsculo vespertino, cuando acababa el sol de trasponer

los cielos y sólo se veían arreboles comparables al rubor encendido en las mejillas de una virgen. Los parientes, siquiera fuesen lejanos, acudían á casa de la novia para conducirla en procesión al hogar, donde la esperaba el novio. Como á los entierros iban plañideras encargadas de producir endechas y elegías, á las bodas iban comadres regocijadísimas encargadas de producir epitalamios. Las doncellas, vestidas de blanco, con coronas de mirtos adornadas, llevando en las manos lámparas alimentadas por aceites y resinas, rodeaban á la muchacha objeto de tal fiesta, que lucía una diadema en sus sienes y brillaba por sus arreos y por sus adornos entre todas y sobre todas, acompañadas de orquestas, á cuyas cadencias bailaban parejas de ambos sexos en danzas concertadísimas y alegres, muy semejantes á las usadas hoy en todos los pueblos españoles, donde han dejado recuerdos vivos las razas semíticas. Tras esta procesión había una cena, donde parecía cosa de rúbrica regocijarse hasta la demencia, pero sin caer en la embriaguez. Los viejos no estaban exentos del universal regocijo, y á veces en sus alegrías y transportes superaban á los jóvenes. Como todas estas disposiciones se hallaban á una en la tradición rabinica, en los libros de las leyes, en la Biblia y en el Talmud, todas estas disposiciones debieron observarse por natural razón en familias de suyo tan escrupulosas y observantes como la familia de María. Mas debemos fijar el pensamiento de quien leyere nuestras observaciones sobre esta particularidad, muy digna de meditarse, que no tenía carácter ninguno religioso entonces el matrimonio judío. Al templo no se acude para cosa ninguna. El sacerdote no aparece. Hay allí un contrato civil más que una ceremonia litúrgica. La bendición proviene del padre, no del sacerdote. La escritura y el notario sustituyen lo que podríamos llamar presencia de personas consagradas el sacramento. Moisés no había prescrito nada respecto á la intervención sacerdotal en este acto de unirse públicamente los cónyuges; y Esdras, al refundir los sacros libros, había repetido el silencio de Moisés. Todo



cuanto se hacía estaba consagrado en las tradiciones rabínicas; pero no gozaba de ninguna otra especial autoridad. Los profetas y demás escritores á quienes debemos asenso, nos hablan del matrimonio judío en términos que vienen á corroborar todas las afirmaciones nuestras. San Mateo, en su apólogo de las vírgenes fatuas y de las vírgenes prudentes, háblanos del acompañamiento usual en las bodas y de las lámparas encendidas por las muchachas doncellas en la procesión de los esposos. Isaías, para encarecer cuánto ama en su corazón á Jehová, dice: «Por gran manera se gozará mi espíritu en su Dios, porque me vistió con vestiduras de salud, me abrigó con la capa de su justicia, y como á novio me atavió, y como á novia compuesta con sus joyas.» Salomón habla en los términos siguientes: «¿Quién es aquesta que sube del desierto como columnita de humo zahumada de mirra y de incienso y de otros cien aromas?» El rey Salomón se talló un tálamo nupcial en madera del Líbano, con columnas de plata, fondo de oro, cielo de grana, recamado con labores epitalámicas por las doncellas de Jerusalén. Y Jeremías dice: «¿Olvidase la doncella de su atavío y la desposada de sus sartales? Pues el pueblo mío hase olvidado de mí por días que no tienen número.» Y Ezequiel compara Jerusalén, la ciudad santa, con una novia, y le dice: «Y te lavé con agua; y lavé tu sangre de encima; y te ungué con aceite; y te vestí de bordado; y te abrigué con pieles de tejón; y te adorné con linos y sedas; y comiste flor de harina de trigo, y mieles, y aceite, y fuiste por extremo hermosada de mí hasta reinar.» Y el célebre libro de Ruth confirma todo cuanto hemos dicho, cuando refiere cómo Booz la tomó por esposa con sólo darle algunas prendas en señal de compra y traer como testigos de su contrato á dos ancianos de Israel. No se procedía de otra suerte allá en la centuria primera del cristianismo, y como no se procedía de otra suerte, con tales y tan viejas ceremonias y usos debieron casarse María y José. Y lo mismo en el derecho romano, por tal modo el culto de Vesta

sobrepujaba naturalmente á todos los cultos romanos, que los matrimonios no se celebran en el templo como entre nosotros se acostumbra generalmente: celebrábanse de antiguo en el hogar, como santuario más propio de la familia y más guardador de sus particulares tradiciones. La promesa de casamiento, dada siempre al novio por el padre de su prometida, se da en presencia del sacro fuego doméstico; la renuncia formal y solemne á las hijas y á la potestad sobre todas ellas consiguiente también se verifica sobre las aras del hogar y á presencia de su llama; una viva oliente antorcha precede á la novia, quien, vestida de blanco y coronada de flores y cubierta de velos, pasa desde la casa paterna á la casa matrimonial; y cuando ha entrado aquí sin tocar en el dintel, como los dentro nacidos, lo primero que debe hacer para tomar sus sacros caracteres de verdadera esposa, es ir á la lumbre de su hogar nuevo y cocer una torta, que, después de haber ofrecido á sus progenitores conmemorados en mil siglos varios, parte con su esposo, iniciando así la consustancial comunidad interior de sus ideas y de sus afectos. En el culto profesado á sus gentes por el romano antiguo no debe maravillarnos que Vesta levantara su cabeza sobre todas las divinidades y tuviera de suyo entre todas ellas una incontesable superioridad idéntica en su fondo á la que tenía la familia sobre todas las viejas instituciones. El padre, la matrona, el hogar, la patria potestad, el rito familiar, los clientes, los abuelos y progenitores, los manes del ascendiente, la religión de los muertos, los nombres propios y los cognómenes, ciertos privilegios políticos, ciertas dignidades religiosas, todo lo más esencial y respetable de aquella sociedad, todo iba unido indisolublemente á esta institución de la familia que generaba, no sólo el Estado, sino toda la romana sociedad. ¿Por qué perdería el matrimonio en los pueblos católicos el carácter civil que le han dado la Ciudad Eterna y la Biblia hebrea? Pues á esta sencilla y natural innovación se resisten los magnates húngaros en tales términos, que Wekerlé ha pre-

sentado su renuncia, dejando el poder, y los partidos liberales tocan el cielo con las manos. Y tienen razón en verdad. No se puede resistir así á la justicia y al derecho.

## VII

La cuestión de Oriente se asombra y oscurece mucho por los sucesos ocurridos en la última semana. Cuando los griegos se declaran en bancarrota y los búlgaros se deshacen de un gobernante como Stambuloff, que ha podido preservarlos al pesadísimo agradecimiento con Rusia, y los serbios entran en el periodo de los golpes de Estado, y los transilvanos toman aire de protesta revolucionaria, bien puede asegurarse que las regiones y los horizontes orientales ofrecen una muy densa nube y amenazan aún con originar la temible y espantosa catástrofe de una conflagración universal. Siempre temimos á la inexperiencia del joven Alejandro y al ascendiente natural que debía ejercer sobre su persona y sobre su política, un ser tan inquieto y avasallador como el rey Milano, cuyas retiradas más bien obedecían á una estrategia de conspirador y guerrillero que á una política de verdadero repúblico. Así, después de haber entrado en su mayor edad, no por la puerta franca y abierta que le ofrecían el derecho constituido y las disposiciones legales tomadas con motivo de la triste abdicación del rey Milano, sino por la ventana de prematura conspiración, en cuyos incidentes y saltos corrió el riesgo de romperse la crisma y encontrarse de buenas á primeras en una revolución, se puso á jugar Alejandro con fuego. Pues bien; dueño y árbitro de haber ido más lejos todavía, cuando se arrestó á tomar el gobierno contra las leyes y á pesar de las leyes, el buen rey Alejandro asesta hoy mortal golpe de Estado á su propio golpe de Estado, y sobrepone una legalidad vio-

lenta é informe á la misma legalidad que él fundara y produjera por una voluntariedad de su albedrío y por un impulso de su corazón. La Constitución del 88 parecía como la carta verdadera de la emancipación del pueblo serbio, según su propio dicho, y así la considerábamos frente de la Constitución del 69 dictada bajo los cañones del conquistador, y cuando Turquía ocupaba con sus soldados aún la fortaleza de Belgrado y ponía por ende su rodilla sobre la garganta de Serbia. No mucho, pues, que entre las dos constituciones medie un abismo, como que una Constitución es semi-absoluta, la restablecida, y es Constitución democrática la abrogada. Para más persuadirse á calificar el carácter de la una y el carácter de la otra, baste decir que por la Constitución del 69 nombra la monarquía una parte de los diputados, y por la Constitución del 88 los nombra todos el pueblo. ¡Cuántos riesgos, pues! Y no ha bastado con los riesgos políticos que corriera el monarca serbio, también ha corrido lo que podríamos llamar riesgos religiosos. Y estos riesgos estriban en haber mostrado al pueblo que así como la monarquía puede cambiar á su antojo los pactos fundamentales, también puede cambiar á su antojo la Iglesia los cánones eclesiásticos. Cuanto él ha hecho revocando el código fundamental, halo hecho también la clerecía revocando la sentencia de separación entre Milano y Natalia, cuyo divorcio había con muchas solemnidades pronunciado por creer esta medida congruente y en armonía con el derecho canónico. Y para que todo esto huelga más y más á conspiración, el gran conspirador, el rey Milano, está en la corte y en el palacio dirigiendo á su sabor la política, cual si fuera su abdicación mero conjunto de vacaciones juveniles, y no fruto meditadoísimo de su conciencia y de su voluntad soberanas, conducentes al bien de su Estado y al esplendor de su dinastía. No se puede conspirar con tal escándalo, pronunciarse acompañado de los militares con agravio de las leyes, forzar en una orgía palatina los regentes á dimitir, abrumar con procesos la paciencia de los

repúblicos más conspicuos, disolver Cámaras sin derecho á ello, tomar el gobierno sin otra superior autoridad que su propio capricho, reanudar matrimonios disueltos, imponer decisiones canónicas á una iglesia que debe aparecer independiente y no servil, armar todos estos desórdenes ó embrollos, y luego querer que arriba reine una majestad personal superior á la impersonal majestad de las leyes, y abajo un respeto y obediencia rotos por los crímenes perpetrados arriba. Así no debe maravillarnos que tras todos estos desaguizados aparezca la sombra de los Karas, competidores depuestos del trono por los Miloschos reinantes, y con los Karas, promesas muy solemnes de respeto á las leyes y acatamientos muy encarecidos á la voluntad nacional, y como quiera que los Karas estos, la dinastía caída, se hayan unido en alianzas estrechas con el principe Nikita de Montenegro, no debe tampoco maravillarnos que de violencia en violencia, y de salto en salto, y de golpe en golpe, llegue Alejandro de Serbia, ó aquel que gobierna en su nombre, al extremo de expeler y expulsar de allí nada menos que á familias y aun á tribus montenegrinas enteras, con grave daño de la paz pública y mucho riesgo de un conflicto entre los pueblos grego-eslavos, el cual conflicto entre los pueblos grego-eslavos pudiera traer otro conflicto entre Austria y Rusia, el cual conflicto entre Austria y Rusia pudiera traer la conflagración universal, de cuya calamidad quiera el cielo preservarnos y redimirnos á tiempo. Mas no serena mucho nuestro ánimo el estado de Serbia.

### VIII

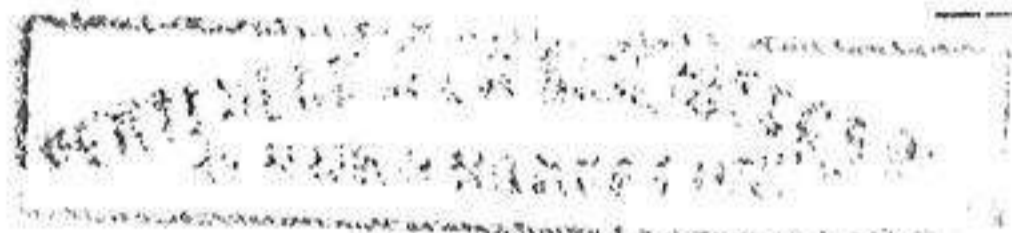
Y no menos asombro nos ha causado que el golpe de Alejandro en Serbia, la conclusión y acabamiento del poder de Stambuloff en Bulgaria. Pocos hombres han ejercido una in-

fluencia tan extraordinaria sobre los pueblos como este hombre de dictadura y de combate, quizá en correlación estrecha con esos medios ambientes, como se dice ahora, ó Estados y gobiernos, donde hay en la entrada un frontispicio soberbio con todos los principios del derecho moderno, y luego en realidad infame dictadura con látigo y espuelas, que á los ciudadanos, libres de nombre, siervos en realidad, oprime y azota. Pero, con esto y con todo, quien desde maestro y dómine se levantara en alas de su suerte á la jefatura de un gobierno como el gobierno búlgaro, y rompiera un tratado como el tratado de Berlín unificando las dos Bulgarias, y supiera ocurrir á la retirada de Battemberg con la exaltación de Coburgo ó se redimiera de la coyunda moscovita sin promover una guerra, y se ganara los buenos oficios de Italia é Inglaterra, poniendo de su parte la triple alianza sin desmerecer en el concepto de Francia, y administrara con celo y obtuviera del Sultán grandes concesiones, y marchara sin muchos tropiezos, habráse granjeado un favor en la opinión pública tan grande, y un papel en la política europea tan importante, que su desaparición parece un sueño, y como á sueño se la cree determinada por los mayores absurdos. Hay quien dice que le han sorprendido en aventura galante y obligádole á ofrecer su dimisión para lavar con sangre la herida hecha en el honor de un compañero del ministerio, y hay quien dice que, muy molestado el príncipe Fernando por su opresora política y por sus obsesiones constantes, y por su poder muy superior al poder de la realeza misma, se ha de cualquier incidente asido con habilidad, y lo ha puesto en la calle sin escrúpulo; y esto le sucede cuando acababa Crispi de mostrarle todo el crédito que merecía en los consejos europeos el recién fundado reynecillo; cuando se desmedraba el reino serbio, su rival, á diario; cuando en el combate con Grecia se había procurado ruidosísimas victorias; cuando el Sultán se alababa de volverse á su causa y de prestarle su sombra; cuando había obtenido la fundación de nuevas prelacías búlgaras

en Macedonia tan codiciada por sus conciudadanos; cuando parecía más despejado su horizonte y más firme su base y más luminosa su estrella y más fija la rueda de su fortuna en el anhelado logro de mil venturas y en el presentimiento de venideras victorias. Así no debe maravillarnos que haya causado tanta extrañeza su derrota y promovídose con ocasión de ella tantas contradictorias manifestaciones, las cuales han degenerado hasta en una perturbación verdadera y traído á muchos el convencimiento de que no puede vivir Bulgaria sin un dictador al cual debe haberse libertado del yugo de Turquía y del agradecimiento con Rusia. La primer idea concebida por el príncipe Fernando, al verse huérfano de quien le dirigiera y le cuidara como un padre, fué dar el poder á sus más próximos correligionarios, entendiéndose con Grecoff para la formación de un ministerio parecido al anterior y precedente gobierno. Pero los amigos cercanos á Stambuloff han comprendido que serían sin el dictador un cuerpo sin cabeza, y han rehusado componer el nuevo ministerio, dejando libre campo á la voluntad y prerrogativas reales que muchas gentes creían secuestradas por el favorito, verdadero monarca sobre quien se levantaba y erguía un rey meramente honorario, con la lista civil y el tratamiento de alteza, pero sin autoridad y sin poder efectivos. Así no es maravilla que por todas partes corran los más siniestros augurios acerca de la suerte revelada por el cielo al principado, huérfano de su mayor estadista. Esparemos que se aclare mucho el cielo aquel y que se aleje cada día más la guerra europea. Y, sin embargo, cuán pocas esperanzas se vislumbran en las últimas noticias; viaje del rey serbio Alejandro por Europa con ánimo de exculparse, grande agitación en Transilvania por la sentencia cruel fulminada sobre los patriotas rumanos, renuncia de Werkerlé y manifestaciones hostiles á ella en Pesth, desórdenes en Sofía. Dios nos tenga de su mano.

EMILIO CASTELAR.

## REVISTA CRÍTICA



**P**rosiguiendo sus trabajos sobre las recíprocas influencias de España é Italia, el escritor napolitano Benedetto Croce, á quien se refiere nuestra Revista anterior, ha leído en sesión de la Academia Pontaniana, el 11 de Febrero de 1884, una segunda memoria sobre *La Corte española de Alfonso V de Aragón en Nápoles*. Con el reinado de aquel memorable conquistador, de quien dice Paulo Giovio que plantó en Italia la raza española para que en ella reinase largo tiempo (*qui primus Hispanici sanguinis stirpem, ut diu regnaret, Italiae inseruit*), comienza lo que el Sr. Croce llama *la españolización de la Italia meridional*, que se adelantó en medio siglo á la del resto de Italia.

Y claro es que aquí no se trata del mero hecho de la conquista, sino de relaciones más íntimas que después de ella nacieron, de un contacto no hostil sino familiar entre ambos pueblos, de un comercio de ideas, de costumbres y también de productos literarios. Aumenta la importancia del caso el haber coincidido precisamente los tiempos del magnánimo Alfonso (á quien nuestra historia patria no ha consagrado todavía un monumento digno de su gloria) con el período culminante del Renacimiento clásico y de la cultura de los humanistas, la cual totalmente se enseñoreó del ánimo de aquel gran monarca, y no sólo encontró en él uno de sus más es-



pléndidos y magníficos patronos á la vez que un discípulo ferviente, sino que le movió á difundirla entre sus súbditos españoles, si no con gran resultado inmediato (porque ninguna cosa aparece perfecta desde sus principios), á lo menos con loables y eficaces esfuerzos que preparan y anuncian las glorias de la centuria siguiente.

De Alfonso V, guerrero y conquistador, se ha escrito bastante en Italia y en otras partes, por ser sus hechos de los más capitales en la historia general del siglo xv. Poco se ha hecho en España, donde los novísimos historiadores de la Corona de Aragón apenas han añadido cosa de sustancia á la exacta y copiosa narración de Zurita. Pero el aspecto literario, que tratándose de Alfonso V, es por ventura no menos interesante que el político, ha llamado la atención de nuestros eruditos antes que la de los extranjeros, y ha de reconocerse á D. José Amador de los Ríos, entre tantos otros méritos de investigación y de crítica, el de haber comprendido antes que otro alguno la especial importancia de este asunto, dedicándole dos largos capítulos, de los mejores del tomo vi de su *Historia de la literatura española*, en que discurre ampliamente sobre el *Carácter general de las letras, bajo el reinado de Alfonso V de Aragón*, y sobre los poetas latinos, castellanos y catalanes de su corte (1).

En todos los ensayos de historia general del humanismo intentados hasta ahora en Alemania, hay algo que, más ó menos directamente, atañe á Alfonso V, considerado como Mecenas del Panormita, de Philelpho, de Lorenzo Valla, de Eneas Silvio, de Aurispa, de Jorge de Trebisonda, etc.; pero no sólo descuidan tales autores el punto de vista español del

---

(1) De D. Francisco de Paula Canalejas, hay sus *Estudios de Filosofía, Política y Literatura* (Madrid, 1872), un artículo apreciable, aunque breve, sobre la conquista de Nápoles por Alfonso V, con nota de algunos documentos del archivo de la Corona de Aragón comunicados al autor por D. Manuel de Bofarull. Este trabajo parece haberse ocultado á la diligencia del Sr. Croce.

asunto, sino que aun afirmando, como lo hace Burckhardt en su admirable libro, el especial carácter que la dominación española imprimió al Mediodía de Italia, no entran á explicar las causas y condiciones de este fenómeno, ni la mutua transformación de aragoneses y napolitanos hasta refundirse casi en una misma sociedad. El primero que ha llamado la atención sobre este nuevo y curioso tema es Gothein en su obra sobre *El Desarrollo de la cultura en el Sur de Italia* (Breslau, 1886), en cuyos capítulos IV y VI, con ocasión de estudiar, ya los elementos extraños que en aquella cultura se mezclaron, ya las relaciones entre los humanistas y sus protectores, trae indicaciones críticas muy luminosas y de alto precio.

Claro es que una Memoria de 30 páginas (que no tiene más la del Sr. Croce) no ofrece bastante espacio para tratar una materia tan vasta, la cual requiere un libro entero; y ojalá que la diligencia de algún español se adelante á darnosle, antes que la erudición extranjera se apodere de este argumento, como sucesivamente ha venido apoderándose de casi todos los que tocan á nuestra historia intelectual; lo cual si por una parte es para envanecernos por la mucha atención que fuera de aquí se presta á nuestras cosas, por otra nos llena de pesadumbre al contemplar nuestra desidia; y gracias si de desidia no pasa y no se convierte en irritante mofa ó en detracción estúpida, que es uno de los medios más seguros de disimular la ignorancia en que vivimos de lo que más de cerca nos importa.

Pero aun dentro de los estrechos límites en que el Sr. Croce ha querido encerrarse, su trabajo está lleno de detalles curiosos y tiene además el mérito de llamar la atención sobre ciertos puntos en que ni Amador ni Gothein ni otro alguno que yo tenga presente han reparado.

Una de las cosas que debemos al Sr. Croce es la reivindicación del carácter español de Alfonso V, que nunca fué anulado en él por su carácter de príncipe del Renacimiento. La opinión vulgar, aun en España, de que Alfonso V se italianizó

por completo entre las delicias de Nápoles, y no volvió á acordarse ni de su reino aragonés ni de su patria castellana, ha nacido de muchas y diferentes causas: de la soberbia pedantería de los humanistas italianos del séquito del rey, que en sus dedicatorias, panegíricos é historias retóricas, afectaban considerarle como gloriosa excepción dentro de un pueblo bárbaro; de la preocupación fuerista de los aragoneses que jamás miraron con buenos ojos á los príncipes conquistadores ni se entusiasmaron gran cosa con las empresas de Italia por mucha gloria que les diesen, sino que aun siguiendo como á remolque el movimiento de expansión de los catalanes por el litoral mediterráneo, preferían siempre la vida modesta dentro de su propia casa regida por el imperio de la ley, y se enojaban, quizá con razón, de los grandes dispendios á que la política exterior de Alfonso V les obligaba, y del alejamiento en que vivía del reino, por más que gracias á esa política y ese alejamiento pesase tanto el nombre de Aragón en la balanza de Europa; finalmente, de la mala voluntad que en todos tiempos y más en los presentes han solido manifestar los escritores catalanes contra los príncipes de la dinastía castellana, sin que todos los esplendores de su gloria, que para el caso se identifica y confunde con la de Cataluña, hayan defendido á Alfonso V de la animadversión que allí generalmente reina contra su padre, el Infante de Antequera.

Así ha llegado á acreditarse una leyenda, que no soporta el examen crítico. Alfonso V, uno de los más grandes hombres que ha producido España, nunca dejó de ser muy español en sus ideas, hábitos é inclinaciones. Cuando entró en Nápoles tenía cuarenta y seis años, y á esa edad ningún hombre se transforma ni olvida ni puede hacer olvidar su primitiva naturaleza. Así es que nunca llegó á hablar bien el italiano, y rara vez usaba otra lengua que la nativa. *La Maestà del Re parla spagnuolo*, dice Vespasiano da Bisticci. Y este español no era el catalán, sino el castellano, con deajo aragonés, como lo prueba aquel famoso dicho con que exhortaba al estudio á los

jovencillos de su corte, según refiere Juan de Lucena en la *Vita Beata*: «*Váyte, váyte á estudiar.*» Croce hace notar muchos rasgos eminentemente españoles de su carácter: su fe robusta, su fuerte religiosidad, que contrastaba con el naciente escepticismo de los humanistas italianos; su amor á los estudios teológicos; su espíritu caballeresco; y hasta en los extremos de su pasión por la bella Lucrecia de Alagno (1) quiere reconocer algo de la galantería española.

Tampoco ha de tenerse á Alfonso V por príncipe iliterato antes de la época de su iniciación en la cultura de los humanistas, ni menos admitir la leyenda que le supone estudiando latín á los cincuenta años. Alguna fe merece el texto de la *Comedieta de Pouza*, que el marqués de Santillana compuso precisamente en el mismo año de aquella batalla naval, es decir, en 1435, ocho años antes de la entrada triunfal de Alfonso V en Nápoles, y precisamente el mismo año en que el rey de Aragón conoció en Milán á Antonio Panormita, que pasa por su principal preceptor de humanidades. Pues bien; el marqués de Santillana, que evidentemente nos retrata al Alfonso V de la primera época, infante revolvedor en Castilla más bien que rey de Aragón, dice de él en términos expresos:

¿Pues quién supo tanto de lengua latina?  
 Cá dubdo si Maro se eguala con él:  
 Las sillabas cuenta é guarda el acento  
 Producto é correpto;...  
 Oyó los secretos de philosophía  
 E los fuertes passos de naturaleza  
 .....  
 E profundamente vió la poesía.

Habrá la hipérbole que se quiera, pero tales cosas no pudieron escribirse de quien ya en aquella fecha no hubiese

---

(1) Acerca de esta famosa dama de Alfonso V, escribió en 1885 unas *Noticias históricas* el mismo Croce, y al año siguiente, una monografía más extensa Filangieri, en el tomo IX del *Archivio Storico Napoletano*.

dato pruebas relevantes de su amor á la cultura clásica, en aquel grado ciertamente pequeño en que á principios del siglo xv podía adquirirse en Castilla y Aragón; suficiente, sin embargo, para preparar su espíritu á aquella especie de embriaguez generosa, de magnánimo entusiasmo por la luz de la antigüedad, que se apoderó de él en Italia, y que allí le encadenó para el resto de sus días, convirtiéndole en cautivo voluntario de los mismos de quienes había triunfado. Entonces empieza el segundo Alfonso V, el Alfonso de los humanistas, que es complemento y desarrollo, no negación ni contradicción, del primero: el que entra en Nápoles con la pompa de un triunfo romano, el que con aquella misma furia de conquista, con aquel irresistible ímpetu bélico con que había expugnado la opulenta Marsella y la deleitable Parténope, se lanza encarnizadamente sobre los libros de los clásicos, y sirve por su propia mano el vino á los gramáticos, y los arma caballeros, y los corona de laurel, y los colma de dinero y de honores, y hace á Jorge de Trebisonda traducir la *Historia Natural* de Aristóteles, y á Poggio la *Ciropedia* de Xenophonte, y convierte en breviario suyo los *Comentarios* de Julio César, y declara deber el restablecimiento de su salud á la lectura de Quinto Curcio, y concede la paz á Cosme de Médicis, á trueque de un códice de Tito Livio: El Alfonso V que,preciado de orador, exhorta á los príncipes de Italia á la cruzada contra los turcos ó expone sus agravios contra los florentinos, en períodos de retórica clásica; el traductor en su lengua materna de las *Epístolas* de Séneca; y el más antiguo coleccionista de medallas después del Petrarca.

Con Alfonso pasaron á Nápoles una multitud de españoles, no sólo súbditos suyos, aragoneses y catalanes, sino también, y en no pequeño número, castellanos, de los que en las discordias civiles de este reino habían seguido el partido de los infantes de Aragón contra D. Alvaro de Luna. «Ocuparon (dice el Sr. Croce) no sólo los oficios palatinos, sino los más altos grados de la milicia, de la magistratura, de la prelación

eclesiástica: no fué una invasión pasajera, fué una transplatación de familias enteras al reino.»

Da la feconda e gloriosa Iberia  
Madre di re, con l'Hercole Aragonio,  
Et da la bellicosa intima Hesperia,  
Verran mille altri heroi nel regno Ausonio,  
Di cui li gesti e le virtù notorie  
Faran del nobil sangue testimonio.

Así cantaba no muchos años después el poeta ítalo-catalán Carideu, que tradujo hasta su apellido haciéndose llamar clásicamente *Chariteo*, y precedió á Boscán en el abandono de la lengua nativa, aunque sin perder por eso el recuerdo y el amor de su patria, como lo declaran aquellos versos suyos:

Pianga Barcino, antica patria mia...  
.....

Entre las principales familias españolas que se arraigaron en el reino de Nápoles inmediatamente después de su conquista, hay que contar en primer término á los dos Ávalos (Iñigo y Alfonso), hijos del buen Condestable Ruy López, y á sus hermanos de madre los dos Guevaras (Iñigo y Fernando). De estos cuatro hermanos dice Chariteo:

Frutto d'un sol terren, da due radici  
Due Avelli, e due Guevare, antique genti  
Bellícosi e terror degl'inimici...  
Fratelli in sangue è più fratelli in fede...

Iñigo de Ávalos, comúnmente llamado el Conde Camarlengo, fué marqués de Pescara: Iñigo de Guevara, mayordomo y gran senescal de Alfonso V, fué marqués del Vasto: títulos que habían de inmortalizarse en nuestra historia militar del siglo XVI.

El Sr. Croce hace curioso catálogo de otros apellidos españoles, que por más ó menos tiempo quedaron en el reino de Nápoles: Cavanilles, Cárdenas, Siscár, Centelles (transplanta-

dos luego á Sicilia), Milá de Valencia, Bisbal, Ayerbe... A los nombres de estos españoles establecidos en el reino siguen los de otros muchos que formaron parte de la corte de Alfonso V, y suenan á cada paso en las historias del tiempo: Ramón Boyl, virrey del Abruzo; Bernardo Villamari, el grande almirante; D. Lope Ximénez de Urrea, que ajustó la paz entre el rey de Aragón y los genoveses; Ramón de Ortal, caballero catalán, á quien Alfonso envió con una hueste en socorro de Scanderberg; Fr. Luis Despuig, claverero de Montesa; Alfonso de Borja, primer presidente del Consejo Real de Nápoles, cargo en que tuvo muchos sucesores españoles; el famoso jurisconsulto mallorquin Mateo Malferit, y otros muchos insignes en las artes de la paz ó en las de la guerra: doctísimos prelados y teólogos como el maestro Cabanes, Luis de Cardona, Juan de Soler, Juan García, célebre por la controversia que sostuvo con Lorenzo Valla, y, finalmente, aquel portento de sabiduría que se llamó Fernando de Córdoba, sobre el cual tanta luz ha dado una reciente monografía de Havet. Todos los oficios de la corte y del gobierno estaban en poder de españoles. Las cédulas de Tesorería desde 1437 á 1458 publicadas por Minieri Riccio en el *Archivio Storico Napoletano* (tomo VI, 1881), que son la principal fuente de donde el Sr. Croce ha tomado sus noticias, mencionan con frecuencia á los orífices Francisco Pérez, Francisco Ortal ó Hipólito Ferrer, al boticario Bernardo Figueras, á un sastre portugués llamado Martín, y al famoso juglar Mosén Borra. Sobre este personaje, cuyo verdadero nombre era Antonio Tallander, y que por más lucrativo había preferido el oficio de bufón al que antes tenía de jurisconsulto, hay en el tomo II de las *Memorias de la Academia de Buenas Letras de Barcelona* una curiosa monografía escrita por el canónigo D. Jayme Ripoll, y enriquecida con muy curiosos documentos, entre ellos el burlesco privilegio concedido por Alfonso V á Mosén Borra para beber libremente y sin tasa de todos los vinos que allí se enumeran. Murió esta célebre *scurra* en Nápoles en 1446: su linda estatua

yacente, con los cascabeles de su oficio y el rótulo de *miles gloriosus*, alegra el claustro de la catedral de Barcelona.

Es sabido que Alfonso V estableció en la isla de Ischia una colonia de catalanes, para que fueran uniéndose en matrimonio con mujeres del país, acelerándose así la pacífica fusión de las dos razas: *ut essent qui cum virginibus aut viduis isclanis connubia copularent, ratus videlicet illud quod evenit, animos illorum deliniri et conciliari posse, prole suscepta*. Pronto se vieron los resultados de esta política, hasta convertirse Nápoles en una ciudad medio catalana. El catalán era el lenguaje de la Cancillería, y en catalán se escribieron las cédulas del Tesoro hasta 1480. El Consejo Real de Nápoles ó supremo tribunal de apelaciones, era un trasunto del de Valencia. Las diversiones y fiestas de la corte remedaban en gran manera las de España. Una canción napolitana de entonces habla con admiración de

li balli maravigliusi  
tratti da Catalani,

de sus *mumi* ó *momos* (representaciones pantomímicas) que declara *tan gentili et soprani*, añadiendo que se aventajaban en gran manera á los de Italia: de las *danzas moriscas* y de otras muchas galas é invenciones llevadas por los nuestros. «Quien lee las descripciones de los festejos celebrados en las cortes españolas del siglo xv (dice el Sr. Croce) y estudia luego la vida de la corte de Nápoles, experimenta la impresión de encontrarse en el mismo ambiente.» En el gran triunfo de la entrada de Alfonso V, una numerosa cohorte de catalanes y aragoneses, unos en caballos mecánicos, otros á pie vestidos de persas y de asirios con lanzas y cimitarras, ejecutaron una danza bélica, entonando al par cantos de victoria en su lengua nativa (es decir, los unos en catalán, y los otros en castellano de Aragón, según el parecer más probable) *Concitato cantu, ipsi pariter inflammabantur praeliumque miscebant*. Cuando en 1455 Alfonso V dió á su sobrino la investidura del



principado de Capua, hubo un baile de *personatges*. Una cédula de 1473 descubierta por el Sr. Croce manda pagar á Juan Martí lo preu de *CLXX sonalles desparvers e de falcons et per VIII altres sonalles fines é groses per «fer los momos» devant la Ilma. Dona Elionor daragó filla del senyor Rey fentse la festa sua*. Datos no indiferentes en verdad para la historia de los orígenes dramáticos, como tampoco la noticia de haber mandado hacer Alfonso representaciones de Jueves y Viernes Santo, trayendo para ellas artistas florentinos. Finalmente, y á título de curiosidad, consigna el Sr. Croce que algunos frutos de Cataluña se introdujeron por entonces en el cultivo del Mediodía de Italia, conservándose todavía los nombres de *uva catalanesca, passí catalogni, gelsomini catalogni y rapa catalogna*.

Pasando á otro orden de cosas enteramente diverso, hace constar el Sr. Croce que en el reinado de Alfonso V florecieron simultáneamente dos literaturas de todo punto independientes, una la de los humanistas, escrita siempre en lengua latina, otra la de los poetas cortesanos, escrita las más veces en castellano y algunas en catalán. Lo que puede decirse que apenas existía entonces en Nápoles era literatura italiana, ni en la lengua común, ni en el dialecto del país. Es cierto, sin embargo, que los trovadores castellanos del *Cancionero de Stúñiga* están llenos de frases, giros y aun versos enteros en italiano, y que Carvajal, el más fecundo y notable de los poetas de aquella antología, llegó á escribir por lo menos dos composiciones enteras en aquella lengua. En cambio los pocos y oscuros rimadores napolitanos de entonces rebosan de es- pañolismos.

Una gran parte de la producción poética de aquella corte se contiene, como es sabido, en el *Cancionero de Stúñiga*, publicado en 1872 por los señores Fuensanta del Valle y Sancho Rayon en su *Colección de libros españoles raros y curiosos*. Además del código de nuestra Biblioteca Nacional que sirvió para esta linda y bien anotada edición, existe otro en la Biblioteca

Casanatense de Roma, y otro en la Marciana de Venecia, descrito ya por Mussafia en un trabajo sobre la bibliografía de los antiguos Cancioneros. En Nápoles, contra lo que pudiera esperarse, no se conserva colección alguna de poesías castellanas que se remonte á esta fecha, pero son indudablemente de procedencia napolitana siete códices de poesías españolas que guarda la Biblioteca Nacional de París; y en Nápoles fueron compuestos asimismo muchos de los versos catalanes del Cancionero de la Universidad de Zaragoza.

No es del lugar presente el examen detenido de la corte poética de Alfonso V, á la cual muy en breve hemos de consagrar especial estudio. Aunque esta poesía no difiera sustancialmente de la que floreció en la corte de D. Juan II de Castilla, ni aparezca tan influida como pudiera creerse por el ambiente clásico é italiano, es innegable, sin embargo, que está llena de recuerdos históricos, y que siguiendo atentamente la cadena de estas composiciones, puede trazarse una especie de cuadro de la vida guerrera y cortesana en tiempo del quinto Alfonso. Los trances principales de la conquista, el desastre de Ponza, las prisiones de Génova y de Milán, la conquista de Nápoles, pasan ante nuestros ojos en las poesías de Juan de Tapia y Pedro de Santa Fe. El mismo Tapia, y además Juan de Andújar, Fernando de la Torre, Suero de Ribera, Pedro Torrellas, cantan nominalmente á todas las damas de la corte, envolviendo, sobre todo, en nubes de incienso á la princesa de Rossano doña Leonor de Aragón, hija natural del rey, y á la famosa Lucrecia de Alanio. Carvajal parece haber sido el poeta áulico de Alfonso V, el complaciente servidor literario de sus flaquezas, si bien, con prevision laudable, tampoco dejaba de componer versos consolando á la reina doña María de la eterna ausencia y manifiesto desvío de su esposo. Carvajal (llamado también Carvajales) es, no sólo el ingenio más fecundo, sino el más notable de los del *Cancionero de Stúñiga*. En el género de las *serranillas*, especialmente, tiene mucha facilidad y mucha gracia, y se

le debe contar entre los mejores discípulos del marqués de Santillana. Muchas de ellas se refieren á aventuras amorosas y encuentros de gentiles damas y pastoras tenidos por el poeta en varias partes de Italia: en la vía de Siena á Florencia, en la campiña de Roma, en el camino de Aversa; y la heroína suele hablar en italiano.

¿Dónde soys, gentil galana?...  
 Respondió mansa et sin pressa:  
 —Mia madre è de Aversa,  
 Yo, Micer, napolitana...  
 .....  
 Entre Sessa et Cintura  
 Cazando por la traviessa,  
 Topé dama, que deesa  
 Parencia en fermosura.  
 .....  
 ¿Soys humana criatura?  
 Dixe, et dixo non con priessa:  
 —Si, señor, et principesa  
 De Rossano por ventura.  
 .....  
 Passando por la Toscana,  
 Et entre Sena et Florencia,  
 Vi dama gentil galana,  
 Digna de grand reverencia.  
 Tenia cara de romana,  
 Tocadura portuguesa,  
 El ayre de castellana,  
 Vestida como senesa...  
 .....  
 Viniendo de la Campanna,  
 Que ya el sol se retraia,  
 Vi pastora muy lozana  
 Que el ganado recogia.  
 Cabellos rubios pintados,  
 Los bezos gordos bermeios,  
 Oios verdes et rasgados,  
 Dientes blancos et pareios...

Aunque Carvajal cultivase principalmente la poesía ligera, no le faltaron más robustos acentos para celebrar notables hechos de armas, como la muerte del capitán de balles-

teros Jaumot Torres sobre Cariñola, en aquella especie de marcha fúnebre y solemne que comienza:

Las trompas sonaban á punto del día...

Pero fuera imposible agotar aquí la parte histórica del *Cancionero de Stúñiga*, dignamente coronada por la lamentación catalana de Francesch Ferrer, sobre la caída de Constantinopla en 1853, y por la *Visión* de Diego del Castillo, sobre la muerte de Alfonso V. Todavía hay algunos versos posteriores compuestos con motivo de la guerra entre su hijo el rey D. Fernando y los rebeldes barones de la parte angevina: de ellos se infiere que Juan de Tapia, por ejemplo, permaneció en Nápoles aun después de la muerte del conquistador, y tenemos de él coplas en que increpa á las damas infieles á la casa de Aragón:

¡Oh doncella italiana,  
Que ya fuiste aragonesa,  
Eres tornada francesa,  
No quieres ser catalana...

Pero el estudio de la poesía del tiempo del rey Ferrante, queda reservado para otra memoria del Sr. Croce. En el capítulo v de la presente discurre sobre la mala voluntad del pueblo napolitano, así en las clases altas como en las inferiores, respecto del elemento español que se había posesionado de Nápoles. Es claro que el sentimiento general no podía ser al principio muy benévolo: aparte de la aversión natural á toda conquista extranjera, quedaban muchos partidarios de Renato de Anjou y de los franceses, y es notoria la anécdota de un sastre *Mastro Francisco*, que siempre que veía á Alfonso V le maldecía en voz alta, y le llamaba, como por injuria, *catalano*. Por otra parte, los españoles del séquito de Alfonso afectaban tratar á los italianos con altanería é insolencia, como lo prueba el menosprecio que D. Iñigo Dávalos hizo de Juan Antonio Caldora, teniéndole por indigno de cruzar las armas

con un *caballero limpio* como él. A esta animadversión no es maravilla que respondiesen los barones del reino de Nápoles con odio profundo, que estalló en conjuración y guerra en tiempo del rey Ferrante. Pero lentamente fué mitigándose este odio, ya por los frecuentes enlaces de familia, que mezclaron en breve tiempo la más noble sangre del reino de Nápoles con la española, ya por la docilidad con que los españoles, tan duros é intratables en otras relaciones de la vida, aceptaron el magisterio de los italianos en la cultura clásica, con un ardor y entusiasmo que Gothein compara con el que suelen sentir los rusos y demás eslavos por la moderna cultura francesa. Y así como los humanistas paniaguados de Alfonso V, el Panormita, el Fazzio, Lorenzo Valla, llegaron á escribir de cosas de España, contando los hechos y dichos no sólo del mismo rey Alfonso sino de su padre el infante de Antequera, así un cierto número de españoles, Ferrando Valentí (que tal es el verdadero nombre del que Amador llama Fernando de Valencia), Juan Ramón Ferrer, Jerónimo Pau, discípulos ó corresponsales de estos humanistas, se esforzaban por seguir sus huellas, en epístolas, descripciones, razonamientos, arengas, versos latinos y otros ensayos de colegio, de los cuales todavía existen algunos, y noticia de muchos más en el curioso opúsculo del archivero Pedro Miguel Carbonell *De viris illustribus catalanis suae tempestatis*.

A robustecer más y más el elemento español en Italia, contribuyó el advenimiento del Papa Calixto III. Puede decirse, con el Sr. Croce, que «el papado del primer Borja fué una irradiación de la potencia española establecida en el corazón de Italia por el rey Alfonso». El Papa era amantísimo de sus conciudadanos. No se veían en Roma más que *catalanes*. Gregorovius llega á decir que en aquel tiempo, no sólo se introdujeron en Roma infinidad de usos españoles, sino que se modificó hasta el acento.

Con un pie en Nápoles y otro en Roma, Alfonso V llegó á sentir la ambición de reunir la Italia bajo su cetro, ó á lo

menos bajo su hegemonía, y emprender una nueva cruzada contra los turcos. Francisco Sforza de Milán, se inclinaba á él por temor y odio á los franceses. Génova no era enemigo bastante fuerte. La principal oposición con que tropezó fué la de Cosme de Médicis, y los florentinos.

La muerte de Alfonso V y pocos meses después la del Papa Calixto, no sólo disiparon tales proyectos de dominación, sino que dispersaron por de pronto las dos colonias de españoles que en Nápoles y en Roma se habían venido formando. Obispos, caballeros, poetas, humanistas, fueron regresando á España. La dinastía de Nápoles continuaba siendo aragonesa, pero ya las dos coronas no estaban unidas en la misma cabeza, ni volvieron á estarlo hasta el tiempo del Rey Católico, que por astucia y por armas tuvo que reducir nuevamente el reino, desposeyendo de él á sus parientes, incapaces de resistir el empuje de los franceses en Italia, ni de salvar la política española en las grandes crisis del Renacimiento. Pero aun en el breve período de menos de medio siglo en que permaneció independiente la dinastía aragonesa de Nápoles, quedaron allí muchas familias españolas, muchas costumbres españolas, y las relaciones fueron tan estrechas y frecuentes, como íntimo era el parentesco que ligaba á las dos casas reinantes. «En Roma—dice el Sr. Croce—á despecho de la enérgica reacción italiana que siguió á la muerte del Papa Calixto, España había vuelto á tomar posesión del Vaticano, y Alejandro VI iba á continuar la obra política iniciada por su tío.»

Hasta aquí la segunda Memoria del Sr. Croce, extractada en lo que tiene de esencial ó de nuevo, y pasando rápidamente por todo aquello que con mayor extensión puede verse tratado en nuestros autores, especialmente en los dos capítulos de Amador de los Ríos, y en las útiles y copiosas notas biográficas que acompañan al *Cancionero de Stúñiga*.

La tercera Memoria del Sr. Croce, próxima ya á publicarse, llevará por título, según el autor anuncia, *Gli Spagnuoli a Napoli sulla fine del secolo XV*. Entre tanto, ha impreso otros

dos opúsculos, de que pasamos á dar cuenta á nuestros lectores.

II. Titúlase el primero *Versi Spagnuoli in lode di Lucrecia Borgia, Duchessa di Ferrara e delle sue damigelle*.

Estos versos forman parte de un códice misceláneo de la Biblioteca nacional de Nápoles (XIII, G 42-43) rotulado *Poesie Diverse*, en el cual descubrió mi amigo Alfonso Miola, en 1886, un nuevo y muy importante texto dramático castellano del siglo xv, una nueva forma del *Diálogo entre el Amor y un viejo*, mucho más extensa y más teatral que la conocida.

*Las Alabanzas de la duquesa de Ferrara*, publicadas ahora por el Sr. Croce, son quince falsas décimas, esto es, compuestas de dos quintillas independientes la una de la otra en sus rimas (1).

A primera vista pudiera dudarse cuál es la duquesa de Ferrara á quien en estos versos se celebra, puesto que la composición no tiene fecha, y la letra lo mismo puede ser del siglo xv que de principios del xvi. Y hasta por la circunstancia de hallarse tal composición en un códice napolitano, pudiera alguien creer que se refería á Leonor de Aragón, hija del rey Ferrante y casada en 1473 con el duque de Ferrara, Hércules de Este. Pero toda duda desaparece leyendo el *Loor de las damas* de la duquesa, todas las cuales, sin excepción, constan como damas de Lucrecia en los *Diarios* de Sanudo y en otros do-

(1) El Sr. Croce sospecha que este anónimo poeta fuese aragonés. A mí no me lo parece, y no es gran prueba de afecto á Aragón lo que dice de sus damas, á no ser que el *grossedad* haya de entenderse no en sentido de grosería ó poco aliño sino en el de *generalidad*, como si dijéramos *la mayor parte*:

Por huir prolexidad  
Dexo estar las ferraresas,  
Que no sé su propiedad,  
Puesto que en su grossedad  
Parecen aragonesas.  
Muchas muestran hermosura,  
Otras gala y gentileza,  
Alguna tiene cordura,  
Otras con desenvoltura  
Contra hacen la belleza.

cumentos del tiempo, y son: *Madama Isabeta la honrada* (Elisabetha Senese), *la señora doña Angela* (doña Angela de Borja), *la gentil Nicola* (Nicola Senese), *la onesta Jerónima* (Jerónima Senese), *la señora Cindya*, *la virtuosa Catalinolla napolitana*, *la estimada Catalinela*, *la honrada Juana Rodríguez*. Luego se elogia á *todas en general*, y, finalmente, como formando grupo aparte, sin duda por su menor jerarquía en la casa y servidumbre de Lucrecia, se nombra á *la Samaritana* y á *Camila* (Camilla Fiorentina), terminando con el elogio general de las ferraresas.

Los versos, aunque bastante fáciles y galanos, no tienen mérito especial, ni traspasan la línea de lo más vulgar y adocenado que en los Cancioneros suele encontrarse. Además, los elogios de la duquesa y de sus damas son tan vagos, que apenas puede sacarse sustancia de ellos para la historia anecdótica de aquella corte tan calumniada por la musa romántica. Lo único que resulta claro es el entusiasmo del incógnito poeta por Lucrecia, siendo una voz más que en nuestra lengua materna viene á unirse al coro de tantos poetas latinos é italianos como celebraron, no sólo su hermosura, sino su recato y honestidad y otras diversas prendas y virtudes (1).

Soys, duquesa tan real,  
En Ferrara tan querida,  
Qu' el bueno y el criminal,  
De todos en general,  
Soys amada, soys temida...

.....

(1) Es sabido que en algún tiempo se consideró á Lucrecia Borja como poetisa castellana, pero hoy es cosa averiguada que los versos de su mano que hay en la Biblioteca Ambrosiana no son originales sino copiados de los cancioneros. Casi otro tanto puede decirse de los que componía el Cardenal Bembo para hacerse grato á los ojos de Lucrecia, haciéndola la corte en su lengua y lisonjeando su amor propio nacional con decir que era idioma más propio de la galantería, porque «*le vezzose dolcezze degli spagnuoli ritrovamenti nella grave purità della toscana lingua non hanno luogo, e se portate vi son, non vere e natie paiono, ma finte e straniere*. (Vid. el artículo de B. Morsolin *Pietro Bembo, e Lucrezia Borgia*», Roma, 1885,)



Anima que nunca yerra,  
 Soys un lauro divinal;  
 Soys la gloria desta tierra,  
 Soys la paz de nuestra guerra,  
 Soys el bien de nuestro mal.

.....

Soys quien no debiera ser  
 Del metal que somos nos,  
 Mas quisolo Dios hazer  
 Por darnos á conocer  
 Quién es él, pues hizo á vos.

.....

De los vicios soys ajena,  
 De las virtudes escala,  
 De la cordura cadena,  
 Nunca errando cosa buena,  
 Nunca hazéis cosa mala...

.....

Guarneceis con caridad  
 Las obras de devocion,  
 Ganais con la voluntad,  
 Conservais con la verdad,  
 Gobernais con la razon.

Alegrais los virtuosos,  
 Quitais los malos de vos,  
 Despedis los maliciosos,  
 Desdeñais á los viciosos,  
 Sobre todo amais á Dios.

.....

Mas aunque lo digo mal,  
 Digo que son las hermosas  
 Ante vos, ser divinal,  
 Qual es el pobre metal  
 Con ricas piedras preciosas.

Son con vuestra perficcion  
 Qual la noche con el dia,  
 Qual con descanso prision,  
 Qual el Viernes de Pasion  
 Con la Pascua d'alegria.

Teniendo tan alto ser,  
 Siempre habeis representado,  
 En las obras el valer,  
 En la razón el saber,  
 En la presencia el estado;

Y la gran bondad d'aquel

Que tal gracia puso en vos,  
Os midió con tal nivel  
Para que alabemos de él  
Quando viéremos á vos.

.....

Soys y fuistes siempre una  
En los contrastes y pena,  
Resistiendo á la fortuna;  
No tenéis falta ninguna,  
No tenéis cosa no buena.

Pues ¿quién podrá recontar,  
Por más que sepa dezir,  
Vuestro discreto hablar,  
Vuestro gracioso mirar,  
Vuestro galante vestir?

Un poner de tal manera,  
De tal forma y de tal suerte,  
Que aunque la gala muriera,  
En vuestro dechado oviera  
La vida para su muerte.

.....

En la tierra vos soys una  
En medio vuestras doncellas,  
Más luciente que ninguna,  
Como en el cielo la luna  
Entre las claras estrellas.

.....

¡Oh cuántas veces contemplo,  
Con quán dulces melodías  
Ireis al eterno templo,  
Segund muestra vuestro exemplo  
Ya despues de largos días!...

.....

Pues tan entera ventura  
A que Dios traeros quiso  
Por las ondas de tristura,  
Fué, por valle d' amargura,  
Meteros en parayso;  
Donde todo lo pasado  
Es en gloria convertido,  
Pues siendo aquello olvidado (1),  
Poseyendo tal estado,  
Alcanzastes tal marido.

(1) Alude á los primeros é infelices matrimonios de Lucrecia

Estas quintillas, aparte de la curiosidad de su asunto, tienen el interés de ser una de las más antiguas muestras de la poesía castellana cultivada en las cortes de Italia. Pero no fué ciertamente la única en su tiempo, puesto que los italianos patriotas, como el *Galateo* en su tratado *De educatione*, se quejan acerbamente de la boga que alcanzaban las coplas de los cancioneros españoles con preferencia á los versos italianos. Entre los muchos poetas que en 1504 deploraron la muerte de Seraphino Aquilano, hay por lo menos tres españoles: Diego Velázquez, sevillano; Juan Sobrarias, de Alcañiz, y el portugués Enrique Caiado. Y si había un Carideu que abandonase la lengua materna, no faltaban, en cambio, italianos que comenzasen á versificar en español, como Galeotto del Carretto (1).

La publicación del Sr. Croce está hecha con fidelidad y esmero (2), y la precede una breve pero sustanciosa advertencia, en que se hace notar cuán tenazmente española se mantuvo la familia de los Borjas, aun medio siglo después de trasplantada á Italia, y cuán vivas relaciones de parentesco y amistad conservaron en nuestra Península. «Las hermanas de Alejandro VI estaban casadas en España: duque de Gandía en el reino de Valencia era el título que llevaba Pedro Luis Borja; y su hermano Juan, sucesor en aquel ducado, estaba casado con doña María Enríquez, de noble familia

(1) El doctísimo Farinelli en una recensión muy importante de estas memorias de Croce (*Rassegna Bibliografica della letteratura italiana*, Pisa—Mayo de 1894) añade otros nombres: en las *Frottole* de Andrea Antico di Montona (Roma, 1518—Venecia, 1520) son castellanas nueve composiciones de las 45 que contiene el libro. Otras tres en la misma lengua hay en *I Fioretti di frottole* (Nápoles, 1519). Pero Farinelli observa con razon que tales casos eran todavía excepcionales á principios del siglo xvi, y por decirlo así, mero capricho de poetas y colectores.

(2) Sólo hemos notado una mala lección, que seguramente es del códice original, pero que pudiera haberse enmendado á poca costa:

Página 5, línea última, dice: *por más que se padezir*. Debe decir: *por más que sepa dezir*.

valenciana; aun los dos primeros maridos de Lucrecia fueron buscados en España. Una corte de españoles rodeaba al Papa, y con frecuencia se citan en las crónicas y documentos del tiempo los nombres de Juan López, de Juan Casanova, de Pedro Carranza, de Juan Marades, de Pedro Calderón, á quien decían Perotto, etc., etc. César tuvo entre sus compañeros de estudios á Francisco Remolines de Lérida y á Juan Vera de Ercilla, y más tarde son conocidos los hombres de armas españoles y los sicarios de que se valía, como fieles ejecutores de sus designios. Damas españolas formaban parte de la corte femenina de Lucrecia. En muchos actos notariales de la familia Borja extendidos en Italia, se emplea el dialecto valenciano. Se conservan no pocas cartas en castellano de Alejandro VI á sus hijos y de éstos á él; lo cual induce á pensar que los que formaban esta fiera colonia española en Italia, acostumbraban usar entre sí la lengua de la madre patria. No faltan otros vestigios de costumbres y hábitos españoles en la vida de los Borjas: César era apasionado del toreo y fortísimo derribador de reses bravas, y su hermana Lucrecia gustaba mucho de bailar danzas españolas, y, según un pasaje del diario de Burchardo, solía mostrarse en público vestida y ataviada á la española: *exivit ipsa domina Lucretia in veste brocati auri circulata, more hispanico, cum longa cauda quam quaedam puella deferebat post eam* (1).»

III. Primero en el *Archivio Storico per le Provincie Napoletane*, y luego en tirada aparte de cien ejemplares, ha publicado el Sr. Croce una noticia muy interesante y muy bien elaborada sobre la *Cuestión de Amor* (2).

La *Cuestión de Amor*, como es notorio entre los bibliófilos españoles, es una novela de principios del siglo XVI, cuya primera edición parece ser la de 1513 y que logró tal boga

(1) Ed. Thuasne, III, pág. 180.

(2) *Di un antico romance spagnuolo relativo alla storia de Napoli, La Question de Amor.*

en su tiempo, que fué reimpressa diez ó doce veces antes de 1589, ya suelta, ya unida á la *Cárcel de Amor* de Diego de San Pedro, que es como más fácilmente suele encontrarse. Ticknor y Amador de los Ríos hablaron de ella, pero con mucha brevedad, y sin determinar su verdadero carácter, ni entrar en los pormenores de su composición, ni levantar el transparente velo que oculta sus numerosas alusiones históricas. El título que aunque largo, debe transcribirse á la letra, indica ya la mayor parte de los elementos que entraron en la confección de este peregrino libro: «*Question de amor de dos enamorados: al uno era muerta su amiga: el otro sirve sin esperanza de galardón. Disputan qual de los dos sufre mayor pena. Entretiéxense en esta controversia muchas cartas y enamorados razonamientos. Introdúcense más una caza, un juego de cañas, una égloga, ciertas justas, é muchos caballeros et damas con diversos et muy ricos atavíos: con letras et invenciones. Concluye con la salida del señor Visorey de Nápoles: donde los dos enamorados al presente se hallavan: para socorrer al sancto padre: donde se cuenta el número de aquel lucido exército: et la contraria fortuna de Ravena. La mayor parte de la obra es historia verdadera: compuso esta obra un gentil hombre que se halló presente á todo ello.*»

Basta pasar los ojos por este rótulo para comprender que no se trata de una novela puramente sentimental y psicológica á su modo como lo es la *Cárcel de Amor*, verosímilmente inspirada en la *Fiameta* de Boccacio; sino de una novela medio histórica, en el sentido más lato de la palabra, ó más bien de una novela de clave, de una pintura de la vida cortesana de Nápoles, de una especie de crónica de salones y de galanterías, en que los nombres propios están levemente disfrazados con pseudónimos y anagramas (1). Poseer un libro de esta

---

(1) La segunda parte, es decir todo lo que se refiere á los preparativos de la batalla de Ravena, es un trozo estrictamente histórico, que puede consultarse con fruto aun después de la publicación de los *Diarios* de Marino Sanudo.

indole modernísima para época tan lejana, y poder con su ayuda reconstruir un modo de vida social tan brillante y pintoresco como el de la Italia española en los días más espléndidos del Renacimiento, no es pequeña fortuna para el historiador, y apenas se explica que hasta hoy nadie haya intentado sacarle el jugo ni descifrar sus enigmas.

El primero es el nombre de su autor, y éste no nos le revela por ahora el Sr. Croce, si bien tenemos entendido que con posterioridad á esta Memoria, cree haber dado con el incógnito *gentilhombre que se halló presente á todo* y escribió el libro. Lo que sí puede asegurarse es que fué compuesto entre los años de 1508 á 1512, y escrito fragmentariamente, á medida que se sucedían las fiestas y demás acontecimientos que en la obra se relatan de un modo bastante descosido, pero con picante sabor de crónica mundana.

La cuestión de casuística amorosa que da título á la novela, y que es sin duda lo más fastidioso de ella para nuestro gusto, se debate, ya por diálogo, ya por cartas (transmitidas por el paje Florisel), entre dos caballeros españoles, Vasquirán, natural de *Todomir* (¿Toledo?) y Flamiano, de *Valdeana* (¿Valencia?), residente en la ciudad de *Noplesano*, que seguramente es Nápoles. Vasquirano ha perdido á su dama *Violina*, con quien se había refugiado en Sicilia después de haberla sacado de casa de sus padres en la ciudad de *Circunda* (Zaragoza), y Flaminio es el que sirve sin esperanza de galardón á la doncella napolitana *Belisena*. Esta acción sencillísima y trabada con tan poco arte, tiene por desenlace la muerte de Flaminio en la batalla de Ravena, cuyas tristes nuevas recibe Vasquirán en Sicilia por medio del paje Florisel que le trae la última carta de su amigo, carta que para mayor alarde de fidelidad histórica está fechada el 17 de Abril de 1512 en Ferrara.

El cuadro general de la novela vale poco, como se ve; lo importante, lo curioso y ameno, lo que puede servir de documento al historiador y aun excitar agradablemente la fan-

tasía del artista, son las escenas episódicas, la pintura de los deportes y gentilezas de la culta sociedad de Nápoles, la *justa real*, el juego de cañas, la cacería, la égloga (que tiene todas las trazas de haber sido representada con las circunstancias que allí se dicen (1), y aunque escasa de acción y movimiento, compite en la expresión de los afectos y en la limpia y tersa versificación con lo mejor que en los orígenes de nuestra escena puede encontrarse), la descripción menudísima de los trajes y colores de las damas, de las galas y arreos militares de los capitanes y gente de armas, que salieron para Ravena con el virrey D. Raimundo de Cardona; todo aquel tumulto de fiestas, de armas y de amores que la dura fatalidad conduce á tan sangriento desenlace.

Bellamente define el Sr. Croce el peculiar interés y atractivo estético que produce, no hay que negarlo, la lectura de una novela, por otra parte, tan mal compuesta, zurcida como de retazos, á guisa de centón ó de libro de memorias. «Aquella elegante sociedad de caballeros, dada á los amores, á los juegos, á las fiestas, recuerda un fresco famoso del camposanto de Pisa, la alegre compañía que en el florido vergel no siente que se aproxima, con su guadaña inexorable, la Muerte. En medio de las diversiones llega la noticia de la guerra: el virrey recoge aquellos elegantes caballeros y forma con ellos un ejército que parte, pomposamente adornado, lleno de esperanzas, entre los aplausos de las damas que asisten á la partida. Algunos meses después, aquella sociedad, aquel ejército, yacía, en gran parte, roto, sanguinoso, enfangado en los campos de Ravena.»

¿Hasta qué punto puede ser utilizada la *Cuestión de Amor* como fuente histórica? O, en otros términos, ¿hasta dónde llega en ella la parte de ficción? El autor dice por una parte que «la mayor parte de la obra es historia verdadera», pero en

---

(1) Era ya frecuente en Italia la representación de piezas españolas. Consta que en 6 de Enero de 1513 fué recitada en Roma una égloga de Juan del Encina, probablemente la de *Plácida y Vitoriano*.

otro lugar advierte que «por mejor guardar el estilo de su invención y acompañar y dar más gracia á la obra, *mezcla á lo que fué algo de lo que no fué*». En cuanto á los personajes, no cabe duda que en su mayor parte son históricos; el autor mismo nos convida á especular «por los nombres verdaderos, los que en lugar d'aquellos se han fingidos ó transfigurados».

A nuestro entender, el Sr. Croce ha descubierto la clave. Ante todo, hay que advertir que, según el sistema adoptado por el novelista, la primera letra del nombre fingido corresponde siempre á la inicial del nombre verdadero. Pero como diversos nombres pueden tener las mismas iniciales, este procedimiento no es tan seguro como otro que constantemente sigue el anónimo narrador, es á saber, la confrontación de los colores en los vestidos de los caballeros y de las damas, puesto que todo caballero lleva los colores de la dama á quien sirve. Y como en la segunda parte de la obra, al tratar de los preparativos de la expedición á Ravena, los gentileshombres están designados con sus nombres verdaderos, bien puede decirse que la solución del enigma de la *Cuestión de amor* está en la *Cuestión* misma, por más que nadie que sepamos hubiera caído en ello, hasta que la docta y paciente sagacidad del Sr. Croce lo ha puesto en claro, no sólo presentando la lista casi completa de los personajes disfrazados en la novela, sino aclarando el argumento principal de la obra que parece tan histórico como todo lo restante de ella, salvo circunstancias de poca monta puestas para descaminar, ó más bien para aguzar la maligna curiosidad de los contemporáneos. Es cierto que todavía no se ha podido quitar la máscara á Vasquirán, á Flamiano, ni á la andante y maltrecha Violina, aunque puedan hacerse algunas conjeturas plausibles; pero lo que sí resulta más claro que la luz del día es que la Belisena, á quien servía el valenciano Flamiano (¿D. Jerónimo Fenollet?), con amor caballeresco y platónico, sin esperanza de galardón, era nada menos que la futura reina de Polonia, Bona Sforza, hija de Isabel de Aragón, duquesa de Milán, á quien en la novela se designa



con el título ligeramente alterado de *duquesa de Meliano*, que era una muy noble señora viuda, y residía con sus dos hijas, ya en Nápoles, ya en Bari. Esta pobre reina Bona, cuyas aventuras, andando el tiempo, dieron bastante pasto á la crónica escandalosa del siglo XVI, no parece haber escapado siempre tan ileso como de manos del comedido hidalgo Flamiano, ni haberse mostrado con todos tan dura, esquiva y desdeñosa como con aquel pobre y transido amator, al cual no sólo llega á decir que recibe de su pasión mucho enojo, sino que añade con ásperas palabras: «y aunque tú, mil vidas, como dices, perdieses, yo dellas no he de hazer ni cuenta ni memoria». A lo cual el impertérrito Flamiano responde: «Señora, si que-reys que de quereros me aparte, mandad sacar mis huessos, y raer de allí vuestro nombre, y de mis entrañas quitar vuestra figura.»

Los demás personajes de la novela han sido identificados casi todos por el Sr. Croce con ayuda de los *Diarios* de Passaro. El *Conde Davertino* es el conde de Avellino, el *Prior de Mariana* es el prior de Messina, el *Duque de Belisa* es el duque de Bisceglie, el *Conde de Poncia* es el conde de Potenza, el *Marqués de Persiana* es el marqués de Pescara, el *Señor Fabricano* es Fabricio Colonna, *Attineo de Levesin* es Antonio de Leyva, el *Cardenal de Brujas*, el cardenal de Borja, *Alarcos de Reyner*, el capitán Alarcón, *Pomarin*, el capitán Pomar, *Alvalader de Caronis*, Juan de Alvarado, la *Duquesa de Franncoviso*, la duquesa de Francavilla, la *Princesa de Saladino*, la princesa de Salerno, la *Condesa de Traviso*, la de Trivento, la *Princesa de Salusana*, la princesa Sanseverino de Bisignano. Y luego, por el procedimiento de parear los colores, puede cualquier aficionado á saber intrigas ajenas, penetrar en las intimidades de aquella sociedad, como si hubiese vivido largos años en ella.

Esta sociedad bien puede calificarse de italo-hispana y aun de bilingüe. Menos de medio siglo bastó en Nápoles para apagar los odios engendrados por la conquista aragonesa. «Todos

estos caballeros, mancebos y damas y muchos otros príncipes y señores (dice el autor de la *Questión*) se hallaban en tanta suma y manera de contentamiento y fraternidad los unos con los otros, assí los españoles unos con otros como los mismos naturales de la tierra con ellos, que dudo en diversas tierras ni reynos ni largos tiempos passados ni presentes tanta conformidad ni amor en tan esforzados y bien criados cavalleros ni tan galanes se hayan hallado.» Las fiestas que en la novela se describen, las *justas de ocho carreras*, la *tela de justa real* ó carrera de la lanza, y sobre todo el juego de cañas y quebrar las alcancías, son estrictamente españolas, y no lo es menos el tinte general del lenguaje de la galantería en toda la novela, que con parecer tan frívola no deja de revelar en algunos rasgos la noble y delicada índole del caballero que la compuso. Es muy significativo en esta parte el discurso de Vasquirán á su amigo al partir para la guerra, enumerando las justas causas que deben moverle á tomar parte en tal empresa: «La una yr en servicio de la Iglesia, como todos is: la otra en el de tu rey como todos deben: la otra porque vas á usar de aquello para que Dios te hizo, que es el hábito militar, donde los que tales son como tú, ganan lo que tú mereces y ganarás: la otra y principal, que llevas en tu pensamiento á la señora Belisena, y dexas tu corazón en su poder.»

Con este agradable deajo terminamos el examen de esta nueva Memoria del Sr. Croce, en la cual, salvo la brevedad excesiva, nada encontramos que tachar, y sí muchas cosas nuevas que honran la ingeniosa erudición de su autor, y añaden un buen capítulo á nuestra historia literaria.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

---

# LUIS VIVES

## CONTINUACIÓN

No por eso cabe afirmar que llegase Vives, ni aun en aquel período posterior de su vida, como tampoco llegó ningún escritor de su tiempo, á penetrar con toda claridad el fondo de aquella dialéctica de la que había sido antes tan entusiasta y á la cual trataba ahora como la más vacía de las puerilidades. Y en este punto habremos de notar, como cosa digna de serlo, que muchas veces en las luchas científicas más apasionadas no se resuelve el éxito por el análisis lógico y concienzudo de los errores de una opinión caduca, sino sencillamente por la lozanía prepotente de los nuevos intereses y esfuerzos que se aproximan. En esta batalla contra la falsa dialéctica continuó siendo Vives más humanista cada vez; y si bien en este último trabajo suyo se ve menos pureza de estilo que en otras producciones de la época, obsérvase que el autor está penetrado de entusiasmo, descuidando á menudo la forma; pero siempre resulta que el principio que Vives opone á los escolásticos era el de un modo de decir racional y claro, el antiguo y genuino latín puesto enfrente de los barbarismos y deformaciones con que aquéllos estropeaban el idioma. Toda la historia de la lógica bizantina, así como de la occidental, sobre ella fundada, descansa en la equiparación de gramática y lógica que ha surgido de nuevo en nuestros días, con desconocimiento de la indole filosófica del lenguaje y cuyo embrión

hay que buscarlo en la confusión de los términos nombre, concepto y objeto en el pensamiento de Aristóteles (1). Mas el tecnicismo intelectual de este sabio, y principalmente su silogística entera, estaban basados en la relación entre sujeto, predicado y cópula; era por tanto consecuencia de esto el intentar disolver de tal suerte todos los elementos que pueden hallarse en un juicio: objetos, partículas, auxiliares de todas clases y hasta, por último, los tiempos y los modos del verbo al punto de que pudiesen aplicarse los formularios aritméticos de la silogística. Una clara consecuencia de este principio es que esto era incompatible con el lenguaje de Cicerón y Quintiliano; pues, en otro caso, si en vez de considerarlo un entretenimiento caprichoso, hubiese existido el propósito (como el de los hegelianos de hoy en otro terreno) de adquirir verdades de valor objetivo por medio del tecnicismo de las ideas, hubiese, naturalmente, prosperado la escolástica, pese á todos los ataques de los humanistas, y hasta las sutilezas de los sofismas no sólo habrían recobrado su valor como meros ejercicios de pensamiento formal, sino también como un manejo del instrumento universal de toda investigación. Así, pues, sin haber impugnado el humanismo á la escolástica en sus cimientos, tuvo ésta que caer, a pesar de como en el mismo Vives puede observarse, era ya demasiado evidente lo infructuoso de sus esfuerzos; sus propios partidarios sentían vacilar su confianza y no pudieron resistir á la corriente de la época, favorable al humanismo.

En una carta á Erasmo, fechada el día siguiente á la Trinidad de 1519, refiere Vives que había hecho un viaje á la frontera francesa acompañando al cardenal de Groy y que con este motivo había visitado también París. Dice que le

(1) Claro está que en Aristóteles no está en sí la confusión que no haya pasajes en él de los cuales se infiere una clara distinción de aquellos términos: en cuanto á las pruebas de que la confusión existe, bastará citar *Las Categorías aristotélicas* del Dr. Schupp. Es cuanto cabe decir en este lugar.

daba cierto reparo el haber escrito tan recientemente en contra de los pseudo-dialécticos (su misiva á Fortis tenía fecha de 13 de Febrero); pero ya las cosas habían variado de todo en todo; sus amigos le recibieron cariñosamente y en gran número, habiendo entre ellos algunos dialécticos renombrados. Cuando recayó la conversación sobre su carta, aseguráronle sonriendo que había parecido muy bien, y hasta le felicitaban por haberse tomado el trabajo de impugnar como era debido aquellas ridículas necedades. En París había cambiado poderosamente la opinión en aquellos últimos tiempos; muchos jóvenes españoles estudiaban ya con éxito matemáticas y literatura. Vives halló, efectivamente, comprobada esta afirmación en absoluto; el mismo Vives fué bien acogido de los más insignes teólogos, y pudo convencerse de que los parisienses habían progresado en mucho mayor escala de lo que cabía imaginar. Pero es menester también confesar que aquellos momentos eran favorables: á poco se extremaron de nuevo las opiniones opuestas á causa de los progresos de la Reforma en Alemania, circunstancia que se observaba principalmente en Lovaina, donde se colocó á Vives, como partidario de Erasmo, en situación bien crítica.

Durante aquella estancia de dos semanas en París, y á repetidas instancias de sus amigos, dió algunas conferencias sobre el *Somnium Scipionis*, trabajo que luego dedicó, en la primavera de 1520, al nuevo Arzobispo de Valencia, y se componía de un *Sueño de Vives* como introducción, y una *Vigilia*, ó sea el comentario razonado del conocido fragmento de Cicerón, por más que no pueda en conjunto considerarse como una obra de riguroso estudio, sino como un motivo para desplegar su grande y variada erudición, acompañada de pensamientos propios y expuesta en bello lenguaje. En el *Sueño de Vives* vapulea otra vez á los sofistas sin misericordia: y lo que más descuella en diferentes pasajes de aquél es la creencia, firmemente expresada, de que es la doctrina platónica, no sólo la filosofía más alta y comple-

ta, sino hasta idéntica en lo esencial á la concepción cristiana (1).

En aquella misma visita á París hizo conocimiento con el sabio Budeo, que le recibió con gran afecto, formando de sus facultades un juicio extraordinariamente ventajoso. Vives trató con este motivo de mejorar algo el estado de relaciones, de bastante tirantez á la sazón, entre Erasmo y el humanista francés; mas al renovarse la correspondencia entre ambos rivales, sobre *El Valor de la sabiduría* siguió aquélla tomando un giro bastante agrio. Posteriormente se ha presentado con frecuencia á Erasmo, Budeo y Vives como el «supremo triunvirato en la república del saber (2)» adjudicándose al primero la primacía de la elocuencia, al segundo la del talento, á Vives la del juicio. Sin desconocer que el gran renombre de Vives fué debido á sus obras posteriores, es lo cierto que jamás se le prodigaron tantos encomios como en esta época de su vida. En 1520 (3) escribió Tomás Moro á Erasmo una carta llena de alabanzas á Vives, citando con especialidad sus declamaciones, donde se ven feliz y raramente unidas la maestría del estilo y la pluralidad de conocimientos con el propósito didáctico más excelente. Halla, con gran satisfacción de su parte, en el es-

(1) Vid. en particular el extraño pasaje, tomo v, pág. 160, edición de Valencia: «*Quae ego poteram quidem pressius et spinosius more vestrorum Stoicorum dicere*»; donde es indudable que por estoicos debe entenderse los teólogos.

(2) Vid. Mayans: *Vita Vivis*, opp. 1, pág. 40. Du Pin impugna este paralelo por creer que debe colocarse á Vives en lugar más bajo que á los otros dos; pero, en justicia, puede esto decirse mejor de Budeo, bien que haya éste sido menos olvidado que aquél por la posteridad ante la reconocida importancia universal de Erasmo. De cualquier modo será difícil negar que Vives ocupó uno de los primeros puestos entre sus contemporáneos, por la finura y originalidad de su juicio.

(3) Figura esta carta en la edición de 1521 sin fecha; y en la de 1540, refiriéndola al año 1519 con evidente error. Naméche, pág. 23, tropieza con dificultades á causa de la cronología equivocada, sin reparar en la circunstancia de que la carta habla de la próxima entrevista de los monarcas de Francia y de Inglaterra en Calais, la cual es sabido se verificó el año 1520.

crito contra los pseudo-dialécticos, ideas que había él antes concebido y las cuales se ven confirmadas por el sabio español; en suma, considera ejemplar casi único en su clase el de un autor tan joven, provisto ya de cualidades tan variadas y relevantes. Contéstale Erasmo con nuevas alabanzas á su vez, diciendo con modestia un tanto afectada que era Vives uno de los que habían de eclipsar su propio nombre, y á seguida estampa esta curiosa observación: «Es un hombre de notable sentido filosófico, que menosprecia con perseverancia á la señora que de todos recibe homenaje, si bien á pocos distingue con sus favores. Y con todo, no es posible carezcan de fortuna un espíritu y una cultura como los suyos.» Poco después escribe á Budeo en estos términos: «O conozco mal á Vives, ó no ha de descansar hasta dejar postergados á todos los demás.» El mismo Budeo, después que recibió la visita de Vives, mantuvo con él activa correspondencia.

No tardó Vives en hallar ocasión de mostrar sus aptitudes filosóficas. A principios de 1521 murió inopinadamente el joven Cardenal de Croy sin dejar asegurada la subsistencia de su maestro, contra lo que todos esperaban, viéndose éste rodeado de apuros cuando tenía comenzados trabajos literarios en grande escala. Entonces ideó Erasmo hacer una edición de las obras de San Agustín y encargó á Vives la revisión de los veintidós libros *De Civitate Dei*, tarea que el joven valenciano confiaba terminar en un plazo de dos ó tres meses, pero que se prolongó indefinidamente, pues habiendo fallecido el Cardenal en Enero de 1521, fecha en que empezara Vives su trabajo, enfermó éste á su vez y hubo de trasladarse de Lovaina á Brujas, buscando los solícitos cuidados de sus paisanos. Erasmo se impacientó por la tardanza, y no está exenta su conducta del reproche de desconsideración ante el cambio que en la vida de Vives produjo la muerte de su protector. Desaparecieron los extremados encomios que hasta entonces le había dirigido, y aun parece que más tarde mostrábase descontento del trabajo sobre San Agustín, haciéndose eco del librero que se quejaba

de la escasa salida de la obra y de que los comentarios á los libros *De Civitate Dei*, en medio del prestigio y aun aplauso que conquistaron, habían también despertado sensibles disgustos entre los fanáticos partidarios del catolicismo de la Edad Media.

En una carta que dirige Vives á Erasmo, fechada en Brujas á 10 de Julio de 1521, manifiéstale que se halla bastante restablecido, pero que deseaba continuar en aquella ciudad para hablar con el emperador Carlos V y con Tomás Moro acerca de su porvenir, aprovechando la próxima entrevista del primero y el embajador inglés Cardenal Wolsey. Con este motivo dice que desde la muerte del Cardenal hasta entonces le ha sostenido la reina (*pecunia reginea*), siendo indudablemente Catalina de Inglaterra á quien se refiere; mas no es fácil averiguar si se trataba de una renta ó de cantidad entregada de una vez. Parece que gozó Vives de gran predicamento cerca de Carlos V; en cuanto á Moro, ya hemos visto cómo le consideraba. Con todo, no resulta que obtuviese nada positivo en aquella ocasión para Vives, aunque es probable que se preparase entonces su viaje á Inglaterra, y que fuese debida á tales conferencias su dedicatoria del comentario á *La Ciudad de Dios* á Enrique VIII. La reina Catalina desde luego era grandemente aficionada, de tiempo atrás, á los talentos de su joven compatriota. Ha llegado á decirse (Fiddes: *Vida del Cardenal Wolsey*) que Vives era ya en 1519 profesor de retórica en Oxford; mas tal afirmación no se funda sino en un documento perteneciente á dicho año, en el cual da gracias la Universidad al Cardenal por el nombramiento de un nuevo profesor de retórica, sin citar la persona; habla, sí, de un *vir dissertissimus ab Hispania*, lo cual muy bien podía aplicarse á Vives. Nada tiene esto, por otra parte, de imposible, puesto que se veían entonces concurridas cátedras que ordinariamente sólo estaban abiertos algunos meses del año. Lo sorprendente sería que Tomás Moro no conociese á Vives en 1520; siendo, por lo contrario, de certeza muy probable el dato del mismo



autor arriba citado, de que viviendo todavía en Brujas, en 1517, fué Vives elegido uno de los primeros fundadores (*fellows*) del Colegio del Corpus Christi; noticia que se halla en *Athenæ Oxonienses*, de Wood (1), y que aun cuando no se indica, bien pudo haberse tomado de los mismos libros del Colegio.

Erasmus solía aconsejar en todas ocasiones á Vives que buscase, dondequiera estuviese, los medios precisos para poderse consagrar enteramente al estudio (2); pero éste, que no poseía la flexibilidad de su consejero, y era además orgulloso en demasía para emplear los medios que hicieron á aquél lograr sus fines, contestábale que eso no estaba en su mano, y que si en ello consistía la felicidad, no era cada uno fautor de su fortuna.

En el siguiente invierno empezaron á llevar á los tribunales á los luteranos en los Países Bajos, y el partido reaccionario de Lovaina se ensañaba más y más contra los novadores. Escribía Vives en 19 de Enero de 1522 á Erasmo, el cual se había vuelto muy pusilámne por entonces, que estaba seguro de que también á el le tenían por luterano y que le tratarían violentamente, pero que no sentía temor alguno. Que eran las mismas gentes que en Holanda le consideraban partidario de Lutero las que en Alemania no le tenían por tal. Ofrécese, una vez terminado el trabajo de San Agustín, á interceder por Erasmo en la corte misma, donde espera gozar todavía algún influjo. Pero, en último término, le amonesta que busque la tranquilidad en su consecuencia de cristiano únicamente. Mucho dependía en aquellas circunstancias de la actitud del nuevo Papa (Adriano VI) respecto al asunto en cuestión; «pero—le decía—¿quieres eximirte de la suerte común á todos los hombres honrados? Teniendo de su lado al mismo Jesucristo, á todas las gentes de ideas sanas y una conciencia pura, poco

---

(1) London, 1813, pág. 142. En la edición antigua, citada en la *Vida de Erasmo* de Knight, es pág. 63.

(2) *Ut parem otium ad vitam studiosam, undecunque quam*; carta citada, vol. VII, edición Val., pág. 157.

daño puede recibirse de los malos; y si te crees libre de culpa, no hay para qué preocuparte del fin que Dios te destina.» Al propio tiempo, uniendo á las palabras los actos, sigue escribiendo impávido en la obra donde más se inclina al sentido de la Reforma, y que por lo mismo fué después comprendida en el índice.

Fué, en verdad, una obra extraordinaria su *Comentario á la Ciudad de Dios*, en el cual aparecen innumerables elementos de la cultura antigua en todas sus esferas—en medio de la absoluta inutilidad de los comentarios de la Edad Media para su trabajo y de la carencia total de fuentes auxiliares y críticas como las que hoy tenemos á nuestra disposición—manejados con prodigiosa memoria y superior erudición, llenando aquellas páginas de disertaciones de todas suertes sobre historia, mitología, arqueología, filosofía, en suma, de cuantos ramos de conocimiento es capaz el hombre de cultivar. No es que á veces no resulte superfluo tanto alarde de ciencia; pero en el conjunto sirven aquellas explicaciones al fin de la obra original, penetrado por Vives fundamentalmente, según el espíritu mismo de su autor, y no sólo en las particularidades, por virtud de su gran conocimiento de la antigüedad, sino en la totalidad de la obra. Véase que con el estudio de San Agustín recibió principal impulso la propensión de Vives á la filosofía platónica y á relacionarla con el cristianismo; estudio que ciertamente no comenzó con ocasión de aquella obra, pues ya antes había emprendido con ardor la lectura de los Santos Padres, en las cuales estaba muy versado.

Según Mayans afirma, la censura de esta obra se fijó principalmente en estos dos puntos: en la burla que hacía de los comentaristas primitivos, y en el elogio de Erasmo; mas es notorio que en esto, á sabiendas ó no, se ha prescindido de lo esencial. Ciertamente que resultó muy contraria á los adversarios de la reforma eclesiástica la prueba de supina ignorancia de los anteriores comentaristas, algunos de los cuales te-

nían gran prestigio en la Iglesia, sobre todo por el ataque que envolvía al oscurantismo de la época, que se resistía á dejar paso á la nueva luz; y por lo mismo el pasaje más extenso que desapareció en los ejemplares expurgados fué el del prólogo que se ocupaba en aquellos puntos. Pero confrontando los demás pasajes tachados por la censura, hallaremos que fueron declaraciones muy distintas las que ésta condenaba; así, en la página 22, por ejemplo, se encuentra una enérgica condenación de la guerra entre pueblos cristianos; en la 27 una disertación sobre el bautismo, que primitivamente sólo se administraba á los adultos que tenían noción del sacramento; en la 172 se impugna la doctrina según la cual el emperador es señor de todos los países, haciendo observar que todos estos títulos fingidos no eran sino teas incendiarias que traían la perdición de los pueblos (1); en la página 221 comienza agria polémica contra los frailes mendicantes; en la 284 una explicación dogmática de la humanización de Jesucristo, demostrando que los Padres de la Iglesia afirman que aquél había vestido el hombre (*hominem*), no, la «naturaleza humana» (*humanitatem*), como decían los dogmáticos posteriores; con lo cual resultaba una herejía en labios de los Padres, siendo así que Jesucristo jamás había pensado en tales sutilezas; la página 368 contiene un pasaje sobre la gracia divina; en la 451 se dice que es perjudicial destruir á los ateos; en la 512 se impugnan las proposiciones referentes al ayuno; en la 529, dos sagaces observaciones, una acerca de la pompa que se ostenta en los títulos y trajes talares, con los cuales se quiere sustituir la verdadera ciencia (que nunca, á la verdad, ha estado

---

(1) Es significativa esta adición: «In culpa est impia et indocta jurisconsultorum argutatio.» Tales declaraciones, más bien políticas, como ésta y la de la pág. 22, son signo de una gran independencia de espíritu, dichas por un hombre que frecuentaba la corte de Carlos V, y no extrañará que disgustasen también á la Iglesia. El ejemplar que poseemos lleva esta nota manuscrita: «Hic liber est expurgatus secundum indicem expurgatorium», y tiene fuertemente tachados con tinta los pasajes arriba citados.

tan atrasada como desde que se inventaron los grados académicos) y otra contra las riquezas de la Iglesia. En la página 659, por último, puede verse una censura de la simonía y de las ocupaciones mundanales de los Obispos. Los pasajes que no citamos, son, en su mayor parte, ataques á los escolásticos.

Hase creído, á causa de los plenos poderes para introducir á su antojo modificaciones que dió Vives á Erasmo, al entregarle el manuscrito, que fueron por éste interpolados los pasajes contra los frailes y algunos otros de carácter satírico. Al efecto, aduce Mayans en el tomo I, página 28, un ejemplo que nada tiene de concluyente. De cualquier modo que sea, la mayoría de los pasajes rechazados por la censura llevan el sello de la autenticidad, y aunque muy rara vez toca Vives aquellos puntos en sus obras posteriores, no puede caber duda de que en todos ellos al sentido reformador de Erasmo acompañaba por completo la propia convicción. En cuanto á las ideas políticas, eran total y genuinamente suyas.

El trabajo que exigía la obra de San Agustín, más las tareas de la enseñanza que no por eso dejaba, llegaron á agotar en tal extremo las fuerzas de Vives, que se perturbó por completo su sistema nervioso. En 15 de Agosto de 1522 escribía á Erasmo, diciéndole que sentía como si sobre su cabeza gravitase un peso «igual al de diez torres»; que abrigaba el firme propósito de consagrar dos ó tres meses por entero al restablecimiento de su salud, pero al mismo tiempo dale cuenta de haber comenzado un nuevo libro á los cuatro días de concluído el de San Agustín. Por esto mismo no puede darse excesivo valor á la manifestación que en la misma carta hace, de que está tan fatigado de la vida de la enseñanza, que cualquier cosa es capaz de hacer antes que continuar en ella; pero si nos demostrará la lucha que mantenía su inclinación al trabajo libre de escritor y la necesidad de una tarea práctica, dura y penosa; de todos modos, es indicio de un gran cansancio en aquellos momentos.

No hay que olvidar que á sus clases en la Universidad,

que le absorbían tres horas diarias, según Paquot (1), se agregaba indudablemente otra serie de trabajos particulares con los muchachos puestos á su cuidado, algunos de los cuales es probable habitasen en su misma casa. Mas si bien desde entonces parece que no volvió á la vida activa de la enseñanza, el modo cómo menciona con frecuencia en obras posteriores á sus alumnos de Lovaina, la correspondencia que con varios de ellos sostiene, y la viveza con que diez y siete años más tarde pinta según recuerdos y experiencias propias la vida escolar, son testimonio de que había abrazado las tareas pedagógicas, no sólo con la mayor seriedad, sino con toda inclinación y amor. En general, no se apartó ahora ni nunca de esta esfera de ideas; y cuanto más holgura gozó después, tanto mayor fué la parte que en varias de sus obras consagró á la educación y perfeccionamiento de la juventud.

Es asimismo de índole pedagógica, en gran parte, la obra que empezó Vives á escribir, como por vía de esparcimiento, en seguida de terminar la de San Agustín: aludimos á los tres libros *De Institutione foeminae christianae*, dedicados en 5 de Abril del siguiente año á su protectora la reina Catalina de Inglaterra, en los cuales trata de la educación y de la recta conducta de la mujer cristiana en sus tres aspectos de doncella, casada y viuda. El libro tercero, que se refiere á este último estado, es muy breve; los otros dos contienen extensas disertaciones sobre la enseñanza de las jóvenes y sobre los deberes educadores de una madre: de ellos volveremos á tratar más adelante. Lo que desde luego cabe suponer, dados los antecedentes de la educación de Vives, genuinamente española y católica, es que en modo alguno coinciden muchas

---

(1) *Mémoires pour servir à l'histoire lit.*, citadas en Namèche, página 21. En ellas se da también la noticia de que Vives, á partir del 5 de Mayo de 1522, estaba autorizado para dar clases públicas, que desempeñaba por la mañana en la Universidad y por la tarde en un edificio particular.

de las ideas de aquel libro con las nuestras actuales de protestantes alemanes. Por algo también estaba dedicado á una princesa española, formada con espíritu austero y sombrío. Como altamente significativo señalaremos el hecho de que Vives quiere que se deje vivir á la joven sin que trate ni conozca á hombre alguno. Es para él absolutamente extraño el amor puro y noble entre ambos sexos, así que rechaza que el matrimonio se funde en el mutuo cariño, exigiendo que la doncella se mantenga por completo pasiva tocante á su casamiento, y que acepte sin voluntad propia lo que sobre ella dispongan sus padres, siendo únicamente un deber suyo amar al hombre que se le destina, como á señor absoluto. Cita Vives como cosa inaudita en su país el que en los Países Bajos de Bélgica, donde él vivía (y por tanto entre población germánica) hubiesen rechazado algunas jóvenes á sus novios por la sola razón de que no los habían antes tratado ni tomado cariño (tom. IV, pág. 17, ed. Mayans), y añade que eso donde debe suceder con frecuencia es en Creta. Es inseparable, naturalmente, de esta ética monacal la discusión amplia y detallada de las cuestiones sobre el estado de castidad que hanse difundido desgraciadamente en la teología moral católica bajo el influjo de los pueblos románicos.

En medio de todo, está la obra que examinamos llena de rasgos de un vigor de espíritu y de una penetración de entendimiento extraordinarios; hay mucha verdad y acierto en las censuras á las diversiones de máscaras, á los placeres del baile, etc., etc., como en la mayor parte de cuanto se refiere particularmente á la educación. Debe también notarse que la obra *De Institutione foeminae christianae* ha sido traducida más de una vez al alemán. (Augsburgo, 1544, con grabados; Francfort, 1566.)

Muerto el cardenal de Croy, había deseado Vives ocupar un puesto análogo cerca del archiduque Fernando; pero vedándole su temperamento orgulloso una pretensión directa, nada llegó á obtener. Una osada astucia del partido monacal

impidióle también ser maestro de un hijo del duque de Alba. En Lovaina predominaba cada vez más la reacción, y Vives llegó á pensar seriamente en buscar su porvenir en Inglaterra, donde tenían más boga las humanidades entre la clase alta que en los Países Bajos, y parecía ofrecerle camino llano á su posición tanto el favor de la reina y el de Tomás Moro, como su íntima amistad con Erasmo, que contaba allá con numerosos admiradores. No diremos con certeza si en el año 1522 realizó ya Vives su propósito; de cualquier modo, no fué duradera su estancia en Inglaterra, pues su famoso escrito al Papa Adriano VI acerca de la situación de Europa está fechado en Lovaina el 12 de Octubre de 1522. Parece ser, por tanto, que todavía explicó en esta ciudad, probablemente por última vez, en el semestre de invierno de 1522 á 1523.

Es aquel documento un singular testimonio de gran independencia de espíritu á la par que de elevados y nobles impulsos. Era ya el nuevo Pontífice conocido de Vives desde la corte de Carlos V; por eso alude á la correspondencia que con él mantuvo siendo deán de Lovaina, y antes de haberse elevado á la categoría más alta de la cristiandad. Aprovechase de esta circunstancia para decirle sin rodeos su opinión acerca de lo que debería hacer desde aquel puesto. Pide que el Papa emplee todo su prestigio para restablecer la paz entre los soberanos de Europa, y que proceda á la convocación de un Concilio ecuménico con el fin de poner término á las disensiones de la Iglesia. Hállanse en la carta á Erasmo tantas veces citada, indicaciones del temor que abrigaba Vives de que el nuevo Papa, por virtud de su anterior posición, dependiese demasiado del emperador y no comprendiese bien la alteza de su nuevo estado. Claro es que esto no se trasparentaba en el escrito, donde abundaban las frases comunes y corrientes de que nadie más á fondo que el mismo Papa sabía lo que era menester obrar, y otras por el mismo estilo. Sin embargo de todo esto, el tono general de la misiva es de una sinceridad y franqueza casi exageradas, siendo de notarse

la censura abierta de los anteriores Pontífices á cuya vida y gestión política consagra duras palabras. Felicítase Vives de que por fin haya esta vez alcanzado aquel puesto una persona de costumbres puras, y únicamente por su propio mérito, mientras que antes se había dado al poder ó á la opulencia, merced al engaño y la astucia; pero á la vez recela también que Adriano halle dificultades insuperables para las precisas reformas en los que le rodean, en la situación y ambiente creados por sus antecesores. Resulta de esto que casi menos que un voto y felicitación, es una advertencia para que acierte á comprender en toda su amplitud la misión á que está llamado.

Sigue luego una extensa condenación de las calamidades de la guerra, llena de rasgos de originalidad, que á pesar de todo dejaremos á un lado para decir algo sobre el estado de perturbación de la Iglesia. Hay, según Vives, no pocos hombres que, sea cualquiera en el fondo su manera de pensar, han rebasado los límites convenientes atacando aquello que está fundado, bien sobre leyes divinas, bien por una tradición unánime. Este mal sólo tiene remedio, como en todos tiempos ha sucedido, en un Concilio general, medida que han creído perjudicial muchos Papas, por entender que perdían con ella su autoridad. Este temor á la discusión pública parece más bien señal de conciencia insana, cosa de que estaba bien libre Adriano. Era, pues, menester convocar un Concilio en sitio seguro para todo el mundo, y en él debatir fundamentalmente la cuestión íntegra. Había que conceder algo á los que declaraban que hasta entonces sólo se les habían opuesto particulares opiniones, no una autoridad sólida y por todos reconocida; era menester no despreciar á tantos millares de almas por quienes había padecido el Señor. ¿Qué no sería preciso hacer para conseguir tan sólo conquistar una ciudad turca, y cual no había de ser el fruto si se bautizase á todos sus habitantes? Pues bien; tratábase ahora de volver al verdadero camino tantos países cristianos extraviados, cosa que bien



merecía toda clase de esfuerzos. Además, aun sin este conflicto, habría sido preciso reunir un Concilio para combatir otra porción de males, y en él había que deliberar con gran paz de ánimo ante todo sobre lo relativo al fin de la piedad y la santidad de las costumbres, dejando á la controversia y á la libre opinión de las escuelas resolver todo aquello acerca de lo cual es lícito discutir, siempre que nada perdiesen la religión y los buenos hábitos. Luego discurre y razona ampliamente la idea de que debe concretarse el dogma á lo más preciso, sin pretender que abarque todas y cada una de las cuestiones; exponiendo puntos de vista interesantes, no sólo por lo que se refiere al punto de vista religioso de Vives, sino para su pensamiento en general. Más tarde vendremos á este mismo asunto, bajo diferente aspecto, al tratar de su crítica de las ciencias naturales.

Desde 1520 á 1522, aparte de algunos trabajos de menor empeño (1), escribió, según todas probabilidades, el diálogo *Sapiens*, que si no muy extenso, es de gran riqueza en el fondo, á la vez que muy interesante en la esfera pedagógica. Su forma, como suele ocurrir en muchos de sus anteriores escritos, es la de un diálogo entre el autor y algunos de sus amigos; su contenido puede calificarse de crítica humorística, aunque sería internamente, del modo de enseñar y estudiar entonces, viéndose que continúa y aumenta sus ataques á los pseudo dialécticos. Al final de la introducción hace notar que por esta vez se contenta con fustigar en broma á los responsables de que se difunda una ciencia aparente y engañosa; pero que si no bastase esto, proponíase presentar con toda evidencia, en otra obra de mayor extensión, las necesidades de

---

(1) Un complemento de Suetonio (comienzo de una biografía de Julio César), dedicado á uno de sus más aprovechados discípulos; introducciones á un curso sobre los *Convivia* de Philelpho (en las que se cita á León X, vivo todavía), sobre el 4.º libro de la *Rhetorica ad Herennium*, y quizá también sobre *Cicero de legibus*. En el último habla de un numeroso auditorio de juristas, cosa que más bien debe referirse á Oxford que á Lovaina.

tales gentes, propósito que notoriamente puso en práctica en su obra maestra *De Disciplinis*. Nótase en toda ella un ligero tinte escéptico que hace recordar á Agrippa de Netteshein, pero sin que el escepticismo de Vives se dirija nunca en general á la posibilidad del saber; antes bien, aparece sólo como una crítica de los métodos al uso y va siempre unido á la indicación de su mejora; toda la esfera del saber, no obstante, dominada como está por tanta apariencia, hállase colocada por Vives, á sabiendas, más baja de lo que á los sabios comúnmente parece, y resueltamente subordinada á la esfera de la moral.

En la introducción á este diálogo se halla una idea que bastaría para caracterizar la libertad de pensamiento del autor; dice que la razón de haber existido tantos sabios en Roma, en Atenas y en los primeros siglos del cristianismo, es el que entonces dominaba en aquellos estados libres una manifestación también libre de las opiniones, la cual ataca y aniquila toda maldad y perversión, mientras que ahora son muy escasos los hombres sabios, por ser la adulación quien impera en la sociedad. Tiene también el diálogo por escena la Universidad de París: los tres amigos, Vives, Gaspar Lax y Nicolás Berardo, van recorriendo uno por uno todos los hombres de ciencia sin lograr dar con un solo sabio verdadero. Empiezan por el «gramático», á quien encuentran ocupado en las tareas de su aula, preguntando á uno de los muchachos en qué mes murió Virgilio.—En Setiembre, contesta.—¿En dónde?—En Brindis.—Y ¿qué día era del mes de Setiembre? Equívocase en un día el interrogado, por lo cual aplícale el tribunal penal el castigo de la vara. Viene luego una cuestión acerca de si debe leerse *omneis homines* ú *omnes homines* al principio de la guerra catilinaria; otras sobre la barba de Rómulo, sobre la manera que tuvo de levantarse Alejandro Magno cuando se cayó una vez en Asia, etc., etc. Pasan después al «poeta», quien ofrece varias noticias de la mitología; cómo hirió Diomedes á Venus y á Marte, del adulterio de estos dioses á los

cuales encadena Vulcano; de cómo se transforma Licaón en un lobo, y otras semejantes. Ahí tenéis—exclama Gaspar Lax—lo que es la sagrada teología de los poetas; todo ello vanidad y cosas profanas; si nos propusiésemos buscar un poeta para que glorificase á Dios y á sus obras, no lo encontraríamos en parte alguna. Por último, se llama al poeta «pariente del diablo», incapaz de hablar sin mentir. Ahora vamos al «dialéctico». Este presenta el siguiente artificioso problema: Sean dos asnos, dos hombres y tres ángeles; de la mitad de cada uno de los asnos resulta un tercero. Ahora bien; dos ángeles y un hombre han de poseer dos de aquellos asnos, que serán el primero y el tercero *copulativim* y otros dos ángeles con el hombre restante, el segundo par de asnos *copulative*. En seguida voy á probaros que la proposición copulativa es posible é imposible al mismo tiempo, según la forma de significación de los términos (1). Esto basta para que Gaspar Lax disertase acerca de la decadencia de la lógica, degenerada hasta convertirse en el arte de los acertijos. Con lo cual vuelven las espaldas al dialéctico.

Del «físico» tampoco oyen más que vanas sutilezas; pónenle en un trance que denuncia desde luego al empírico. Habla tanto de la blancura el filósofo de la naturaleza, que Vives se determina á preguntarle cómo es posible hacer pasar á un objeto el color blanco. Mediante un agente—contesta—agregándole un grado tras otro. Pero ¿mediante qué clase de agente? Pues un agente natural, ¿qué sé yo? Llámese *a* ó *b*, según te plazca. Entonces exclama Vives: En vez de explicarme el color blanco me enseña letras, el *a*, *b*, *c*.

Después de emplazar igualmente al «retórico» y al «astrólogo», quiere Vives ver á los matemáticos, esto es, á los que

---

(1) Vid. tomo iv, pág. 25, ed. de Mayans. No podríamos responder de la absoluta exactitud de la argumentación; parece que hay un principio de la doctrina de la combinatoria en lo de formarse varias parejas del tres. Sobre la diferencia entre *copulativim* y *copulative* y la posibilidad de formar la «copulativa», vid. Prantl, *Historia de la lógica*, pág. 131, nota 551.

enseñan geometría, aritmética, música, astronomía y perspectiva (óptica); pero resulta que en París no se enseña la matemática, y en su lugar sólo se hallan vanas discusiones sobre los puntos, líneas y superficies, su divisibilidad ó indivisibilidad, etc. Tras esto toca el vapuleo á los jurisconsultos y médicos; de los primeros dice Beraldo que antes fueron ciertamente hombres sabios, pero ya no pasan de unos sagaces embusteros, por cuyas artes quedan todas las leyes estropeadas; de los últimos, que en nada se diferencian del verdugo, el cual mata sin responsabilidad y encima cobra dinero; pero como están tan ocupados, no cabe esperar de ellos una entrevista. Finalmente, obtiene el lauro la teología, pero no la escolástica, de que se burla Erasmo y es también condenada sin reservas por Vives, sino otra muy distinta, la teología de un sencillo anacoreta, el cual les declara que la sabiduría es hija de Dios, y el temor de éste el principio de ella. No se refiere la ciencia principalmente á las cosas terrenas sino al conocimiento del alma. No es propia de ningún mortal la sabiduría completa; pero á medida que se abandona lo mundano y se persigue con afán la verdadera sabiduría, hácese el hombre grato á Dios.

Nada circunstanciado se sabe acerca del viaje que Vives tuvo que hacer á España en 1523; desde luego no se fué muy satisfecho, pues aparte de que vió frustrados sus planes para asegurarse la subsistencia en los Países Bajos, á poco de su partida (vid. la carta de 10 de Mayo á Erasmo, ed. de Mayans, VII, 175) recibía noticias bien mortificantes acerca del éxito de sus obras. Froben se quejaba de que la de San Agustín obtenía escasa salida—aunque luego se hicieron de ella muchas ediciones (vid. Mayans, *Vita Vivis*, opp. I, pág. 46),—cosa que se explica por haber salido fallidos sus cálculos en Alemania, donde apenas se compraban otros libros que los de polémica en pro y en contra de Lutero. Parece que el librero Byrckmann, de Amberes, el cual se entendía con Froben para la venta en los Países Bajos é Inglaterra, enviaba noticias

completamente falsas, y por las cartas mismas de Vives se infiere su avaricia y absoluta infidelidad; dícese también que comunicaba á Basilea informes desfavorables sobre la fama científica de Vives y de su mérito, los cuales créese que no dejaron de hacer su efecto en el mismo Erasmo; hasta se afirmó que por consejo de éste había rechazado Froben editar algunos opúsculos de aquél. Vives estaba lejos de creerlo así, porque guardaba con firmeza su amistad y respeto hacia Erasmo, mientras que de parte de éste será bueno advertir que el amigo, el sabio Vives, subía ó bajaba en su favor á medida que la personalidad de Vives menguaba ó crecía en su predicamento é influjo entre los grandes. Disgustado el escritor español por aquella dependencia en que estaba el éxito de sus obras respecto de los libreros, decidió suspender su trabajo por largo tiempo una vez que se hubiese publicado el libro que había compuesto en aquella misma época para la reina de Inglaterra. Era, sin duda, la *Institutio foeminae christianae*, terminado en Abril de aquel año (1). Vives hizo su viaje á España por Inglaterra, y quizá la excelente acogida que en ésta obtuvo á su paso, le determinó á regresar á ella en vez de á los Países Bajos. A su vuelta recibieronle con igual ó mayor benevolencia, tanto el rey y la reina, el cardenal Wolsey, que estaba entonces en la plenitud de su poderío, como otros muchísimos personajes, entre los cuales figuraba, naturalmente, Tomás Moro. Bien pronto alcanzó gran renombre como profesor y como consejero, hallando además medios de proveer á sus atenciones con sólo el trabajo de pocos meses. Es inexacta la versión, en extremo difundida, de que Enrique VIII, á raíz de la dedicatoria del S. Agustín, había llamado á Vives para maestro de su hija María, y que con este cargo y con el de profesor en

---

(1) La dedicatoria está fechada el día 5, y esto justifica la expresión «his diebus» de su carta de 10 Mayo á Erasmo. Equivócase Namèche, pág. 22, al referir esto al plan de estudios para la princesa María, el cual no fué redactado hasta el otoño, en Inglaterra.

Oxford había pasado largos años sin interrupción en Inglaterra, hasta que, á consecuencia de su rompimiento con la corte, volvió á los Países Bajos, fijando su residencia en Brujas (1). En realidad, Vives pasó algunas temporadas al año en Inglaterra, desde 1523 á 1528; pero fuera de estas ausencias, le vemos otra vez en Brujas, donde vivía por lo menos durante las épocas de vacaciones, bastante largas de suyo, y semestres enteros. Por eso, en su carta de 15 de Octubre de 1527, le llama Erasmo, por broma, «ζῶν ἀμφίβιον, nunc natans apud Britannos, τῆς νομῆς χάριν, nunc nidulans καὶ ὠγονῶν apud Brugenses», de lo cual se infiere que Vives, después de haberse casado en Brujas el año 1524, estableció allí su morada y domicilio definitivo.

Según afirma Wood (*Athenae Oxonienses*, pág. 63, edición de 1513, pár. 142), inauguró Vives, en el otoño de 1523, dos cursos en Oxford, uno de humanidades y otro jurídico, y hacia fines de aquel mismo año recibió solemnemente la investidura de doctor en derecho civil. Por entonces es cuando se cree que honraban con su presencia aquellas cátedras el rey, la reina y los principales magnates de la corte (2). Desde luego, no creemos que se trate de un curso ordinario y seguido, pues aparte de sus frecuentes ausencias de Inglaterra, Vives dividía su tiempo entre Londres y Oxford; en la primera pasaba el día ocupado en la corte, quizá con más obligaciones que la instrucción de la princesa María. En una carta á Egidio Gualopo (ed. Mayans, vol. VII, pág. 208), aparece

(1) Vid., por ejemplo, Shwarz, *Historia de la educación*, que habla de Vives con gran prolijidad, y donde aparece el dato equivocado de que Vives estuvo preso en Inglaterra, después de 1532, y que á poco de esto se casó en Brujas.

(2) Wood consigna esto sólo como un rumor; pero se encuentra mencionado como un hecho efectivo en G. J. Vossio, en la dedicatoria de su *Aristarco*: vid. Mayans *Vita Vivis*, opp. I, pág. 76, donde se dice, sin citar fuente, que el rey iba con frecuencia á Oxford para enterarse de los progresos de su hija. No es de creer que ésta fuese á Oxford, ni parece que Vives le diese lecciones más que en Londres.

como asistente continuo á la corte y formando parte del séquito de la reina cuando, en sus carruajes, iba á misa. A la vez hace mérito de una porción de ocupaciones (*tot negotiis districtus*) que no pueden referirse á la tarea exclusiva de la enseñanza, siendo muy probable que sirviese á la reina de secretario particular y de *factotum* en materias literarias. De otra carta (dirigida á Miranda, loc. cit., pág. 261) se deduce que en aquel período de su vida de corte era imposible pensar en trabajo alguno reposado; allí se lamenta Vives de tener que vivir de aquella suerte, pintando, quizá exageradamente, los inconvenientes de su situación. Dice que está *occupatus nihil agendo* y tan habituado á no hacer nada, que está imaginando cada vez nuevos quehaceres para sustraerse á las tareas serias y verdaderas; pero tal es la índole del cortesano: ora está ocupado en mil pequeñeces, ora pasa luengas horas mano sobre mano esperando que reclamen sus servicios. Describe su habitación, la cual está separada por un mal tabique de otros muchos dormitorios en donde reina un continuo estrépito; ni siquiera posee una mesa, sino solamente una silla, siéndole imposible leer, escribir, ni menos meditar. Luego, sus idas á palacio, bien distante, y de donde á menudo no vuelve en todo el día desde muy temprano. Quéjase también, como sucede en otras cartas, del clima de Inglaterra, y cree que si llegase á enfermar, le arrojarían á un muladar como si fuese un perro sarnoso.

A. LANGE,

Autor de la *Historia del Materialismo*.

(Continuará.)

## OBRAS NUEVAS

---

- Academia Española (Real).—Antología de poetas hispano-americanos, prólogo (299 páginas) de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Tomo 3.º Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. En 4.º, CCXCIX-492 páginas.—10 pesetas.
- Álvarez del Manzano y Alvarez-Rivera (F.).—Curso de derecho mercantil. En 4.º Cuaderno 11.—1,50 pesetas.
- Alzola (P. de).—Estudios de Administración Municipal.
- Anuario internacional de medicina y cirugía. Revista semestral. Tomo 18. En 8.º, XVI-597 páginas.—5 y 6 pesetas.
- Arenal (C.).—El visitador del pobre. En 8.º, 251 páginas.
- Armengol y Cornet (P.).—Ensayo de estudio de derecho penal. En 4.º mayor, X-117 páginas.—3 pesetas.
- Ascárate y Fernández (C.).—Insectos y criptógamas que invaden los cultivos en España. En 4.º, 780 páginas con grabados y 8 láminas en color.—15 pesetas.
- Balaguer (V.).—Añoranzas. En 4.º, XIII-223 páginas.—No se ha puesto á la venta.
- La mujer y el arte. (Conferencia.) En 4.º, 23 páginas.
- Barra (E. de la).—La hoja perdida del poema del Cid. En 4.º, 11 páginas.
- Becerro de Bengoa (R.) y Puerta (G. de la).—Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias. En 4.º, 70 páginas.—Tema: Tendencias de la química moderna.
- Boletín de la Real Academia de la Historia. Tomo 24. Cuaderno 4.º Abril de 1894.—Cada cuaderno 1,25 pesetas.
- Bori y Fontestá (A.).—Flores de Mayo. En 12.º, 125 páginas.—1 peseta.
- Brañas (A.).—Historia económica. En 8.º, 451 páginas.—7 pesetas.
- Caro (E.).—Littré y el positivismo, por E. Caro. En 8.º, 380 páginas.—3 pesetas.—Tomo 127 de la «Colección de libros escogidos».
- Casanova (S.).—El Doctor Wolski. En 8.º, 321 páginas.—3,50 pesetas.
- Castelló y Carreras (S.).—Colombofilia. En 4.º, 515 páginas.—10 pesetas.
- Concha Castañeda (J. de la).—Necrología del Excmo. Sr. D. Carlos María Perier y Gallego. En 4.º, 32 páginas.
- Contamine de Latour (E.).—La literatura siciliana. En 8.º mayor, 11 páginas y una hoja suelta de errata.
- Criado y Domínguez (J. P.).—Un sabio español del siglo XVIII. Fray Miguel de San José. En 4.º, 37 páginas.—No se vende.
- Chápuli Navarro (A.).—Siluetas y matices (galería filipina). En 8.º, XVI-323 páginas con grabados.—3,50 pesetas.
- Daudet (A.).—Cuentos y fantasías, por Alfonso Daudet. En 8.º, 304 páginas.—3 pesetas.—Tomo 125 de la «Colección de libros escogidos».
- Documentos presentados á las Cor-



- tes en la legislatura de 1894 por el Ministerio de Estado. En folio. xv-140 páginas. (Negociaciones diplomáticas sobre los sucesos de Melilla.)
- Esgrig y Martínez (J.)—Diccionario valenciano castellano. Cuaderno 29, páginas 1.121 á 1.160. En 4.º, á tres columnas.—1 peseta.
- España Moderna (La.)—Revista ibero-americana. Director propietario, J. Lázaro. Abril de 1894. En 4.º, 206 páginas.—Sumario: España en la Biblia, por Fr. R. Martínez Vigil.—Cabeza y Corazón (dolora), por Ramón de Campoamor.—La educación del Rey, por Adolfo Posada.—Lo verde, por el Dr. Thebussem.—Las cinco cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, por el Licenciado Pero Pérez.—Adán y Eva (novela), continuación, por Emilia Pardo Bazán.—Revista crítica, por M. Menéndez y Pelayo.—Crónica internacional, por Emilio Castelar.—Impresiones literarias, por F. F. Villegas.—El Español Blanco White (conclusión), por W. Gladstone. Obras nuevas.
- Estadística general del comercio exterior de España con sus provincias de Ultramar y potencias extranjeras en 1892. En folio, xxxi-933 páginas.—6 pesetas.
- Estado general de la Armada para el año de 1894. 2 tomos en 8.º; tela.—6 pesetas.
- Exposición universal de Chicago de 1893. Adición al catálogo de la sección española: comprende las islas de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas, publicada por la Comisión general de España. En 4.º, xv-124 páginas. Encartonado.
- Fernández Gómez (A.) y Torres y Puig (A.)—Discursos leídos en la sesión inaugural del año académico de 1893-94 de la Academia Médico-Quirúrgica Española. En 4.º, 99 páginas.—Tema: ¿Puede actualmente el método experimental satisfacer por sí solo las exigencias de la terapéutica aplicada?
- Foronda (M. de).—Cervantes en la Exposición histórico-europea. En 8.º, 95 páginas.—2,50 pesetas.
- Frases italianas para uso de los peregrinos españoles. En 12.º, 16 páginas.—0,15 peseta.
- Gómez Ocaña (J.)—Fisiología del cerebro. En 4.º, 235 páginas.—5 pesetas.
- Guadalerzas (M. de) y Carretero y Muriel (M.)—Discursos leídos en la solemne sesión inaugural de 1894 de la Real Academia de Medicina. En 4.º mayor, 32 y 33 páginas.—Tema: Estado de la Hidrología médica española en los siglos xvii y xviii.
- Hartzenbusch (E.)—Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños, desde el año 1661 al 1870. En 4.º mayor, xii-424 páginas á dos columnas, y un cuadro gráfico del desarrollo de la prensa periódica madrileña desde 1661 á 1870.—7 pesetas.
- Homenaje á Miguel de Cervantes Saavedra, soldado de la infantería española. En 4.º, páginas 337 á 384.—1 peseta.
- Iglesia (G. la).—Impuesto sobre los vinos. (Reglamento de 29 de Marzo de 1894.) En 8.º, 36 páginas.—1 peseta.
- Laborde y Winthuysen (F.)—Lecciones de higiene privada y pública. En 8.º mayor, 2 tomos, 465-x y 477-x páginas.—20 pesetas.
- Labra (R. M. de).—La intimidad ibero-americana (discurso). En 8.º, 41 páginas.
- Lázaro (J. B.)—Ermita de Santa Cristina en Lena (Oviedo). Reseña de las obras hechas para su restauración. En 4.º mayor, 33 páginas y 4 láminas; tela.—10 pesetas.
- Letamendi (J. de).—Curso de química general ó canon perpetuo de la práctica médica. En 4.º, 2 tomos, 738 y 156 páginas con grabados intercalados en el texto.—18 pesetas.
- Lista oficial de los buques de guerra y mercantes de la Marina española, con expresión de sus nombres, señales distintivas, dimensiones y otros datos estadís-

- ticos. En 4.º, 135 páginas.—1 peseta.
- Lombroso (C.), Ferri (E.), Garofalo (R.) y Fioretti (G.)—La escuela criminológica positivista, por C. Lombroso, E. Ferri, R. Garofalo y G. Fioretti. En 4.º, 307 páginas.—7 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.
- López Peláez (A.)—Historia del culto eucarístico en Lugo. En 8.º, 78 páginas.—1 peseta.
- March y Reus (J. A.)—Clave telegráfica internacional. En 4.º, xvi-1.318 páginas; tela.—25 pesetas.
- Medina (L.) y Marañón (M.)—Biblioteca manual de derecho español. *Leyes de hacienda de España* conforme á los textos oficiales. Dos tomos.—15 pesetas.
- Memoria leída en la Junta general de Accionistas del Banco de España. En 4.º mayor, 40 páginas.
- Memoria presentada por la Junta directiva á la Asamblea general de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Madrid. En 4.º, 48 páginas.
- Memoria de los actos y tareas de la Asociación de escritores y artistas españoles durante el año 1893. En 4.º, 78 páginas.
- Memoria y cuenta general del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Madrid, correspondientes al año de 1893. En 4.º mayor, 76 páginas y una lámina. (Representación gráfica de los saldos de capitales y número de imponentes.)
- Memorial histórico español; colección de documentos, opúsculos y antigüedades que publica la Real Academia de la Historia. Tomo 29.—Historia de Carlos IV, por D. Andrés Murriel. Tomo 1.º En 4.º, viii-289 páginas.—3,50 pesetas.
- Moreno y Pozo (A.) y Cortejarena y Aldebó (F. de).—Discursos leídos ante la Real Academia de Medicina. En 4.º mayor, 110 páginas.—Tema: Constitución de la cirugía desde su origen hasta la época actual.
- Muro (A.)—Diccionario general de cocina, ilustrado con cromos de lujo. En 4.º. 2 tomos, 1.019-1.033 páginas, á dos columnas.—25 pesetas.
- Núñez de Prado (J.)—La conquista de Tetuán. En 4.º, 34 páginas.
- Ollero (A. F.)—Los derechos pasivos del magisterio de Ultramar. En 8.º, 39 páginas.—1,50 pesetas.
- Orbaneja y Majada (E.)—Diccionario de legislación de instrucción pública. En 4.º mayor. 2 tomos, 720-650 y 62 páginas.—30 pesetas.
- Ordenanzas del ejército armonizadas con la legislación vigente.—En 8.º mayor, 243 páginas.—2 pesetas.
- Oriol (R.)—Anuario de las minas y fábricas metalúrgicas de España. En 4.º, x-213 páginas; tela.—10 pesetas.
- Ortiz (P.)—Guerrillas y masas. En 12.º, 164 páginas.—0,50 pesetas.—Tomo 67 de la «Biblioteca selecta».
- Palacio (M. del) y Barrantes (V.)—Discursos leídos ante la Real Academia Española. En 4.º mayor, 58 páginas.—Tema: Sobre la poesía.
- Palacio Valdés (A.)—El origen del pensamiento. En 8.º, 477 páginas.—4 pesetas.
- Paniagua (E.)—Manual práctico de viticultura. En 4.º, 516 páginas con 79 grabados.—8 pesetas.
- Pensamientos sobre la oración y ensayo de oraciones universales. En 8.º, 56 páginas.
- Pérez Villalvilla (A.)—Directorio del cristiano. En 8.º, 312 páginas. 1,50 pesetas.
- Quevedo y Medina (R.)—Notas á la vista. Tratado teórico práctico de los productos alimenticios. En 8.º, 485 páginas; tela.—4 pesetas.
- Ramirez de Arellano (R.)—Paseo artístico por el campo de Calatrava. Estudio de las tres principales residencias de la orden, ó sea Calatrava la vieja, Calatrava la nueva y Almagro. En 4.º, 63 páginas.—Tirada de 200 ejemplares, no puestos á la venta.
- Reglamento para la percepción del impuesto sobre los vinos de 29 de

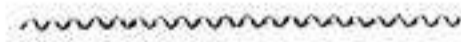
- Marzo de 1894. En 8.º, 62 páginas.—0,50 pesetas.
- Renán (E.)—Estudios de historia religiosa por Ernesto Renán, de la Academia Francesa. En 4.º, 300 páginas.—6 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.
- Revista de geografía comercial. Tomo 5.º En folio, á dos columnas, 56 páginas.—4 pesetas.
- Revista internacional. — Director J. Lázaro. Año I. Marzo de 1894. Núm. 3.º En 4.º, 204 páginas á dos columnas.—Sumario: La embustera, por Alfonso Daudet.—El lord helado, por Eugenio Mouton (Merinos).—Punín y Baburín, por Iván Turguenef.—Una historia sin nombre, por J. Barbey d'Aurevilly.—Los paraísos artificiales, por Carlos Baudelaire.—Littré y el positivismo, por E. Caro.—Mi juventud, por el conde León Tolstoy.—Índice.
- Número 4.º Abril. En 4.º, 208 páginas.—Sumario: Tamango, por Próspero Merimée.—Un matrimonio de cantantes, por Alfonso Daudet.—Escenario, por Francisco Coppée.—La fanfarlo, por Carlos Baudelaire.—E. Littré y el positivismo (continuación), por E. Caro.—Mi juventud (continuación), por el conde León Tolstoy.—Madama de Girardin, por Teófilo Gautier.—Mujer flaca, por Teodoro de Banville.—Una página de historia, por J. Barbey d'Aurevilly.—Giacomo Leopardi, por W. E. Gladstone.—Honrato de Balzac.—Índice.
- Riaza y Simarro (E.)—Prácticas de contabilidad. En 4.º mayor, 237 páginas y 4 hojas plegadas.—5 pesetas.
- Ribera y Sans (J.) y Mariani y Larrión (J. M.)—Discursos leídos en la Real Academia de Medicina. En 4.º mayor, 180 páginas.—Tema: Reflexiones acerca de la Laparotomía.
- Ríos (R. A. de los).—Trofeos militares de la reconquista. Estudio acerca de las enseñas musulmanas del Real Monasterio de las Huelgas (Burgos) y de la Catedral de Toledo. En 4.º, 209 páginas.—20 pesetas.
- Romani y Puigdengolas (F.)—Concordancia del art. 5.º de la Ley de bases de 11 de Mayo de 1888, con el art. 12 del Código civil español y sus anexos. En 4.º, 61 páginas.—1,50 pesetas.
- Romeo y Belloc (B.)—Patria con honra ó sea España cuna de la humanidad. En 4.º, 48 páginas.—1,50 pesetas.
- Rubió y Ors (J.)—Bastero provenzalista catalán. Estudio crítico-bibliográfico. En 4.º mayor, 100 páginas.
- Sala y Villorete (P.)—El Padre nuestro como fórmula de religión y moral. En 8.º menor, 56 páginas.—0,50 pesetas.
- El concepto de catolicidad, por Pedro Sala y Villorete. En 8.º menor, 35 páginas.—0,25 pesetas.
- Sánchez de Toca (J.)—Problemas económicos y sociales. En 8.º, xcvi-466 páginas.—4 pesetas.
- Sanromá (J. M.)—Mis memorias. 1885-1868. Tomo 2.º En 4.º, 435 páginas.—5 pesetas.
- Sanz y Escartín (E.) y Azcárate G. de).—Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. En 4.º mayor, 107 páginas.—Tema: De la autoridad política en la sociedad contemporánea.
- Serrano de la Pedrosa (F.)—El derecho del pataleo. En 8.º, 231 páginas.—2 pesetas.
- Silvela (L.) y Torreanaz (Conde de).—Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. En 4.º, 91 páginas.—Tema: Exposición de los trabajos de Bentham en cuanto hacen referencia á España y á los del único expositor español de su célebre sistema.
- Simavilla y Sagastibelza (S.)—Memoria sobre el estado del Instituto provincial de 2.ª enseñanza de Navarra. En 4.º, 79 páginas.—No se ha puesto á la venta.
- Soler y Garde (F.)—Oportunidad y forma de la intervención quirúrgica como medio de tratamiento

- de las heridas de vientre por pequeños proyectiles de guerra. En 8.º mayor, 75 páginas.—2,50 pesetas.
- Soriano Donday (A.)—La suicida. En 8.º, 255 páginas.—2 pesetas.
- Taboada (L.)—El mundo festivo. En 8.º, 272 páginas.—3,50 pesetas.
- Teatro clásico moderno. Tomo 1.º Obras dramáticas de D. Manuel Bretón de los Herreros, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Antonio García Gutiérrez y D. Tomás Rodríguez Rubi. En 8.º, 432 páginas y un retrato.—3 pesetas.
- Teatro Real. Temporada de 1893 á 1894. Reseñas al día de estrenos y primeras representaciones de óperas, presentaciones, beneficios y despedidas de artistas, un prelude, un entreacto y funciones extraordinarias, con un estado de las óperas puestas en escena, con los turnos á que correspondieron, y una lista de abonados. En 8.º, 128 páginas.—2 pesetas.
- Tejada de Valdosera (C. de) y Torreanaz (C. de.)—Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. En 4.º, 63 páginas.—Tema: De la índole y extensión de las inmunidades parlamentarias.
- Thebussem.—Segunda ración de artículos del Dr. Thebussem, caballero del hábito de Santiago. En 4.º mayor, xvi-417 páginas.—3,50 pesetas.
- Tratado con Alemania. Dictamen de la Comisión y texto del tratado. En folio, 102-81 páginas á dos columnas y un estado del comercio de España con el imperio alemán.—Comisión especial de convenios de comercio.
- Turguenef (I.)—El reloj, por Iván Turguenef. En 8.º, 300 páginas.—3 pesetas.—Tomo 123 de la «Colección de libros escogidos».
- Valcárcel y Vargas (L.)—La pulmonía y su tratamiento. En 4.º, viii-480 páginas.—7,50 pesetas.
- Vega-Rey (L.)—Una más. En 8.º, 357 páginas.—1,50 pesetas.—Biblioteca de *El Folletín*.
- Viada y Vilaseca (S.)—Suplemento segundo á la 4.ª edición del Código penal. En 4.º, 639 páginas.—12 pesetas.
- Vidal y Careta (F.)—Viaje de la nao *Santa Marta* en el siglo xix. En 8.º, 94 páginas.—3,50 pesetas.
- Ximenez (A.)—La crisis de los ferrocarriles extranjeros que hay en España.—En 8.º mayor, 30 páginas.—1 peseta.
- Zozaya (A.)—La crisis contemporánea. La contradicción política. En 12.º, 144 páginas.—0,50 pesetas.—Tomo 67 de la «Biblioteca Filosófica».

## ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>El Hechicero</i> , por Juan Valera.....	5
<i>La Psicología de la juventud en la novela moderna</i> , por Rafael Altamira.....	35
<i>Villergas y su tiempo</i> , por V. Barrantes.....	53
<i>La Degeneración y el proceso Willié</i> , por Rafael Salillas.....	70
<i>Crónica científica</i> , por Luis de Hoyos Sainz.....	97
<i>Revista europea</i> , por Emilio Castelar.....	126
<i>Revista crítica</i> , por M. Menéndez y Pelayo.....	152
<i>Luis Vives</i> , por A. Lange.....	179
<i>Obras nuevas</i> .....	200



# BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA FILOSOFÍA É HISTORIA

- Tratado de las pruebas*, por Ricci, dos grandes volúmenes, 20 pesetas.  
*La Nueva Ciencia Jurídica*, por varios autores, dos grandes volúmenes con grabados, 15 pesetas.  
*La Génesis y la evolución del Derecho civil*, por D'Aguanno, 15 pesetas.  
*La Reforma integral de la legislación civil*, por José D'Aguanno, 4 pesetas.  
*La Criminología*, por Garofalo, 10 pesetas.  
*Indemnización á las víctimas del delito*, por Garofalo, 4 pesetas.  
*Derecho administrativo*, por Meyer y Posada, dos volúmenes, 10 pesetas.  
*Derecho político filosófico*, por Gumplowicz, 10 pesetas.  
*La Lucha de razas*, por Gumplowicz, 8 pesetas.  
*La Justicia*, por Spencer, 7 pesetas.  
*La Moral*, por Spencer, 7 pesetas.  
*La Beneficencia*, por Spencer, 6 pesetas.  
*Las Instituciones eclesiásticas*, por Spencer, 6 pesetas.  
*El Organismo social*, por Spencer, 7 pts.  
*Derecho internacional público*, por Neumann, 6 pesetas.  
*Derecho internacional privado*, por Asser y Rivier, 6 pesetas.  
*Origen de la familia, de la propiedad y del Estado*, por Federico Engels, 6 pesetas.  
*Novísimo concepto del Derecho*, por Alfredo Fouillée, 7 pesetas.  
*Crítica penal. Estudio de Filosofía jurídica*, por Carnevale, 5 pesetas.  
*Las Transformaciones del Derecho*, por Tarde, 6 pesetas.  
*El Duelo y el delito político*, por Tarde, 3 pesetas.  
*La Criminalidad comparada*, por Tarde, 3 pesetas.  
*Estudios penales y sociales*, por Tarde, 3 pts.  
*Teoría sobre los cambios extranjeros*, por Goschen, 7 pesetas.  
*Antropología y psiquiatría*, por Lombroso, 3 pesetas.  
*El Hipnotismo*, por Lombroso, 3 pesetas.  
*Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal*, por Lombroso, 3 pts.
- La Escuela criminológica positivista*, por Lombroso, 7 pesetas.  
*Antropología criminal*, por Ferry, 3 ptas.  
*Nuevos estudios de antropología criminal*, por Ferry, 3 pesetas.  
*El Visitador del preso*, por C. Arenal, 3 pesetas.  
*El Derecho de gracia*, por C. Arenal, 3 ptas.  
*El Delito colectivo*, por C. Arenal, 1,50 ptas.  
*Estudios jurídicos*, por Macaulay, dos tomos, 6 pesetas.  
*La Pena de muerte*, por Carnevale, 3 ptas.  
*La Casa de los muertos (La cárcel)*, por Dostoyusky, 3 pesetas.  
*La Novela del presidio (La vida penal)*, por Dostoyusky, 3 pesetas.  
*El Suicidio y la civilización*, por Caro, 3 pesetas.  
*Estudios de historia religiosa*, por Renán, 6 pesetas.  
*Mi infancia y mi juventud*, por Renán, pesetas.  
*Memorias íntimas*, por Renán, dos tomos, pesetas.  
*Mis memorias*, por Stuart Mill, 3 pesetas.  
*El Pesimismo en el siglo XIX: Leopardi, Schopenhauer, Hartman*, por Caro, pesetas.  
*Entré y el positivismo*, por Caro, 3 pesetas.  
*Filosofía del arte*, por Taine, 3 pesetas.  
*La Pintura en los Países Bajos*, por Taine, 3 pesetas.  
*El Arte en Grecia*, por Taine, 3 pesetas.  
*El Ideal en el arte*, por Taine, 3 pesetas.  
*Viaje á Italia*, por Taine, seis tomos, 18 pts.  
*Historia de América*, por Campe, dos tomos, 6 pesetas.  
*Pinzón*, por Asensio, 3 pesetas.  
*Estudios escogidos*, por Schopenhauer, 3 pts.  
*La Conquista del pan*, por Kropotkin, 3 pts.  
*La Vida dichosa*, por Lubbock, 3 pesetas.  
*Placeres viciosos*, por Tolstoy, 3 pesetas.  
*El Dinero y el trabajo*, por Tolstoy, 3 pts.  
*El Trabajo*, por Tolstoy, 3 pesetas.  
*Mi confesión*, por Tolstoy, 3 pesetas.  
*Los Hambrientos*, por Tolstoy, 3 pesetas.  
*¿Qué hacer?*, por Tolstoy, 3 pesetas.  
*Lo que debe hacerse*, por Tolstoy, 3 pesetas.

## TRATADO DE LAS PRUEBAS

POR

FRANCISCO RICCI

TRADUCCIÓN AUMENTADA CON NOTAS Y APÉNDICES RELATIVOS  
Á LA LEGISLACIÓN ESPAÑOLA, Y CON UN  
ESTUDIO PRELIMINAR

POR

ADOLFO BUYLLA

PROFESOR EN LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO, EX-DECANO DEL  
ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS

Y

ADOLFO POSADA

Profesor en la misma Universidad.

Esta obra comprende las partes siguientes:  
De la prueba en general. — De la prueba por escrito. — De la escritura pública. — De la escritura privada. — De la prueba testimonial. — De la confesión. — Del juramento decisorio. — Del juramento de oficio. — De la cosa juzgada.  
Dos grandes volúmenes: 20 pesetas.

# LA ESPAÑA MODERNA

---

# REVISTA DE ESPAÑA

---

AÑO VI

Esta publicación ve la luz el día 1.º de cada mes, escrita por los mejores publicistas españoles.

---

## REVISTA INTERNACIONAL

---

Esta nueva publicación ve la luz el 15 de cada mes, á partir del año 1894.

El objeto que nos proponemos al publicarla es dar á conocer, en correctas traducciones castellanas, las obras más notables que produzca el ingenio humano de ambos mundos. Las novelas de mayor interés que vayan apareciendo, los estudios de crítica, de filosofía, de jurisprudencia, de bellas artes, historia, ciencia, etc., verán la luz en esta publicación.

---

### CONDICIONES DE SUSCRICIÓN

*lo mismo para La España Moderna que para la Revista Internacional.*

Cada número formará un grueso volumen que contenga tanta cantidad de lectura como cuatro tomos de los que en Francia suelen venderse á 3,50 francos.

Precios: En España, seis meses, diez y siete pesetas; un año, treinta pesetas.—En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, cuarenta francos, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París y Londres.—Todas las suscripciones deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después se les entregarán los números atrasados.—Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

Director: J. LÁZARO

---

Estudios de higiene general, por Hirsch, Stokvis, Koch, Würzburg, 3 pesetas.

Novelas y caprichos, por varios autores, 3 pesetas.

¿Académicas? 1 peseta.

Currita Albornoz al P. Coloma, 1 peseta.

Cartas amatorias de la monja Mariana Alcofurado.

---

## OBRAS NUEVAS

Tratado de las pruebas, por Ricci.

Economía política, por Neumann, Kleinwachter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.

Estadística, por Adolfo A. Buylla.

Hacienda pública, por Adolfo A. Buylla.

Derecho internacional, por Martens.

Derecho penal, por Merkel.

Instituciones sociales, por Spencer.

Instituciones políticas, por Spencer.

Historia del Derecho, por Sumner-Maine.

Historia de las instituciones primitivas, por Sumner-Maine.

El Derecho de la Guerra, por Sumner-Maine.

La Ciencia social contemporánea, por A. Fouillée.

Historia de la Filosofía, por A. Fouillée.

La Educación y la herencia, por Guyau.

Sentido económico de la historia, por Thorold Rogers.

Filosofía del Derecho, por Luis Miraglia.

La Legítima defensa, por Fioretti.

Derecho Mercantil, por Vivante, traducción de Blanco Constans.

Derecho Mercantil, por Supino, traducción de Lorenzo Benito.

# PERSONAJES ILUSTRES

- |  |  |  |
|--|--|--|
| 1. Jorge Sand, por Zola, 1 pta.              | 15. Hartzenbusch, por Guerra, ídem.        | 25. Sainte-Beuve, por Zola, ídem.              |
| 2. Víctor Hugo, por ídem., ídem.             | 16. Cánovas, por Campoamor, ídem.          | 26. Concepción Arenal, por Pedro Dorado, ídem. |
| 3. Balzac, por ídem., ídem.                  | 17. Alarcón, por E. P. Bazán, ídem.        | 27. Heine, por Teófilo Gautier, ídem.          |
| 4. Alfonso Daudet, por ídem., ídem.          | 18. Zorrilla, por Fernán-Flor, ídem.       | 28. Ibsen, por L. Passarge, ídem.              |
| 5. Sardou, por ídem., ídem.                  | 19. Stendhad, por Zola, ídem.              | 29. Taine, por Bourget, 50 céntimos.           |
| 6. Dumas (hijo), por ídem., ídem.            | 20. M. de la Rosa, por M. y Pelayo, ídem.  | 30. Bretón, por Molins, 1 pta.                 |
| 7. G. Flaubert., por ídem., ídem.            | 21. Ayala, por J. O. Picón, ídem.          | 31. Campoamor, por E. Pardo Bazán, ídem.       |
| 8. Chateaubriand, por ídem., ídem.           | 22. Tamayo, por Fernán-Flor, ídem.         | 32. Fernán-Caballero, por Asensio, ídem.       |
| 9. Goncourt, por ídem., ídem.                | 23. Trueba, por Becerro de Ben- goa, ídem. | 33. E. Zola, por Maupassant y Alexis, ídem.    |
| 10. Musset, por ídem., ídem.                 | 24. Lord Macaulay, por Gladstone, ídem.    | 34. Mouton (Mérimos), por Bergeret, ídem.      |
| 11. El P. Coloma, por E. Pardo Bazán, 2 pts. |  |  |
| 12. Nññez de Arce, por M. y Pelayo, 1 pta.   |  |  |
| 13. Ventura de la Vega, por Valera, ídem.    |  |  |
| 14. Teófilo Gautier, por Zola, ídem.         |  |  |

## COLECCION DE LIBROS ESCOGIDOS Á TRES PESETAS TOMO

- |   |   |  |
|---|---|--|
| 1. Tolstoy, La Sonata de Kreutzer.      | 45. Lombroso, Antropología y psiquiatría.                 | 88. Kropotkin, La Conquista del pan.                 |
| 2. Barbey d'Aurevilly, El Cabecilla.    | 46. Daudet, Novelas del lunes.                            | 89. Turguenef, Aguas primaverales.                   |
| 3. Tolstoy, Marido y mujer.             | 47. Turguenef, El Rey Lear de la Éstepa.                  | 90. Tolstoy, Los Hambrientos.                        |
| 4. Wagner, Recuerdos de mi vida.        | 48. Tolstoy, Los Cosacos.                                 | 91. Cherbuliez, Paula Meré.                          |
| 5. Tolstoy, Dos generaciones.           | 49. Sainte-Beuve, Tres mujeres.                           | 92. Ferrán, Obras completas.                         |
| 6. Goncourt, Querida.                   | 50 y 51. Zola, El Naturalismo en el teatro.               | 93. Cherbuliez, Meta Holdenis.                       |
| 7. Tolstoy, El Ahorcado.                | 52. Tolstoy, Iván el Imbécil.                             | 94. Tolstoy, ¿Qué hacer?                             |
| 8. Turgeneff, Humo.                     | 53. Ibsen, Los Aparecidos.                                | 95. Idem, Lo que debe hacerse.                       |
| 9. Zola, Las Veladas de Médan.          | 54. Balzac, Eugenia Grandet.                              | 96. Taine, El Arte en Grecia.                        |
| 10. Tolstoy, El Príncipe Nekhli.        | 55. Ramillete de cuentos.                                 | 97. Turguenef, Demetrio Rudin.                       |
| 11. Goncourt, Renata Mauperin.          | 56 y 57. Renán, Memorias íntimas.                         | 98. Gautier, Las Bombas prusianas.                   |
| 12. Barbey, El dandismo.                | 58. Caro, El Pesimismo en el siglo XIX.                   | 99. Lubbock, La Vida dichosa.                        |
| 13 y 14. Daudet, Jack.                  | 59. Daudet, Cartas de mi molino.                          | 100. Daudet, Tartarín en los Alpes.                  |
| 15. Tolstoy, En el Cáucaso.             | 60. Turguenef, Un Desesperado.                            | 101. Taine, El Ideal en el arte.                     |
| 16. Turguenef, Nido de hidalgos.        | 61. Goncourt, La Faustín.                                 | 102. Caro, Costumbres literarias.                    |
| 17. Zola, Estudios literarios.          | 62. Balzac, Papá Goriot.                                  | 103. Taine, Nápoles.                                 |
| 18. Cherbuliez, Miss Rover.             | 63. Tolstoy, El Canto del cisne.                          | 104 y 105. Idem, Roma.                               |
| 19. Renán, Mi infancia y mi juventud.   | 64. Coppée, Un idilio.                                    | 106. Idem, Florencia.                                |
| 20. Tolstoy, La Muerte.                 | 65. Caro, El Suicidio y la civilización.                  | 107. Idem, Venecia.                                  |
| 21. Goncourt, Germinia Lacerteux.       | 66. Taine, Filosofía del arte.                            | 108. Idem, Milán.                                    |
| 22. Daudet, La Evangelista.             | 67 y 68. Zola, Los Novelistas naturalistas.               | 109. Tarde, Estudios penales y sociales.             |
| 23. Zola, La Novela experimental.       | 69. Campoamor, Ternezas y flores.—Ayes del alma.—Fábulas. | 110. Barbey d'Aurevilly, Venganza de una mujer.      |
| 24. Flaubert, Un corazón sencillo.      | 70. Sofía Gay, Salones célebres.                          | 111. Balzac, César Birotteau.                        |
| 25. Turguenef, El Judío.                | 71. Tolstoy, El Camino de la vida.                        | 112. Idem, La Quiebra de César Birotteau.            |
| 26. Cherbuliez, La Tema de Juan Tozudo. | 72. Lombroso, El Hipnotismo.                              | 113. Tolstoy, Mi infancia.                           |
| 27. Stuart Mill, Mis memorias.          | 73. Ferri, Nuevos estudios de antropología.               | 114. Idem, Mi juventud.                              |
| 28 y 29. Macaulay, Estudios jurídicos.  | 74. Taine, La Pintura en los Países Bajos.                | 115. Id., Fisiología de la guerra.                   |
| 30. Zola, Mis odios.                    | 75. Tolstoy, Palceres viciosos.                           | 116. Varios autores, Cuentos escogidos.              |
| 31. Dostoyuski, La Casa de los muertos. | 76. Balzac, Ursula Mirouet.                               | 117. Tolstoy, La Escuela de Yasnaiá Poliana.         |
| 32. Zola, Nuevos estudios literarios.   | 77. Tolstoy, El Dinero y el trabajo.                      | 118. P. Merimée, Colomba.                            |
| 33. Dostoyuski, La Novela del presidio. | 78. Shopenhauer, Estudios escogidos.                      | 119. Ibsen, La Dama del mar y Un enemigo del pueblo. |
| 34. Tolstoy, El Sitio de Sebastopol.    | 79. Campoamor, Dolores y humoradas.                       | 120. Barbey, Las Diabólicas.                         |
| 35. Zola, Estudios críticos.            | 80. Turguenef, Primer amor.                               | 121. Gautier, Nerval y Baude- laire.                 |
| 36 y 37. Campe, Historia de América.    | 81. Tolstoy, El Trabajo.                                  | 122. Sainte-Beuve, Retratos de Mujeres.              |
| 38. Daudet, El Sitio de París.          | 82. Tesoro de cuentos.                                    | 123. Turguenef, El Reloj.                            |
| 39. Asensio, Pinzón.                    | 83. César Lombroso, Aplicaciones judiciales y médicas.    | 124. Barbey d'Aurevilly, Una historia sin nombre.    |
| 40. Cherbuliez, Amores frágiles.        | 84. Sardou, La Perla negra.                               | 125. Daudet, Cuentos y fantasías.                    |
| 41. Heine, Memorias.                    | 85. Tolstoy, Mi confesión.                                | 126. Tolstoy, Mi juventud.                           |
| 42. Ferri, Antropología criminal.       | 86 y 87. Zola, El Doctor Pascual.                         | 127. Caro, Littré y el Positivismo.                  |
| 43. Ibsen, Casa de muñeca.              |   | 128. Zola, Los Hombros de la marquesa.               |
| 44. Goncourt, La Elisa.                 |   | 129. Goncourt, La Señora Gervaisais.                 |